This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

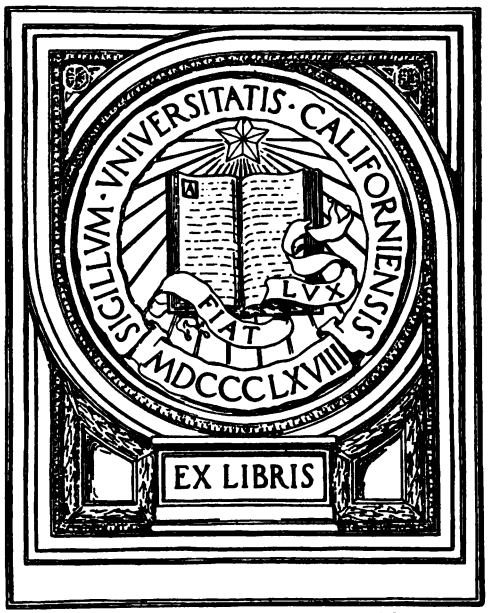
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

Biblioteca Geográfica é Histórica Chilena

de

L. IGNACIO SILVA A.

VOLUMEN PRIMERO

LA ISLA DE PASCUA

Ignacio L. Gana
Julián Viaud (Pierre Loti)
J. R. Ballesteros

SANTIAGO DE CHILE
Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona
Moneda, entre Estado y San Antonio

1903

Biblioteca Geográfica é Histórica Chilena

de

L. Ignacio Silva A.

Volumen Primero

F-3(5)
S5
1

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO
EXIGIDO POR LA LEY.

LA

ISLA DE PASCUA

ITO

Ignacio L. Gana
Julián Viaud (Pierre Loti)
J. R. Ballesteros

UNIV. OF CALIFORNIA

SANTIAGO DE CHILE
—
1903

Imp. Barcelona - Moneda, entre Estado y San Antonio

ADVERTENCIA

La isla de Pascua, bañada por la corriente ecuatorial del norte y la polar del sur, está precisamente en la ruta por la cual navegarían los buques de Europa á Australia, una vez abierto el istmo de Panamá; y en la que siguen actualmente, con el fin de aprovechar los vientos alisios, los que vienen de California á Chile.

Se encuentra por los 27° 10′ lat. S. y 109° 26′ long. O. de Greenwich.

Es de origen volcánico, predominando en su estructura la traquita, y su forma es la de un triángulo isósceles, con un perímetro que se aproxima á 118 kilómetros cuadrados. De clima un tanto cálido, carece de aguas de vertientes y sólo la riegan las que provienen de las lluvias.

La isla está habitada por salvajes polinesios y ha sido en todo tiempo el *rendez-vous* de los buques que se encuentran detenidos por las calmas del trópico de Capricornio.

M50758

Muchos son los que la han visitado y muchas, por consiguiente, las descripciones que de ella existen.

Los museos de Europa y América han enriquecido sus colecciones arqueológicas con numerosos objetos pascuenses, como estatuas de piedra, algunas de éstas colosales, todomiros, adornos de plumas, tabletas con jeroglíficos etc. Mas, todavía no tenemos un conjunto que nos dé á conocer bien la etnografía, flora, fauna, meteorología etc., conjunto que se hace indispensable cada vez más, pues sus habitantes disminuyen de día en día, y, en consecuencia, desaparecen su tipo y costumbres peculiares. Sin duda alguna esa pobre raza, un día tan numerosa y hoy casi exterminada, perecerá indefectiblemente, ya por la incuria de los hombres ó ya por las enfermedades.

Su idioma es tan pobre que á la lingüística sólo le ha regalado un centenar de palabras.

Abrigamos fundadamente la esperanza de que nuestro gobierno comisione á algunos de nuestros profesores para que estudien la isla en sus diferentes ramos, lo cual puede enriquecer á la ciencia; pues nunca han sido desoídas las peticiones que sobre estudios semejantes se han hecho á aquél y ojalá que el actual continúe tan honrosa tradición.

El mundo científico agradecería que nosotros terminásemos los estudios principiados en 1870 por la inteligente iniciativa del señor don Francisco Echaurren, ya que no faltan entusiastas y competentes obreros que quieran dar cima a la obra.

Como antes decíamos, muchos son los que han visitado la isla y casi todos los que la describen están de

acuerdo en afirmar que la descubrió el navegante holandés Roggewein; mas, apoyados en muchos datos y testimonios casi irrefutables podríamos asegurar que fué descubierta en los días 4 ó 5 de febrero de 1606 por don Pedro Fernández de Quirós, comandante de la expedición que partió del Callao el 21 de diciembre de 1605 en demanda de la isla Santa Cruz.

Los datos del diario de Quirós, de que nos hemos servido, nos robustecen en la creencia de que el punto donde recaló, dada la posición, el color de la piel de los habitantes y algunos otros pormenores mencionados en aquel diario, no puede ser otro que la isla de Pascua, á la que él llamó isla de los Cuatro Coronados, tal vez en memoria de la fiesta religiosa de los Santos Coronados.

El 5 de abril de 1722, día de Pascua, arribó á la isla Roggewein y le dió el nombre que hasta hoy tiene; en 1770, cerca de cincuenta años más tarde, Felipe González, comandante de los buques *San Lorenzo* y *Santa Rosalía*, ignorando el descubrimiento de Roggewein, reconoce la isla, á la que llama San Carlos, y supone ser la *tierra de Davis*.

Cook la visitó en 1774; La-Pérouse en 1786; Kotzebue en 1816; Beechey en 1825; y muchos viajeros han seguido visitándola casi anualmente después de 1870, siendo sobre todo objeto de numerosos viajes de instrucción para los guardiamarinas de la Armada chilena, que no poco fruto han producido.

Chile tomó posesión efectiva de la isla, el 9 de septiembre de 1888, con todos los ceremoniales de estilo: levantóse una acta en idioma castellano y en pascuense,

suscrita por el capitán de corbeta don Policarpo Toro, comandante del *Angamos*, por veinte indígenas que se decían jefes de la isla, y por el comerciante francés señor Salmón, los cuales declararon que reconocían la soberanía de la isla, cediéndole sus derechos.

Al presente explota la isla el señor don Enrique Merlet, á virtud de un contrato celebrado con el Gobierno por el término de treinta años.

La población actual, según datos oficiales, asciende á 214 habitantes, siendo 30 de éstos chilenos ó extranjeros.

*
* *

Publicamos en primer término la descripción científica de la isla de Pascua por el comandante don Ignacio L. Gana y complementada en la parte antropológica por el doctor Tomás Guillermo Bate; porque juzgamos es la mejor que se ha dado á luz hasta el día con notorias miras científicas, y, como decía el erudito doctor Petermann, *es sucinta, pero muy preciosa.*

Este trabajo ha sido explotado por casi todos los escritores que á partir de 1870 se preocupan de la isla. Muchos le citan, pero otros, con menos hidalguía, no sólo la silencian, sino que la copian casi textualmente.

El diario de Julián Viaud (Pierre Loti), tantas veces publicado y traducido á varios idiomas, es más bien un trabajo literario que científico; pero, conforme á nuestro plan que se inspira en el principio de unir lo útil con lo agradable, le hemos dado cabida sin vacilar,

como quiera que contiene muchas noticias aprovechables para la geografía.

El estudio *La isla de Pascua,* de don José Ramón Ballesteros, es un nutrido resumen de las memorias de los misioneros de los SS. CC. y otros navegantes que escribieron respecto á la isla antes de que aquél emprendiera su trabajo y que remata el presente volumen.

Creemos que la publicación de los presentes trabajos á más de alguno ha de aprovechar, y así nuestra labor no habrá sido infructuosa.

Sin pretensión de ninguna especie, sin aspirar á elogios ni á recompensas, y sin otro empeño que el de contribuir hasta donde nuestras débiles fuerzas alcancen, damos á la publicidad el primer tomo de la *Biblioteca geográfica é histórica de Chile.*

L. Ignacio Silva A.

Febrero 17 de 1903

DESCRIPCIÓN CIENTÍFICA DE LA ISLA DE PASCUA

A bordo de la corbeta O'Higgins (en la mar)

Marzo 2 de 1870.

Señor Comandante:

Comisionado por VS. para hacer una descripción científica de la isla de Pascua, cumplo con este honroso encargo hasta donde alcanzan mis débiles fuerzas y el mérito de los datos recogidos al efecto.

Dios guarde á VS.

IGNACIO L. GANA

Al señor Comandante de la corbeta *O'Higgins*.

I

HIDROGRAFÍA

La isla de *Pascua* es una de las esporádicas más orientales de los archipiélagos polinesianos. Situada en latitud 27° 10′ S. y longitud 109° 26′ O. del meridiano de Greenwich, dista de la costa de Chile 2,030 millas bajo la línea loxodrómica. Su perímetro, que forma la figura de un triángulo isósceles, mide 35 millas y media, es decir, más de una tercera parte mayor que Juan Fernández.

Sin contar esta isla en todo su litoral con un paraje abrigado de los vientos reinantes que merezca el nombre de puerto, ofrece, no obstante, un fondo parejo en todo su contorno, á la distancia de una milla de la playa. Este fondo, que fluctúa entre 25 y 30 brazas de agua y cuya calidad es arena fina con manchones de piedra laja, va disminuyendo suavemente á la aproximación de la orilla.

La costa es limpia hasta una milla afuera, con excepción de la punta sur, que deja dos farellones bastante elevados para avistarse á diez millas de distancia. Desde la línea indicada empiezan á levantarse en muchos puntos algunos bajíos de rocas coralinas, que hacen riesgoso el acceso á las playas.

Las circunstancias enunciadas son suficientes para sentar como postulado que un buque puede hallar fondeadero seguro á sotavento de la isla á la distancia de una milla; pero que debe establecer las debidas pre-

B.G.e H. Ch.

LA ISLA DE PASCUA

cauciones en su servicio para dar la vela en el acto de fijarse la brisa por barlovento.

Los únicos lugares visitados hasta ahora por los buques y que presentan, sin duda, mayores ventajas de seguridad, son la bahía de Angaroa ó Cook y la de La-Pérouse. La primera se halla en el lado del este y la otra en el del norte.

En Angaroa se ha fijado una de las dos misiones que existen en la isla y la mayor parte de los indígenas sometidos á ella.

La bahía es poco escotada, tiene fondo de arena fina y puede un vapor aproximarse á tierra hasta media milla.

Hay desembarcaderos abrigados, con buen tiempo ó sea con vientos de 1.° y 2.° cuadrante, que son también los únicos que permiten á un buque permanecer en el surgidero sin peligro.

En el plano especial de esta bahía, levantado por oficiales de la *O'Higgins,* se detalla la sonda y los sitios preferibles para fondear.

En los meses de invierno ó mas bien desde abril hasta octubre, queda este paraje á barlovento y no es posible á un buque permanecer en él. Los vientos soplan durante este tiempo del 3.° y 4.° cuadrante y son á menudo tempestuosos, levantando una violenta marejada, que va á estrellarse sobre los muros de rocas que acordonan la ribera.

La bahía de La-Pérouse es una abra extensa de dos millas de largo y media de curvatura en los lugares más ensenados. Ofrece un fondo parejo y de la misma naturaleza que el resto de la isla. Se puede largar el

ancla en 17 brazas ó más afuera, si se desea quedar en franquía por temor á un cambio de tiempo.

Próximo á La-Pérouse, siguiendo la costa hacia el oeste, se encuentra una playa de arena blanca, encerrada en una caletilla, que da todas las facilidades para desembarcar. Este pequeño abrigo lo conocen los pobladores con el nombre de *Anaquena.*

También se puede anclar en Vai-Hou, ensenada situada en la base de la figura triangular que forma todo el terreno. El fondo es también de arena delgada y de lenta inclinación hacia la marina.

En Vai-Hou se ha establecido la otra misión, y ya se ve desde el mar levantada la capilla y las viviendas de los indígenas de su devoción.

La ventaja de hallar fondo en toda la isla sería inapreciable si á ello se agregase una costa abordable en varios parajes. Pero son limitados los sitios donde puede llegar una embarcación menor con entera seguridad.

Aparte de las dos desplayadas de Angaroa, de Anaquena y de la poco cómoda de Vai-Hou, en el resto del litoral es difícil el acceso.

Algunos lugares de la costa son cortados á pique. Se hacen notar con especialidad el promontorio del sur y las dos puntas del este. Sin embargo de esta circunstancia, se halla fondo en sus cercanías, como en las otras partes de la isla.

El flujo y reflujo de las mareas es casi insensible en las aguas vivas de las sizigias; no pasa el movimiento de m. 0.50 en su mayor elevación, no produciéndose por esta causa alteración en las corrientes generales del océano.

Las aguas que bañan la isla y las que se hallan á algunos grados de distancia sobre su mismo paralelo, contienen una proporción de sustancias sólidas mayor que las ordinariamente observadas en otras latitudes. De los experimentos practicados á bordo con el mayor esmero durante la navegación, resulta que en latitud 28° S. y longitud 98° O. dió 3.85 % de materias sólidas; en latitud 27° 10′ y longitud 109° 26′ O. dió 3.91 %, ó sea en el fondeadero de Angaroa. Estos resultados que sobrepasan en una cantidad no despreciable á la parte salina de los mares frecuentados, estimada en tres y medio por ciento, debe provenir no tanto de las densas evaporaciones del Pacífico en esta zona, sino de los residuos orgánicos que contienen las aguas inmediatas á las islas de Polinesia; pues en el océano Índico, que evapora una capa de cinco á siete metros en toda su extensión, se hace sentir una diferencia leve en la proporción de las sustancias sólidas.

Esta mayor proporción debe nacer de la multitud de infusorios y de políperos que, reconcentrados en algunos puntos, levantan esos extensos bancos de piedras calcáreas que van creciendo día por día hasta obstruir algunos pasajes necesarios para el tránsito de las embarcaciones.

En Pascua aún no se notan esas vastas acumulaciones coralinas que hacen venenosos los peces de ribera, pero las hay suficientes para el empleo de las construcciones que demanden cales de concha y para embarazar el acceso á las playas en diversos lugares.

La climatología de la isla es interesante por muchos puntos de vista. Bañada por una corriente cálida, nueve

grados más elevada que la corriente polar ó de Humboldt que llega á Valparaíso y recorre todo nuestro litoral, mantiene una temperatura superior á Caldera y á todos los puertos del desierto de Atacama, en cuya zona se halla comprendida.

En los ocho días de permanencia de la *O'Higgins* en Angaroa, el calor del aire era ordinariamente un grado inferior al del agua del mar: motivándose por ello que el día y la noche mantuvieran una temperatura análoga, y que las plantas tropicales tomasen fácil y frondoso desarrollo.

Repetidas lluvias vienen á refrescar la atmósfera y á humedecer el terreno que carece de arroyos y aguas estancadas en puntos eminentes. Estas lluvias son frecuentes en todos los meses del año, haciéndose tenaces y prolongadas en el invierno y en febrero. Durante los ocho días de nuestra estadía en la isla, llovió á intervalos por espacio de cuatro días, marcando el pluviómetro un total de m. 0.065 de agua.

Los siguientes datos recogidos por el inteligente capitán de la marina francesa Mr. Du Trou Bornier, desde el 20 de abril hasta el 17 de noviembre de 1868, son de mucha importancia para conocer el estado climatológico de esta comarca:

En abril durante el último tercio del mes llovió.....	2	días
En mayo, id.....	15	»
En junio, id.....	10	»
En julio, id.....	15	»
En agosto, id.....	13	»
En septiembre, id.....	11	»
En octubre, id.....	5	»
En noviembre, durante la mitad del mes, id.....	4	»

Estos aguaceros han sido traídos por vientos del NNO., NEE. y SO., produciendo á veces turbonadas deshechas que causaban por muchos días después de la tormenta, mares en violenta agitación. Una de estas tempestades voló una casa de Mr. Bornier. El cuadro que demuestra los fenómenos meteorológicos enunciados, se acompaña adjunto á esta memoria, por contener algunos detalles interesantes al marino.

La isla de Pascua se halla en la zona de descenso de las nubes destilatorias, que viniendo del hemisferio boreal traen sus humedades al austral. Todas las que pasan al alcance de su atracción se aglomeran sobre sus colinas y procuran la condensación que riega la comarca.

Esta isla esporádica, á tantos grados de distancia del continente americano y de otras tierras dilatadas, encierra en sí algunas condiciones físicas propias para ocasionar la precipitación de los vapores atmosféricos, presentándose como la principal, lo montañoso del terreno.

Uno de sus conos sube á la altura de 600 metros y los demás no bajan de 300. Aunque estas elevaciones no son bastante encumbradas para producir una rarefacción pronunciada en la atmósfera, son, sin embargo, suficientes para refrescar el aire en sus cumbres y causar una condensación en las nubes tropicales, que, después de haber pasado los calores del *doldrums* equinoccial, van á efectuar su descenso entre los paralelos que comprenden la zona templada, donde se halla la isla que estudiamos.

Estas lluvias que obedecen á leyes permanentes de

la naturaleza, se aumentarán con el cultivo del terreno y se podrá siempre contar con agua del tiempo necesaria para sostener toda clase de plantíos é impulsar los trabajos agrícolas; especialmente si la mano del hombre construye represas, aljibes y las obras necesarias que demanda el sistema de regadío.

Al presente no hay aguada para los buques, y los naturales se surten de pequeñas norias y de los cráteres de los volcanes para todas sus necesidades.

En invierno se goza de una temperatura agradable y benéfica á la salud. El termómetro centígrado baja hasta 16 grados, manteniéndose ordinariamente en esa estación en 19 y 20 grados.

Las heladas son desconocidas; y aunque suele granizar en agosto, esto ocurre rara vez y con poca fuerza.

En verano el termómetro centígrado varía entre 26 y 29 grados. Los vientos alisios en esta temporada son siempre solanos, dejándose sentir en el fondeadero de Angaroa desde las primeras horas de la mañana, y calmándose al nacer el sol; pero estos vientos no pasan ordinariamente de ser brisas galenas que apenas mueven el mar.

La isla no es visitada por los terribles huracanes conocidos con el nombre de *ciclón*, que se desatan en las zonas cálidas, especialmente en los mares de la India, de las Antillas y en algunos puntos de la Oceanía.

II

GEOLOGÍA, BOTÁNICA Y ZOOLOGÍA

La isla de Pascua tiene una superficie de 11,773 hectáreas ó 7,541 cuadras cuadradas. Su formación geológica merece un estudio especial por la aglomeración de volcanes en espacio tan reducido.

En el vértice ó en las cercanías de los tres ángulos del terreno, hay igual número de cráteres conocidos con los nombres de *Kau*, *Utuiti* y *Harui*. Estos volcanes parecen apagados desde muchos siglos. De tal manera se puede creer esto á primera vista, que si no existiesen los conos, las piedras de escoria llamadas *lapilli*, los vidrios negruzcos de estructura porfiria y algunas rocas semejantes a la traquita, podría decirse que la estratificación de la isla no tiene nada de ígneo.

El interior mismo de los cráteres, especialmente el *Kau*, no encierra una mancha de azufre, ni expele olores de sustancias volcánicas. Por el contrario, cubiertos sus paredones interiores con una gruesa costra de tierra vegetal, alimentan en su recinto las plantas más estimadas de la comarca.

El *Kau* es el mayor de los cráteres y está más próximo que los otros del fondeadero de Angaroa: mide una profundidad de 250 metros y en su base inferior más de un kilómetro. Ofrece la vista más hermosa de todos los parajes de la isla. Al contemplarlo desde su cima se puede imaginar que no es obra de la naturaleza: se

halla una simetría demasiado perfecta para creer que el fuego y las fuerzas plutónicas hubiesen sido el arquitecto de aquella dilatada construcción. Y en verdad, no faltó quien lo comparase al gran coliseo romano. Sus altos muros casi á pique, las grietas abiertas por los siglos, la matemática forma circular de su base y la horizontal nivelación de su suelo, le dan la semejanza de su figura, de su grandiosidad y de su ruina.

La base ó asiento del cráter debió ser una materia en fusión, puesto que sólo así puede explicarse el perfecto nivel que conserva. Esta materia al solidificarse por efecto de la cesación de erupciones, dejó al contraerse algunas oquedades profundas que las lluvias mantienen perfectamente llenas de agua. Estas cisternas naturales y las que hay en los otros dos cráteres, son las únicas fuentes en toda la isla.

De esta agua hice llenar dos botellas para que sea examinada químicamente. Los indígenas la beben con preferencia á la que fluye de los pequeños pozos abiertos por ellos en la marina.

El que suscribe la tomó en el mismo cráter y notó un cierto sabor á los totorales ó *papyrus* que crecen en sus orillas.

La vegetación en los derechos muros de los cráteres y en sus bases, se desarrolla con mayor fuerza que en las planicies y en los faldeos de las colinas.

Concentrados los rayos del sol en estos vastísimos conservatorios, donde el viento no tiene circulación, se siente en el seno de ellos la impresión de una atmósfera demasiada caliente, propia para desenvolver con energía las plantas tropicales que exigen un calor

intenso. A estas ventajas se agrega la bondad del terreno, que no deja nada que desear para el cultivo.

El suelo de la isla aunque sinuoso por efecto de las doce eminencias que se levantan en tan corto espacio, es tendido y hay muy pocos lugares donde el buey no pudiera arrastrar el arado

Declives suaves, bonitas planicies, vallecillos y cañadas por diversos puntos, largos faldeos cubiertos de yerbas: tal es el espectáculo que ofrece esta apartada región.

El terreno parece formado por la parte sedimentaria de los volcanes ó sea por gruesas capas de lodo arrojadas con una abundancia extraordinaria de sus entrañas. La acción del tiempo y de la atmósfera, las han ido convirtiendo en una tierra de cultivo de mucha fuerza. El lado occidental es el más feraz de toda la isla, y es aquí donde he visto un pozo con un grueso de diez metros de tierra vegetal. Esta capa se adelgaza en algunos parajes y aún se descubren hacia el norte panizos areniscos de poca magnitud, que los naturales prefieren para sus sembrados de camotes y de una raíz feculosa conocida en Panamá y en la Polinesia con el nombre de *ñame (dioscorea sativa)*.

La tierra es de una granulación fina, negruzca y blanda. Parece no tener arcilla por su poca fuerza de cohesión. No se ven pedrejones en los sembrados, ni tampoco arena, sino en parajes muy determinados. Puede decirse que toda la isla es susceptible de cultivo con excepción de muy pequeños retazos.

La tierra se halla entremezclada con piedras de escorias volcánicas en muchos lugares, señaladamente

á una ó dos millas distante de los cráteres. Estas piedras son cortadas en caras planas, excelentes para cierros de potreros y para cimientos y construcciones de edificios.

La casa de los misioneros de Angaroa es de piedra volcánica y sus paredes son tan bruñidas que parecen canteadas espresamente para el objeto.

Se ven piedras de dimensiones sorprendentes, sin quebraduras ni grietas. De estas rocas son esos ídolos ó figurones que se hallan en número considerable en las faldas del volcán de *Utuiti* y en unas especies de altares ó de sarcófagos levantados en las puntas salientes de la isla. Hay muchos de estos ídolos que tienen seis metros de alto, dos de ancho y uno de espesor; pero no faltan algunos de siete.

Después nos ocuparemos de este interesante punto con mayores detalles.

No hay en la isla una sola piedra mineral ni carbonífera. Tampoco se ve un solo panizo de terreno sedimentario de vegetación muerta, que en los países boscosos forman las interesantes capas de *humus* y de *turba*; y después de *lignita* y de *hulla*.

Esta circunstancia ha venido á persuadirme que la vegetación de la isla es nueva, y que ha sido siempre pobre, quizá limitada á las pocas especies de matas que hoy la cubren. Todas las plantas silvestres de esta comarca crecen en Chile en ciertos terrenos, hasta convertirse en malezas difíciles de destruir. La verbena, la cizaña, el carrizo, el pelo de ratón y el medicinal *natri*, tales son las únicas yerbas que ocupan todo el país. Estas plantas han tomado un vigoroso desarrollo,

y se levantan más altas que en nuestros campos, con excepción del natri que crece raquítico sin el verdor oscuro que ostenta bajo nuestro cielo. También se ven de trecho en trecho unos pequeños enramados de un arbolito llamado *todomiro*. Este arbolito, que debe elevarse tanto como la acacia de Australia, á una de cuyas familias pertenece, ha suministrado troncos de 50 centímetros de diámetro. Todas las figuras é instrumentos de madera que hay en la isla de fecha inmemorial, son de este árbol. Al presente no hay un solo tronco en todo el país. Los retoños del todomiro proporcionan á los indios las varillas para sus rucas y las astas para sus lanzas de guerra. Los lóbulos ó vetas de esta madera tiene mucha semejanza con los del cedro, y juzgando que pudiera crecer en nuestros campos y ser útil para los ebanistas, llevo un poco de semilla para su propagación.

Aparte de las tres clases de plátanos que se cultivan en la isla, de los camotes y ñames, hay tres arbustos de inmensa utilidad para la industria. Estos son el *mahute*, el *borahú* y el *tií*.

El mahute es un arbustillo dicotiledóneo que se seca todos los años y retoña en la primavera, muy semejante al *formium tenax* de Nueva Zelanda, ya tan repartido en algunos países. De este arbustillo se saca una felpa filamentosa más firme que la que se obtiene del algodón, con la que los naturales tejen unas mantas blancas bastante hermosas y abrigadoras. Las mujeres se cubren con ellas, de las cuales hacen su único vestuario, y les da un aspecto de agradable limpieza. Con la introducción de telas europeas en la isla, el cultivo del

mahute empieza á descuidarse y á tenerse como innecesario. Es de temer que desaparezca esta planta originaria del país que puede ser de algunas ventajas á la industria. El que suscribe trasporta con las mayores precauciones algunas matas y dos tejidos de este nuevo *papyrus* á disposición del Gobierno.

El borahú es un arbusto textil de 2 y medio metros de alto y 8 centímetros de diámetro: crece en los cráteres y es de la familia de las *utocarpias*. La particularidad del borahú es procurar un filamento tanto ó más resistente que el cáñamo. Los indios hacen de su corteza sus redes de pescar, y todos los hilos que necesitan. Guarda el borahú por sus hojas y estructura una semejanza completa con la planta de morera, pero es más delgado y bajo que ésta; aunque en otras islas se desarrolla mejor y toma hermosas proporciones. La principal virtud de los hilos del borahú es resistir mucho tiempo en el agua sin podrirse, sobrepasando con ventaja al cáñamo. También se conducen algunas plantas y una red de este arbusto.

Las calidades del tií son inapreciables desde el punto de vista sacarino; y si llegase á aclimatar en Chile, habríamos conseguido el cultivo de una de las materias primas más esenciales para la fabricación de azúcar. El tií es uno de los tantos *helechos* tan comunes en los países cálidos. Crece dos metros en la isla y se desenvuelve con mucha rapidez en los cráteres. Exige una alta temperatura y no poca humedad. En nuestras provincias del norte y con especialidad en el valle del Guasco se podría propagar fácilmente. La raíz de esta planta es la que hace su mérito. Formada como

una especie de bulbo alargado y grueso, contiene mayor cantidad de materia dulce que la caña. El sabor una vez que ha sido asada, es relajante y muy parecido al de la chancaca fina. Los indígenas se mantienen con ella los inviernos crudos. Cultivándola en Chile se podría sacar azúcar con preferencia á la betarraga.

Para asarla los indios la colocan en un hoyo cubriéndola con hojas y piedras calientes, tapándola en seguida con yerbas. Una vez que notan el enfriamiento de las piedras, vuelven á poner otras por espacio de dos ó tres días. Esta penosa operación viene á ser recompensada por la facilidad de conservar este alimento por muchos días y por lo delicado de su sabor.

En un horno podría cocerse fácilmente en pocas horas. Se conoce cuando está guisada, en que toma un color amarillo subido, ú oscuro, según el estado de la madurez de la raíz.

Da también el tií un polvillo negro que usan los naturales para estamparse en la cara y en el cuerpo esas figuras verde-oscuras llamadas *tatuaje*. El polvillo viene de la flor (?), y una vez inyectado en la epidermis, por medio de espinas agudas, no es posible borrarlas, ni con cáusticos, como que se impregna en la membrana colorante, que forma el último tejido de la piel humana. Algunas raíces sueltas y plantas de tií se trasportan vivas en la tierra vegetal más común en la isla, á fin de que sean examinadas por los inteligentes.

En la misión de Angaroa se ha empezado á cultivar algunos árboles y semillas llevadas de Chile, tales como naranjos, duraznos, parras, tabaco, maíz, cala-

bazas, melones y coles. Todas las plantas revelaban lozanía y vigor, especialmente el naranjo, el tabaco, la parra y el melón. No se han llevado otras especies y por consiguiente la práctica no ha enseñado si fructifican bien ó mal. Aseguran sin embargo que el trigo y la cebada granan mal: ello puede depender mucho de la falta de hombres competentes para sembrar estos cereales y de la época en que han sido arrojados á la tierra, ó bien que ocurra lo que en las islas de la Sociedad y Marquesas, donde no se producen estas semillas.

Ante la escasa inteligencia del que habla, el terreno de la isla encierra excelentes condiciones de nutrición para el cultivo de todos los árboles y granos que se dan en el valle de Copiapó y del Guasco. Esta idea me la confirma el principio de Buffón: «Que á iguales influencias atmosféricas corresponden la misma flora y producción.» El tabaco, la vid, la alfalfa, el naranjo, la higuera, el lúcumo y el chirimoyo, y muchos otros propios de ese clima podrían desarrollarse con entera seguridad. Tal vez el porvenir de la isla está cifrado en la planteación de la industria vinícola, en el cultivo del tabaco, del tií y de la caña de azúcar. Esta hipótesis no es aventurada. El que escribe recuerda haber hallado en Madera una temperatura análoga á la de Pascua en la misma estación. Como es sabido, la riqueza de aquella isla ha consistido por muchos años en la exportación del delicado vino que lleva su nombre, hasta que una peste violenta é incurable, asoló con las dilatadas viñas que la cubrían y hubo que reemplazarlas con algunos ingenios de azúcar. En Pascua se

desarrollaría el cultivo de la parra y se podría en breve formar un artículo noble de comercio en vastas proporciones.

La caña dulce, aunque importada de otras islas, crece sin cuidado ni riego. Los naturales la consumen en abundancia, comiéndola en bruto; pero no se toman el trabajo de cultivarla.

El poco ganado lanar trasportado de Chile y de Australia, no sufre pérdidas en el invierno y se acrecienta bajo condiciones normales. Los vacunos se mantienen bien. Parecen haber extrañado poco el pasto, las aguas y el clima; pero aún no es posible asegurar si continuarán bajo tan buenos auspicios. Es de esperar que las lluvias torrenciales propias de la situación geográfica de la isla, la falta de bosques que sirvan de abrigo y el delgado pasto del terreno los aniquilen considerablemente en la estación cruda. Los existentes aún no han pasado más de dos meses de buen tiempo, y han sido atendidos con esmero á causa de su corto número.

La isla mencionada, favorecida con un puerto abrigado y situada en menos longitud, sería una propiedad muy valiosa, susceptible de recibir la planteación de un comercio de artículos preferentes, necesarios para nuestro consumo interior.

La sección zoológica es la menos interesante de toda la isla: puede decirse que es casi nula. Ni un cuadrúpedo, ni un volátil, ni un insecto. Ratas en el campo y una que otra ave tormentosa del océano que va á anidar en las rocas, forman el reino animal de esta

desolada región. Si no fuese por el mar que siempre es bastante habitado por todas partes, no tendríamos nada que consignar de sus vivientes.

En las aguas que bañan el pie del promontorio sur, se halla en abundancia la langosta, tan grande como en Juan Fernández, vetada con colores vivos y con púas agudas sobre el dorso. Carece de patas gruesas con asas fuertes, propias de esta clase de crustáceos, lo que la hace formar tal vez un género particular en la familia de los *cáncer*. Los naturales la estiman mucho y la sacan del mar zabulléndose hasta el fondo.

También hay algunos peces ribereños dignos de mención.

El *cotehiva* de los indígenas es un pescado de 30 centímetros de largo y 80 milímetros de ancho, de aletas pectorales sobre las abdominales, de cabeza proporcionada, ojos saltones, dos crestas óseas de un rosado subido, una dorsal y la otra anal; cuerpo escamoso, color amarillento intercalado con seis manchas verdosas que lo cubren en fajas hasta la cabeza; garganta y agallas de un rosado carmesí, que le imprimen un matiz animado y gracioso. En la boca tiene dientes caninos muy gruesos y largos para su tamaño; corresponde a la división de los *torácicos*.

La *coreba* es de una estructura interesante. Esqueleto óseo, sin escamas ni espinas; piel ligosa como el tiburón, de color plomizo con faculillas negras. Las proporciones son 0.^{m}25 de largo y 0.^{m}065 de ancho; boca muy pequeña, con dientes unidos y gruesos, más propios para pacer que para sustentarse con pececillos é infusorios. Desde la mandíbula inferior le nace un

hueso delgado y resistente, que sirviendo de esternón recorre todo el pecho hasta la parte intestinal. Lleva un cuerno óseo en la nuca de 0.^{m}030 y dos aletillas pectorales. La aleta caudal y la anal son largas y ambas triangulares. El órgano respiratorio es un solo tajito muy pequeño debajo del ojo, sin descubrir agallas ni formación de ellas.

El último de los peces reconocidos es apenas de 0.^{m} 15 de largo y 0.^{m}10 de ancho. Su figura es casi cuadrangular, aplanado, de color plomo mosqueado de vetillas negras. La aleta dorsal y la anal espinudas, anchas y se prolongan hasta la cola. Tiene además dos aletas pectorales y dos ventrales alargadas. Es escamoso, sin dientes, de boca muy estrecha y parece ser de los *juglares chupadores*. Rápido en el agua y de buenas defensas para escapar de los peces mayores. Ademas de los descritos, se halla en los mares de la isla el volador, que es una de las clases de *trigla volintans*, que salta como la langosta terrestre largos trechos y cae con frecuencia á bordo de los buques.

Tambien se ve en gran abundancia una de las clases de moluscos que equivocadamente clasifican como nautilos, de la clase de los *terópodos*, llamado científicamente *cymbulia*. Este animalito que vive en alta mar, tiene una membrana cartagínea y se mantiene en tiempos de calma ó de brisas flojas en la superficie del agua formando la figura de un botecito á la vela. En la boca lleva un hilo azul torcido como cable, que siempre tiene suelto para lastrarse y conservar el equilibrio sobre las olas. La familia de estos moluscos ha sido objeto de muchas invenciones inverosímiles, con-

cediéndoles gracias y facultades que no se han hallado en ninguna de las distintas especies en que se divide.

El lobo, la ballena, la foca y otros cetáceos de sangre fría, no llegan á las costas de la isla por efecto de la corriente cálida que la baña, la cual es insoportable para estos animales y para los peces de buena calidad.

De las especies descritas se lleva un ejemplar en espíritu de vino para su mejor apreciación por los inteligentes; siendo apenas de un aficionado la que nosotros hemos hecho.

III

HISTORIA

Los habitantes de Pascua pertenecen á la raza colorada polinesiana. Estatura media, ojos grandes, frente protuberante, nariz perfilada, vómer aplastado en las ventanillas, pelo lacio, negro ó amarillo, boca grande, labios regulares, dentadura hermosa, blanca y alineada; mayor número de lampiños que de barbudos. A pesar de la infatigable agilidad pedestre de esta gente y de sus sorprendentes fuerzas natatorias, es rarísimo el individuo de señalada musculatura.

Miembros delgados, carnes suaves, espalda estrecha, pescuezo largo, femenil. En cuanto á las dotes morales, son de carácter dulce, sumisos, timoratos, serviciales, alegres y se guardan todos un cariño paternal. Comen poco, no beben jamás licores y guardan las viandas buenas para sus familias. El ideal de sus aspi-

raciones es el tabaco y los bonitos trajes. Son capaces del mayor sacrificio por una camisa, un pantalón y un sombrero. Andan desnudos, con excepción de aquellos que los misioneros han vestido con las limosnas llevadas de Chile. Los demás se cubren con mantas del ya descrito mahute ó con tiras de trapos.

La mujer es también alegre, aunque esclava y sometida á todos los menesteres domésticos. No faltan algunas simpáticas y bien parecidas, presentando de ordinario más edad que la que tienen. Ello es debido á causas que dejamos explicar á nuestro inteligente cirujano don Guillermo Bate.

¿De dónde llegó esa gente á tan distante región? ¿En qué siglo tuvo lugar el viaje? Los primeros descubridores de Pascua ó Rapa-Nui la hallaron poblada, y algunos hablan de sus curiosidades artísticas.

La tradición dice que llegaron á la isla dos grandes embarcaciones sin velas, con proa y popa muy levantadas, como los juncos chinos y japoneses, con cuatrocientos hombres cada una, al mando de un rey llamado Hatu ó Tucuyo; que pareciéndoles bien la comarca, desembarcaron en la plaza de Anaquena y fijaron su residencia en ella; que poco tiempo después el rey procedió á distribuir las tierras, repartiéndose los pobladores en Angaroa, Mataverí, Vai-Hou y Utuiti; que desde esa fecha se han ido sucediendo en el Gobierno los reyes siguientes: por derecho de primogenitura, Ynumeke, Va-kai, Marama-Roa, Mitiake, Utuiti, Ynukura, Mira, Oturaga, Ynú, Ykú, Ykukana, Tucujaja, Tuku-Ytu, Aumoa-mana, Tupairike, Mataibí, Terakay, Raimokaky, Gobara, Tepito y Gregorio, último vás-

tago de la familia real de Pascua, contando veintidós generaciones en todo.

Era costumbre que una vez casado el primer varón del rey, éste abdicaba el mando en él y quedaba como un particular; pero también se prohibía á los hijos tomar estado sino en la edad avanzada. Los reyes eran mirados como una divinidad y gozaban de un poder absoluto sobre vidas y haciendas. Su persona era sagrada y nadie podía tocarlos sin sufrir severas penas. Les era prohibido trabajar en el cultivo de las tierras y en cualquiera otra obra para procurar el sustento de su familia. La población entera debía pagarles el tributo de las primicias y de cuanto hubiesen menester, como asimismo edificarles sus habitaciones. Jamás se cortaban el pelo, porque su cabeza era impalpable por mano ajena. La prohibición, que tenía el carácter de sagrada, se llamaba *tabú,* nombre que emplean en el mismo significado los indígenas de Sandwich, de los archipiélagos de la Sociedad, de las Marquesas y de Pomotú. Además del rey había otro jefe principal que duraba un año en sus funciones. El carácter de este jefe parece que era exclusivamente militar. Para elegirlo se reunían todos los habitantes de la isla en los bordos del gran volcán Kau ó promontorio del sur, en la temporada que empiezan las aves á construir sus nidos. Permanecían aquí un mes lunar, entregados á toda clase de diversiones y de excesos. Las mujeres y los hombres se presentaban enteramente desnudos en las danzas públicas, haciendo contorciones impropias é inmorales. El cambio de domicilio tenía por objeto alcanzar la suerte de recoger el primer huevo que

pusieran las aves marinas; el que lo conseguía era de hecho elegido jefe, y empezaba desde ese momento á gozar de las preeminencias del empleo. Tan singular sistema de elección encierra una moral interesante para los pueblos donde dominan la fuerza y el valor. Ningún hombre que no fuese intrépido y ágil podía llegar á las afiladas crestas de las rocas en que acostumbraban guardar sus nidos todas las aves tormentosas del océano. Era esta una prueba atrevida en la que se despeñaban muchos por hondos precipicios todos los años y tenían una muerte segura.

Nombrado el jefe se retiraban á sus posesiones después de la fiesta celebratoria con la nueva elección; pero esta gente tan unida y alegre en tal ocasión, no permanecía siempre tranquila sin demostrar por actos de ferocidad los instintos naturales del salvaje. Era preciso dañarse; y crueles guerras tenían lugar entre ellos sin más motivo que el ansia del despojo y del encono personal. El rey era sagrado é inviolable y en los últimos tiempos no se le tomaba su venia para declarar estas guerras; sin embargo, los diversos bandos cumplían con sus deberes tributarios. El arma principal era la maza ó macana, siendo después reemplazada por la lanza. Esta tenía por muarra un pedernal en figura de media luna, afilado hasta el punto de poderse afeitar con él, como lo hacen los indios en la actualidad.

Conocidas sus intenciones hostiles, los beligerantes no dormían y se ocupaban en poner en seguridad las cosas más preciosas de su pertenencia. El día del ataque se dirigía una fuerza sobre la otra, permaneciendo

la que había sido provocada en sus casas, si no era capaz de resistir el encuentro y se entregaba á discreción. En caso contrario, salía al campo y se ocultaba en algún accidente del terreno para precipitarse de improviso sobre el enemigo. El combate se trababa cuerpo á cuerpo, cayendo el vencido esclavo en poder del vencedor y llevándose consigo cuanto le pertenecía, incluso sus mujeres é hijas. En esta condición debía labrar las tierras y hacer todos los trabajos rudos que demandaba la subsistencia de su amo. Cuando el vencedor se fastidiaba del esclavo por motivos de vejez ó enfermedad, lo arrojaba con algún pretexto de su casa y le permitía ocuparse de sus propias atenciones; el vencido entonces, temeroso de volver otra vez á la dura condición de esclavo, cultivaba la décima parte menos de su tierra que la que necesitaba para mantenerse, prefiriendo morir de hambre con su familia que incitar la codicia de sus enemigos. Esta costumbre ó más bien el terror á la esclavitud, ha sido una de las causas principales, á juicio de los misioneros y de otras autoridades en la materia, del estado de debilidad á que ha venido llegando la población de Pascua, casi toda profundamente demacrada y tísica al presente.

Sin embargo de las calamidades de la guerra en tan reducido país, que la imprimiría mayores rencores y ferocidad por el activo contacto entre ellos, la población llegó á elevarse á cuatro mil almas, poco más ó menos. Las creencias ó instintos religiosos de esta gente eran vagos y sin prácticas determinadas. Tuvieron sus sacerdotes que predicaban á nombre de muchos dioses, contándose entre éstos el dios del bien,

el del robo, de la guerra, de las cosechas, de la concupiscencia, etc. No tenían ídolos, ni culto externo alguno. Muertos los sacerdotes y llegados los misioneros franceses de los SS. CC., abrazaron la fe cristiana y cumplen ahora con fervor, aunque sin conciencia tal vez, las lecciones ortodoxas que se les enseñan. Causa una tierna impresión ir á la iglesia en un día de fiesta, y ver á ese pueblo ignorante y salvaje, prosternado con el mayor recogimiento delante del altar, orar todos en voz alta en su idioma y salir de allí alegres y bulliciosos á distraerse en paseos.

La población de Pascua se ha convertido sin dificultad al cristianismo. No ha sido menester el comercio, ni la introducción en la vida real de algunos atractivos sensuales, para arrastrarlos á creencias exclusivamente morales difíciles de concebir á un salvaje. Es esta una rara excepción en el sistema colonizador, especialmente de la raza polinesiana, donde ha sido preciso el intercambio de un comercio activo para derramar en otras islas la civilización y las buenas costumbres. En Pascua ha contribuído mucho al sometimiento de los indios la circunstancia de haberlos hallado los misioneros sin creencias fanáticas, ni sacerdotes que neutralizasen su acción. Había entre ellos más bien ese instinto de misticismo natural, propio de toda criatura, que un principio religioso, claro y determinado. No fué difícil á los misioneros apoderarse de esa coyuntura y consumar la obra santa que han llevado á cabo.

La primera misión de la isla fué fundada por un misionero francés, Mr. Eugenio Eynault, que habiendo

enriquecido en Bolivia, entró en la congregación de los SS. CC. en calidad de hermano, legando toda su fortuna á condición de establecer una misión en la isla de Pascua. Nombrado el hermano Eugenio por el obispo de Tahití para echar los cimientos de la misión, se embarcó en una goleta en 1863 y fué abandonado solo en la isla. El capitán del buque que lo condujo, se atemorizó á la vista de los indígenas y dió la vela antes de saber la manera cómo sería recibido el abnegado misionero. Se cuenta que los salvajes trataron de despojarlo al instante de sus vestidos y de todos los artículos que llevaba para construir un oratorio; pero un indio de prestigio llamado Torometi lo puso bajo su protección y pudo salvarle de la ira ambiciosa de los naturales. Formáronse con tal motivo dos partidos, uno de los amigos de Torometi que defendían al religioso, y el otro capitaneado por un indio altivo llamado Romá, que procuraba su muerte. Una vez vinieron á las manos y gracias á la valerosa actitud de la esposa de Torometi que se precipitó con peligro de su vida entre el hermano Eugenio y Romá, libró á aquél de la muerte y de ser comido por los salvajes. Poco á poco fueron cambiando las cosas y Romá se hizo uno de los mejores amigos del misionero y con él muchos de sus secuaces.

Ocho meses después el obispo de Tahití quiso conocer el resultado de la misión enviada á Pascua y fletó un buque para el caso. Llegando á la isla, embarcó al hermano Eugenio y lo condujo á Tahití. En 1865, á pesar de la mala acogida que había tenido, quiso otra vez, el virtuoso hermano, ir á poner en práctica sus ideas

de redención en la misma isla y volvió acompañado del padre Roussel, que es ahora el jefe de la misión de Angaroa, á establecerse definitivamente.

Los primeros meses fueron difíciles y á veces críticos para ambos religiosos; pero los indios empezaron luego á familiarizarse con ellos y advertir la vida ejemplar que llevaban, y fueron ganando las voluntades y el amor de muchos hasta el punto de gozar ahora de un dominio absoluto sobre todos los habitantes de la isla.

Antes de un año se trajo de Valparaíso al padre Gaspar y á un hermano del mismo colegio. Desde entonces se ha fundado otra misión en Vai-Hou, y los indígenas viven en paz entregados al cultivo de sus tierras y al cumplimiento de los deberes religiosos, pero sin recibir ninguna otra clase de instrucción.

El hermano Eugenio tuvo que salir de la isla por motivo de salud y no hace mucho tiempo que falleció en Valparaíso.

Pero esa población de cuatro mil almas ha sufrido quebrantos mortales en un corto espacio de tiempo. En una fecha que se supone á principios de 1863, se empezó á trasportar á la costa del Perú un número crecido de esta gente, para ocuparlos en las labores del campo y en embarque de guano en las Chinchas. Entre los novecientos arrastrados con maña y violencia, lo fué también el rey con toda su familia. Esta circunstancia se convirtió luego en una ruda calamidad, que trajo la anarquía, el robo, el asesinato, el hambre y una lucha desesperante y encarnizada. Todos querían mandar y nadie obedecer, y ese cuerpo acéfalo se destruyó bárbaramente á sí mismo, resultando el decreci-

miento en los habitantes y la ruina en los plantíos, en términos sorprendentes. Pero si en la isla eran grandes los daños, en los embarcados se sobrepasaban. Las fiebres tercianas, los alimentos desacostumbrados y el duro trabajo mataron las cuatro quintas partes de los trasportados, y hubieran fenecido todos sin las reclamaciones del gobierno francés, que pidió la repatriación de los pocos que vivían. Esta gracia había de reportar daños sin cuenta á la diezmada población de Pascua; y en efecto, los devueltos llevaron la viruela y otras fiebres malignas que cayeron como un azote sobre los infelices escapados de tanta prueba. La viruela que se ceba en los temperamentos sanguíneos, que casi despobló á Arauco en el siglo XVI, convirtió en un vasto cementerio la isla de Pascua, poco antes tranquila y favorecida por la naturaleza. El hermano Eugenio á su llegada á la isla contó mil ochocientas almas. En 1868 sólo alcanzaban á novecientas treinta y al presente no puede estimarse en más de seiscientas. Las causas de esta horrible mortalidad en el estado normal en que ahora vive esta gente, sin guerras ni epidemias y sin que el clima origine tal destrucción, es punto que analizará científicamente el cirujano don Guillermo Bate. Bástenos decir que hay una tercera parte de mujeres y que apenas llegan las muchachas á la edad de diez años las hacen casarse, produciéndose por consecuencia de esto las causas más funestas de reproducción. De los isleños repatriados sobrevive uno que otro en el país, y han inculcado tal odiosidad á los hijos del Perú, que no tienen estas gentes mayores enemigos.

El rey falleció con toda su familia en las Chinchas, dejando un vástago en Pascua; pero éste era un niño que murió de doce años en casa del padre Roussel, defendiendo sus cabellos que querían cortárselos para minorar la fiebre, que le costó la vida. Es curioso ver que un niño de tan poca edad, ya estuviese imbuído en las ideas del *tabú* y procurarse hacerlas valer, aún en los momentos más críticos de su existencia.

El matrimonio se efectúa por la sola voluntad de los contrayentes, sin que puedan intervenir los padres para impedirlo. Convenidos en ello los contrayentes, se preparan los comestibles necesarios para la fiesta; la que una vez terminada, queda hecho el casamiento. Entre parientes es desconocido el uso de casarse; pero la bigamia y la poligamia son más bien un honor que un defecto para el hombre que las sostiene.

La menor dificultad ó rencilla entre los casados es bastante para romper el matrimonio, quedando ambos libres y en situación de volver á tomar estado. La mujer es esclava, como hemos dicho, y se la somete con el mayor rigor al servicio doméstico de la casa. Es preciso que el matrimonio sea ejemplar, para que la mujer pueda gozar del alto honor de comer junto con el marido. También suele haber enlaces entre niños, usando las mismas formalidades convenidas para los grandes; pero no se les permite reunirse hasta después de cierta edad.

Las muchachas de corta edad, hasta que toman estado viven en un sitio enteramente arreglado en la ruca ó covacha de la familia, separado del resto de la habi-

tación. Este instinto de respeto á la inocencia, ha sido general entre todos los bárbaros de esta raza.

Cada familia es propietaria del lugar donde reside, sin perjuicio de tener otras tierras que cultiva sin intervención de nadie. Al presente, casi todos son grandes herederos, á causa de la rápida disminución de los habitantes.

Los misioneros y el capitán Bornier tienen grandes extensiones de terreno, tal vez lo mejor de toda la isla.

El *canaca* ó indígena de Pascua se suicidaba por la más fútil contradicción. A ello contribuía la idea de que el espíritu toma un carácter de divinidad que se eleva á gozar perpetuamente de trajes hermosos, de manjares delicados y de mujeres celestiales y enamoradas.

¡Vaga forma de los campos elíseos de los griegos! El género de muerte que se daban, era lanzarse al aire desde la cima de un cráter para caer sobre agudos riscos.

El fallecimiento natural de algún individuo es lamentado por medio de un duelo muy concurrido, que termina siempre por una lúbrica orgía. Hubo un tiempo en que el hambre ó los instintos caníbales de esta raza, los convirtió en antropófagos durante una larga temporada. El más fuerte se comía al más débil, obedeciendo al orden establecido por la naturaleza para los animales. Las inmediaciones del volcán Utuiti acusan con un osario abundante la época de degradación de estos infelices. Al presente es un mal enteramente extinguido y no hay un solo individuo que confiese, por vergüenza, haber comido carne humana.

Los viajeros están acordes en creer que los habitantes de Pascua pertenecen a la raza polinesiana; y á decir verdad, el que esto escribe no daría su opinión afirmativa, si no hubiera comprobantes seguros para identificar este aserto. En efecto, si es la misma lengua, iguales costumbres, ideas religiosas semejantes, fisonomía variada sólo por las influencias del clima y de la alimentación, igualdad en el ángulo facial, la vegetación útil trasportada de las islas vecinas, donde es silvestre; si en Sandwich, en Tahití, en Pomotú y aún en las Molucas se observa severamente el *tabú*, designándolo con el mismo nombre, y el *tatuaje* se opera bajo el mismo procedimiento, estampando figuras análogas; y por último, si un individuo de los archipiélagos mencionados puede hablar correctamente con un hijo de Pascua, como lo hemos observado con algunos venidos de la Sociedad, á ochocientas leguas de distancia, es evidente que son de la misma cuna y que su separación no data de una larga serie de siglos, como podría creerse.

Pero ¿cómo llegaron á la isla de Pascua? por qué abandonaron su país que indudablemente sería más rico de bosques, de aguadas, de frutas y mariscos? Sabido es que el indio polinesio goza de dotes admirables para la navegación. Puesto en la cubierta de un buque, trepa sin vacilar á los topes y adivina la maniobra. Como buceador y resistencia natatoria, es sin rival. Nada del mar le amedrenta; y cosa extraña, jamás se ahoga ninguno; al menos tales son los datos obtenidos en Pascua. ¿Qué de extraño tiene que en sus crueles y repetidas guerras, una tribu vencida

haya sido lanzada al océano huyendo de la esclavitud ó de la muerte y una rara circunstancia la arrojase á Pascua? Esta hipótesis es la más aceptable á nuestro juicio, puesto que la idea de algunos, de que la Oceanía fué en un tiempo un vasto continente, y que un dislocamiento radical del globo vino á producir, como una granada que estalla, el gran número de islas que hay al acaso desparramadas, no tiene valor tratándose de la raza de gente que la habita. Ese cataclismo debió haber ocurrido en época tan atrasada, que la gente que pudo salvar sobre las cumbres de las montañas, no era posible que resistiese hasta el presente, sin una degeneración absoluta por efectos de la reproducción sobre tan corta base de individuos. La isla de Pascua inculta no puede contener más de seis mil habitantes. Esta cifra es demasiado pequeña para que el trascurso de millares de años no haya destruído los gérmenes reproductores y concuído con ellos. Sabido es que las alianzas de parientes dan terribles resultados para la prole, y lo es también que mientras más opuesta es la raza que se une, más varoniles y mejor constituídos son los descendientes. En la isla de Pascua al fin de tres ó cuatro siglos, la sangre de uno sería la de todos y, por consiguiente, debió comenzar la degeneración de una manera rápida y funesta; y al fin de algunas generaciones empezarían á verse los fenómenos naturales, de niños contrahechos, ciegos, tullidos, imbéciles, tuberculosos, etc., sobreviniendo las pestes propias de las constituciones empobrecidas y concluyendo los siglos por aniquilarlos.

Es efectivo que los *canacas* ó isleños de Pascua al

presente sufren una mortalidad terrible; pero ello no es debido á los motivos enunciados, sino á causas puramente accidentales, fáciles de remediar. No hay en toda la comarca, tontos, ciegos, locos, raquíticos por efecto constitucional. El poco abrigo, la falta de alimentos, la mala calidad de agua, la vida licenciosa y otras circunstancias desarrollan la tisis, que es la única enfermedad dominante en el país.

Todos los fundamentos se conciertan para hacer creer que los actuales habitantes de Pascua han arribado en época poco remota á esta comarca, tal vez en los términos que indica la tradición.

Pero si hallar gente á ochocientas leguas del continente americano y de la isla más cercana es motivo de sorpresa para el viajero, no lo es menos encontrar esas moles talladas figurando bustos de gigantes de seis y siete metros de alto por dos de ancho y uno de espesor. Estos *mohais* ó ídolos, como los llaman los naturales, no se hallan en ninguna parte de la Polinesia. Es sólo la isla de Pascua la que ha sido el centro de la civilización troglodita, cuyo origen vive oculto á través de la espesa cortina de los siglos. Ni una tradición, ni una reminiscencia aceptable que alumbre este pasado importante, se puede recoger en el país mismo. Nadie sabe nada. La fábula es fantástica y sólo se dice que un Dios talló los ídolos y una vez acabados los mandó andar y todos se levantaron y fueron á situarse en línea sobre los altares de grandes rocas canteadas, construídas expresamente para recibirlos, quedándose los principales en la falda del cráter Utuiti, para formar la corte del dios escultor.

Los dolmenes de los druídas en las Galias, los ídolos y templos del Sol en el Perú, las magníficas calzadas en el lago mejicano y las antigüedades de Egipto, originan menos motivos de sorpresa que los pesados y monumentales trabajos de los isleños de Pascua, por la pobreza del lugar y falta absoluta de elementos.

¿Cómo arrancaron de la cresta del volcán esas inmensas piedras sin quebrarlas y las condujeron á la empinada falda donde hoy se halla un gran número? ¿Con qué elementos mecánicos las trasportaron después á los altares construídos en los puntos avanzados de la isla? ¿Cómo las subieron á esos gruesos muros y las pusieron de pie? Estas son cuestiones dignas de la mayor reflexión. Si en el país hubiese caminos, bosques, hierros, cuerdas, se podría pensar que de todos estos artículos se habrían servido para trasladarlas, pero no hay vestigios ni resto alguno que denoten los medios de movilidad de que se valieron.

Pensar que aquellas enormes masas de rocas podrían rasgarse en partes iguales, ser arrancadas á brazos de su lecho, y una vez talladas, conducidas á hombros á los puntos donde hoy están, es imposible. La fuerza de todos los hombres que hubieran de poner sus manos en la estatua, no sería capaz de mover ni la cabeza. Trasportarlas arrastradas por polines á través de lomajes y quebraduras del terreno á leguas de distancia, en un clima cálido, es empresa que demandaría cuerdas muy fuertes, una gran cantidad de madera gruesa, y no menos de quinientos á mil hombres. A la vista se conoce que no han sido rodadas por el suelo, sus perfiles están intactos y nada demuestra

que hayan sufrido golpes, ni la áspera frotación del terreno.

Hoy con los poderosos arbitrios que nos proporciona la mecánica, habría que hacer algunas combinaciones de fuerza para conseguir los fines que alcanzaron los primeros pobladores de Pascua. Verdad es que muchas de las estatuas son de lavas y escorias; pero las más elevadas, aquellas que permanecen derechas en la pendiente del cráter aludido, son de una roca compacta y tenaz.

Los altares donde eran puestas de pie, son de piedra canteada perfectamente cuadrangular. Las aristas son líneas rectas muy finas y suaves; y los ángulos no menores de 90°. El atrevimiento varonil de esta gente no se revelaba sólo en la obra de los ídolos. Las piedras canteadas del altar de Huenepú son de dos y medio metros de largo por un metro y ochenta centímetros de alto, unas sobre otras, formando un muro monumental.

Los sombreros de los ídolos guardan proporción con las dimensiones de éstos: trabajados de arcilla abigarrada, tienen tres y medio metros de diámetro por metro y medio de alto.

Los ídolos mantienen entre sí una semejanza extraordinaria. Parece que todos han sido hechos por un solo modelo, y aun por la misma mano. Pero esto sería imposible: la vida de un hombre apenas bastaría para tallar dos ó tres de éstos. Sus diversas dimensiones producen la única diferencia esencial entre ellos. Todos cortados en el abdomen, con los brazos cruzados por delante, apoyando las manos sobre el

estómago, conservan una actitud grave y tranquila. Se conoce que ha querido imprimirse á esas colosales facciones un conjunto de calma y armonía propio para llamar el respeto y la veneración.

Aparte de esta industria, que demuestra por sí sola una éra de civilización aventajada, hay otros comprobantes de un alto mérito que pueden servir para el estudio de los anticuarios. Se han hallado tres tablas de madera de todomiro, escritas con magníficos jeroglíficos. Dos de ellas van á enriquecer nuestro Museo y la otra ha sido pedida con instancia por el obispo de Tahití, para enviarla á Francia. Es la única isla de la Polinesia en donde se han encontrado tan preciosos documentos; documentos que una vez descifrados podrían hacer la luz acerca del origen de la familia indígena de la Oceanía y aun de la América.

Los isleños nada saben de su contenido, ni tienen la menor idea de su objeto.

Aquella gente que hizo los ídolos, los muros, que escribió sus tablas con bellos caracteres y talló en madera un sinnúmero de figuras, iban en camino del progreso y de la civilización, y debían hallarse á la fecha gozando del bienestar que producen la industria y las artes. Pero es al contrario; ha habido un retroceso degradante, que la ha llevado á la desnudez, á la incuria, á la miseria, á la ignorancia más absoluta, hasta convertirla al estado de barbarie más horrendo: la *antropofagía*.

Esa carencia absoluta de tradiciones respecto de aquel pueblo, y la circunstancia extraordinaria de no

haber hallado en ninguna isla de esta parte de la Polinesia un solo monumento ó escritura semejante, hace creer á la mayor parte de los viajeros que los pobladores de entonces no han sido los antecesores de los de hoy. Aquellas generaciones concluyeron por defecto de la pequeñez de la isla, ó emigraron al Perú; y otros han venido después á tomar su lugar. Estas reflexiones que muchos se han hecho, parecen justificarse con las ruinas de las cuevas de piedra donde ha vivido aquella familia troglodita, y que los actuales habitantes no recuerdan haber ocupado jamás sino sus rucas de paja de un metro de alto con figura de una canoa volcada.

Pero si en la Polinesia no se han hallado vestigios de una civilización adelantada semejante á la descrita, no sucede así en una de las islas de la Malesia. Sabida es la sorpresa que experimentaron los primeros visitantes de Java al contemplar los templos erigidos á Buda, á Brahma y aun á Mahoma; al examinar sus jeroglíficos, sus obras de arte, instituciones de gobierno y oir algunos hablar el sánscrito. Las religiones y costumbres de la India se habían trasportado á aquella comarca ignorada del mundo europeo. La rama Malesia ó Malaya era la que habitaba las islas más ricas y florecientes de esta magnífica parte de la Oceanía, y la que dominaba las tribus de negros semiorangutanes que iban encontrando en ellas, de las cuales quedan todavía algunas, dispersas en el continente australino.

Los malayos partieron tal vez de ese foco de luz

llamado la India, que según Voltaire ha dado la civilización al mundo, á poblar las tierras insulares más inmediatas ó productivas.

Conocida la aguja de marear por esta parte del Asia mil años antes que la Europa, debió gozar de sus beneficios, manteniendo un comercio marítimo activo con aquellas islas de producciones tan especiales como necesarias; logrando además por este medio ensanchar su riqueza, su industria, extender sus creencias y su raza, como ocurre al presente con las grandes potencias del viejo mundo. Una parte de aquellos adelantados navegantes abordó quizá en viaje de investigación á la isla de Pascua y se constituyó con ellos una población que había de sorprender más tarde por sus obras ciclópeas y por sus escrituras á cuantos vayan arribando á las playas de esta comarca. Esta población debió perecer por la estrechez del suelo durante el largo trascurso de los siglos, ó pasar al Perú á continuar sus trabajos artísticos. En efecto, mientras no se sepa de dónde llegaron Manco-Capac y Mama-Oello al imperio de los incas, hay muchos que presumen que debieron ir de occidente, es decir, de Pascua ó de algunas islas de la Malesia.

La lengua *Rapa-Nui* que hablan los indígenas de Pascua tiene sus verbos que se conjugan con sólo tres terminaciones y reconoce únicamente los pronombres yo y tú. No hay una sola palabra que suene con dos consonantes unidas, así es que las vocales forman á cada paso diptongos y triptongos. La doble *r*, la *w*, la *x*, *d*, *b*, *s*, son desconocidas en el alfabeto de esta lengua. Tampoco hay ninguna terminación en *n*. Este

idioma es fácil y limitado á muy cortos sonidos y construcciones. Para hacer el plural se emplea en el período la palabra *mau* que significa varios. Lo mismo para hablar en femenino se agrega á la frase la palabra *toma-hina*, que quiere decir hembra y para el masculino *toma-toa*, que significa macho.

Nos resta, sólo, para concluir este somero trabajo, que consignar las observaciones fisiológicas hechas por el cirujano don Guillermo Bate, de los habitantes de la isla de Pascua, documento que se inserta á continuación.

IGNACIO L. GANA

Del examen personal que he hecho en crecido número, de los aborígenes de la isla de Pascua, resulta que:

La mayor parte de ellos tienen una constitución ó diátesis escrofulosa; músculos delgados, débiles y blandos; cabeza larga, baja y ancha; nariz regular y extendida; ojos oscuros y expresivos y un tanto oblicuos; pómulos prominentes; labios un tanto gruesos, pero boca bien formada; dientes firmes, grandes y blancos; pies y manos pequeños y bien proporcionados. El cutis es cetrino ó bronceado; cabellos tiesos y negros; barba escasa del mismo color; articulaciones salientes. El ángulo facial deducido de varias medidas es de 75°. El tórax débil, largo, angosto y aplanado; hundido bajo las clavículas, y los omoplatos prominentes y separados uno de otro más de lo común. La

circunferencia del tórax es de $0^{m}75$, la estatura $1^{m}57$, la pulsación varía entre 76 y 84, la respiración de 23 á 27 y el calor del cuerpo 96 Farenheit.

En los últimos tres años el número de fallecimientos ha sido excesivo entre ellos, reduciendo su número de 1,200 á 600.

Esta espantosa mortalidad proviene en gran parte del desarrollo de afecciones escrofulosas en los niños, de tisis tuberculosa en los adultos. Trataremos de indicar á la ligera las causas que pueden haber contribuído al desarrollo de esas enfermedades en la raza que ahora nos ocupa, á fin de poder señalar las razones que median para su prematura degeneración.

Advertiremos antes que existe al presente una muy notable diferencia entre los hombres jóvenes y los más viejos, por lo que respecta á su actividad física y fuerza muscular. Esta superioridad debe atribuirse á que habiendo sido hasta algunos años hace antropófagos, su alimento contenía sustancias más nutritivas y robustecientes, necesitando además mayor proporción de actividad corporal para defenderse contra sus enemigos.

La complexión escrofulosa se propaga generalmente en el estado de feto, por la trasmisión de esa organización particular de padres á hijos. Nada hay que pueda establecerse con más verdad, como resultado de una observación general, que la naturaleza hereditaria de las escrófulas. Su peculiar constitución puede también comunicarse por la deficiencia de vigor en uno de los padres ó en ambos á la vez: diferencia que proviene de la extremada juventud ó avanzada edad;

ya de un estado de salud degenerado, sea ó nó constitucional, y especialmente si proviene de una digestión y asimilación defectuosas. La alimentación exclusivamente vegetal ejerce una marcada influencia en el desarrollo de la tisis ó escrófulas, pues tiende á debilitar el sistema general.

Un clima variable y húmedo como el de Rapa-Nui es sin duda una de las causas de esas enfermedades y con tanta más razon cuanto que sus habitantes andan casi completamente desnudos.

Ya hemos hecho notar que los matrimonios prematuros ejercen gran influencia en la producción de afecciones pulmonares. La escasez de mujeres en la isla es notable; ellas están respecto de los hombres en la proporción de 1 á 3. Por esta razón se las obliga á casarse cuando apenas han alcanzado la edad de diez años y por consiguiente mucho antes que su sistema esté completamente desarrollado para entrar en ese estado. Su progenie no puede ser sino débil y malsana y rara vez pasa de dos el número de sus hijos.

Las mujeres poseen en mayor ó menor grado todos los principios característicos de los hombres; distinguiéndose en ellas aquel amor y delicadas atenciones para su prole, que son propias del sexo á que pertenecen.

Las nociones de medicina parecen ser casi nulas entre los naturales de Rapa-Nui, no poseyendo aun ni un tratamiento para las enfermedades que ahora les son tan fatales. Usan el baño de mar aun durante la viruela, lo que naturalmente ocasiona gran número de fallecimientos entre ellos.

Al concluir no podemos menos de manifestar nuestra íntima convicción de que si no se toman activas y prontas medidas para poner una valla á las funestas enfermedades que ahora exterminan esta interesante raza, la prolongación de su existencia deja de ser problemática.

TOMÁS GUILLERMO BATE
Cirujano 1.°

Febrero 28 de 1870

LA ISLA DE PASCUA

(Diario de un oficial del Estado Mayor de *La Flore*)

3 de enero de 1872.—A las 8 am. la silueta de la isla de Pascua se dibujaba ligeramente en la dirección del NO. La distancia es enorme aún, y no llegaremos hasta por la tarde, no obstante la rapidez que nos dan los alisios.

Muchas cosas extrañas nos han dicho de esa tierra, que han visitado pocos navegantes, en razón de que para llegar á ella hay que apartarse muchos centenares de leguas de los caminos trazados al través del Pacífico. Las relaciones de La-Pérouse, Finlay y el comandante Guy, son muy contradictorias.

Hay quien supone que pueden devorarnos si nos aventuramos locamente por el interior de Rapa-Nui. Se asegura que una corbeta rusa fondeó últimamente en la bahía de Cook, y los indígenas acudieron á la

playa y se opusieron á que desembarcaran los pasajeros.

Parece que un largo cerco de sirtes intercepta durante muchos meses las comunicaciones entre la isla y el mar; un almirante del apostadero hizo la experiencia.

En Valparaíso nos habían dicho que no quedan ya en Rapa-Nui más que unos tristes salvajes hambrientos y temerosos que viven de yerbas y raíces.

Por último, según la opinión más acreditada á bordo, la raza indígena se ha extinguido completamente, y la isla no es más que una gran soledad en medio del océano, guardada por sus antiguas estatuas de piedra.

Sin embargo, nos acercamos lentamente á ese país misterioso, y nuestra imaginación divaga ante opiniones tan diversas; nuestras miradas se clavan en las formas indecisas como queriendo ya descubrir cosas extraordinarias.

Rapa-Nui nos aparece en lontananza como si estuviera compuesta de cráteres rojizos y todo desprovisto de vegetación. Uno de ellos presenta la forma de un tronco antiguo.

A las 4 pm. la fragata echa el ancla en la bahía de Cook, con un viento muy recio; y á poco vimos un bote que se dirigía á nosotros y nos trae un anciano dinamarqués, personaje absolutamente imprevisto. Un europeo de carne y hueso que llega de Rapa-Nui á nuestro encuentro, contradice las singulares ideas que teníamos acerca de la isla.

El anciano dinamarqués nos dice que él es el único europeo que existe en la isla y que ha sido enviado por

Mr. Brander, rico hacendado de Papeete, que deseaba establecer en Rapa-Nui un plantío de batatas (1).

Nuestro hombre tiene una ambición: quiere que le proclamen rey de la isla de Pascua; él nos da la noticia de que la antigua población del país, muy numerosa en otro tiempo, ha sido diezmada por una serie de trastornos y desastres, y que hoy apenas hay en la isla cuatrocientos indígenas (2).

Petero, remero indígena, llega á bordo, y la impresión que su vista me causa no se borrará jamás de mi memoria. Sólo en la isla de Pascua se pueden producir esas cabezas medio fantásticas. Petero está desnudo, salvo un cinturón de corteza de morera que reemplaza la antigua hoja de viña; es pequeño, listo y nervioso como un gato; sus cabellos crespos y de un color rojo desconocido en Europa, están anudados en plumeros sobre su frente; representa veinticinco años; su rostro delgado no carece de energía y de expresión un tanto diabólica; sus ojos muy grandes rebosan tristeza y sus gruesos labios tienen color azul.

Pasó la noche á bordo y bailó y cantó aires de su país. Mientras cautivaba así nuestros oidos y nuestros ojos, muchas piraguas cargadas de salvajes rodeaban la fragata: venían á cambiar sus ídolos por vestidos.

---

(1) Convólvulus Batatas L., camote.

(2) En un viaje que hizo la goleta chilena *Colocolo*, en los años de 1850 al mando del comandante Leoncio Señoret, en su parte de arribada, dijo á nuestro gobierno que un buque peruano había estado poco antes y había embarcado una gran cantidad de indígenas para emplearlos en las minas del Perú y en el carguío de guano, en las islas Chinchas.—(L. I. S. A.)

Al día siguiente, J., de la R. y yo iremos á dar un paseo por Rapa-Nui. Petero está avisado y nos esperará en la playa.

4 de enero.—En efecto, salimos á las 5 am. Hacía frío; el cielo cubierto: lo mismo en el cielo que en los volcanes, había matices indescriptibles.

Pasamos sin mucho trabajo la línea de las rompientes; y además Petero estaba allí esperándonos, encaramado lo mismo que un pájaro en el pico de una roca.

Sus gritos despertaron á la población de la bahía, y en un instante la playa se cubrió de salvajes. Todos salían como por milagro de unas chozas tan bajas que parecía imposible que pudieran contener á un sér humano. Agitaban en la oscuridad matutina sus lanzas de sílice, sus pagayas y sus viejos ídolos.

Era, en efecto, la isla de Pascua o Rapa-Nui tal como yo me lo figuraba, y aquellos hombres que veía yo agitarse de un modo tan extraño, eran los últimos restos de su misteriosa raza...

Creí haber caído en medio de un pueblo de fantasmas...

La canoa que nos había conducido regresó, J. y de la R. me abandonaron, y yo me quedé solo entre los salvajes.

Todo aquello era tan inesperado que los más insensibles habrían tenido miedo. Yo, por mi parte, me sentí penetrado de cierto terror... terror irreflexivo, pues aquellos semblantes que al punto parecían terribles por sus pinturas, rebosaban, no obstante, dulzura y bondad.

Cantaban una especie de recitado quejumbroso y lúgubre.

Todos aquellos hombres me examinaban con curiosidad y acompañaban su canto monótono meneando la cabeza. Cada uno me presentaba un ídolo informe á quien más que á mí parecían dirigirse sus declamaciones.

Mas de repente el ritmo se animó; las voces dieron notas roncas, precipitadas, y la danza se hizo frenética, furiosa...

Pregunté á Petero la significación de todo aquello, y no me comprendió.

Por fin, Petero tomó mi mano derecha y un jefe viejo tomó la izquierda, me llevaron corriendo, y toda la población me siguió.

Detuviéronse delante de una cabaña pegada á una roca que pertenecía al jefe viejo; su entrada microscópica estaba guardada por dos ídolos de granito, y tendría unos cuarenta centímetros de ancho.

Me convidaron á entrar, lo que hice á la manera de los gatos, y fuí á sentarme en una estera al lado de la mujer del jefe y de su hija.

Tuve la idea de dibujar el rostro de uno de ellos con sus complicadas pinturas, y la admiración pública llegó al colmo, y me fué preciso dibujar á todos los asistentes y á los ídolos.

Me despedí del viejo jefe, y Petero me llevó á una cabaña distante, é hice amistad con María y Jueritay; dos graciosos tipos de muchachas de Rapa-Nui.

Al salir de la choza, vuelve á empezar la danza de

las pagayas, y Petero me lleva de nuevo á casa del jefe, quien me recibe ahora en una choza contigua... Verdaderamente tenía toda la traza de un brujo: su alta estatura, sus melenas, sus pinturas y la costumbre que tenía de acurrucarse como una fiera, le dan un aire casi salvaje; y sin embargo, de cerca es la figura más bondadosa que puede verse, con la de sus hermanos Atamón y Houger, que habitan la choza contigua. A su lado la mujer es horrible, con su suciedad y su impudor que repugnan.

A las 9 se oyó un clamor: es que aparecen por allí Mr. de Lamotte, el comandante L. y M. M. con un numeroso séquito. Me ofrecen pasaje en su embarcación, y yo acepto sólo para mi pagaya y mis lanzas; pero la embarcación estaba en la bahía Cook, á dos kilómetros; reúno mi comitiva con la suya, y los salvajes danzan y cantan.

El comandante de L. admira mis tesoros y dice que nunca ha visto nada igual; me suplica que le proporcione un ídolo como los míos, porque piensa que yo soy muy amigo de los salvajes, y para efectuar el canje, me da su levita, objeto de un valor incalculable. Trato, pues, con mi amigo el jefe por un muñeco de madera que envolvía cuidadosamente en una corteza de morera.

Otro jefe me lleva á su cabaña situada en el hueco de un peñasco, y deseando una cajilla de fósforos suecos que me había visto, me propone cambiarla por unos pendientes de espina de tiburón, lo que acepto muy gustoso.

A las 10, J. y de la R. volvieron; habían estado

cazando por la parte del gran cráter de Raro-Kan; pero no traían más que unas gaviotas blancas que reparten entre las mujeres. Me encuentran sentado sobre la yerba en medio de mis nuevos amigos. Muchas mujeres se agrupan en torno de nosotros, algunas de bonitas formas y vestidas con las sayas de fabricación francesa que se usan en Tahití.

María y Jueritay se reúnen con nosotros.

La bahía de Angaroa, á donde llegaron los botes, es semi-circular, y la dominan unos terrenos en anfiteatro donde están edificadas las ocho ó diez cabañas de la aldea.

Aquí nos sentamos á esperar las embarcaciones de la fragata.

En un peñón más alto se encuentra otra parte de la población más timorata ó más salvaje, con la cual no pudimos trabar conocimiento. Allí están acurrucados sobre las piedras y escalonados, tan misteriosos é inmóviles como las esfinges de Egipto. Los hombres muy pintados, las mujeres vestidas con un ropaje blanco y coronadas con follaje. Parecen druidas ó veladas silenciosas é inspiradas. El peñasco donde se sientan es el único punto que baña el sol, y se destaca sobre un fondo oscuro de nubes negras y de cráteres. Es imponente, extraño, inverosímil....

La embarcación del comandante L. me arranca á la contemplación del espectáculo; vino á reclamar su ídolo y lo llevo á casa del jefe á ratificar el trato.

Nuestro bote llega también y nos despedimos de nuestros amigos.

Después de almuerzo, durante el cual todo el mundo

codicia mis muñecos de madera, el bote nos conduce á la playa de Rapa-Nui.

Huga, Atamón y Jueritay nos esperaban como antiguos conocidos. Nos paseamos juntos por la aldea, luego voy á echar un sueño en una estera en la choza del jefe y mientras duermo, Atamón me da aire con un ventilador de plumas negras.

La choza era un óvalo, cuyos ejes son de dos y cuatro metros; tiene de alto 1.50 metros; su armazón es de hoja de palmera y su cubierta de paja.

La habita el jefe con su mujer, sus dos hijos, su hija, yerno y nieto. En todo siete personas, y además las gallinas, conejos y siete grandes gatos de hocico largo, lo que no impide que los ratones se paseasen á sus anchas entre nosotros. Cuando la vista se acostumbra á la oscuridad, se distinguen vagamente los objetos que cuelgan en las paredes: ídolos envueltos en estuches de paja, como botellas de champaña, lanzas de sílice, pagais ó pagayas de rostro humano, tocados de plumas, adornos de danza y muchos utensilios de forma extraña y de uso problemático, todos ellos muy viejos.

Tal es el modelo de todas las casas de la aldea.

Atamón me lleva al Moray de la bahía de Cook.

Los indígenas llaman Moray á esos monumentos misteriosos que se remontan á épocas incalculables.

Moray significa propiamente escultura, palabra que designa también sus ídolos, y esas singulares figuras que se ligan en su espíritu con el recuerdo de los difuntos que quizá representan.

Seguimos el camino que prolonga el mar y conduce á la bahía de Cook. Atamón me mostró una casa ruinosa cuya paredes exteriores están aún en pie; dice que era la casa de un *papa farani* (padre misionero francés), y del cual me cuenta una historia, con enérgicos ademanes, sin duda muy conmovedora, pero que yo no comprendo. Veo por su animación que debió haber tiros, lanzadas, hombres escondidos detrás de las piedras, en suma, una novela muy dramática. Atamón se figura que le había comprendido, me toma la mano y continuamos nuestra visita.

Llegamos al frente de una aglomeración de piedras como los *cromlech* galos, que domina por un lado el mar y por el otro el llano desierto. Atamón me asegura que es el Moray, y subimos los dos á las piedras... Pregunto por las estatuas, de las que no distingo ningún vestigio; pero Atamón me indica la tierra y miro bien á mis pies... En efecto, estaba encaramado sobre la barba de uno de los colosos que, tendido de espalda, me miraba de abajo arriba con los dos enormes agujeros que le servían de ojos.

Era tan grande y tan informe, que yo no había reparado su presencia. Allí están todos, tendidos juntos y medio hechos pedazos.

Frente del Moray se extiende una playa circular cubierta de arena deliciosa, y formada de corales rotos, blancos como la nieve, con ramajes de coral rosa, y preciosas conchas.

El mal tiempo precipita nuestro regreso; Atamón teme la lluvia. La brisa del E. sopla con intensidad

creciente y tiende las yerbas en toda la extensión del llano, amontonando nubes tan negras, que los cráteres se destacan en claro sobre aquel fondo siniestro.

Dejamos pasar el aguacero sentados tranquilamente en el hueco de una roca, en medio de un enjambre de libélulas encarnadas....

Las cercanías de la bahía de Hanga-Piko son muy animadas por la tarde, cuando salen las embarcaciones; los oficiales se sientan en medio de los grupos de los indígenas.

Los misteriosos observadores siguen también en sus altos puestos.

Yo me coloco en medio de mis amigos Hanga, Atamón, Petero, el jefe anciano; y María y Jueritay llegan corriendo hacia nosotros.

Los indígenas cantan... Habría querido escribir algunos de sus aires; pero es imposible, las notas que poseemos son insuficientes.

La música de los tahitianos es alegre y fácil; la de los de la isla de Pascua es, por el contrario, muy triste; se compone de frases interrumpidas y cortas, con finales inauditos; los hombres cantan con una voz quejumbrosa, que no tiene nada de natural, y en cambio las mujeres dan notas suavísimas.

En el momento en que J. nos trae el bote, aparece la criatura más singular del mundo, pequeña y regordota, con cara de china, como las que se ven en los abanicos. Está bien peinada y viste una túnica de muselina amarilla, cubierta con una manta encarnada; sus labios tienen pinturas. Se adelanta con zalamería y se sienta con discreción.

Petero afirma que es la mujer de los *papas farania*, lo que sorprende al punto; después supimos que era la esposa morganática del anciano danés.

Nuga nos conduce á la embarcación, por temor de que ocurriese algún accidente. Por fin partimos.

5 de enero.—El día siguiente pudimos obtener otra embarcación de J. y yo; la brisa del E. entorpece nuestra marcha y nos moja de los pies á la cabeza. Queremos arribar cuanto antes á la bahía de Cook; pero no conociendo bien el paso nos enredamos en la barra. Sin embargo, llegamos á la playa, en frente de la ruinosa casa del misionero. Atamón había corrido á recibirnos con algunos salvajes de figura desconocida, y pude hacer entre ellos la adquisición de un pequeño ídolo engalanado con plumas negras. Me dirijo con mi amigo al Moray, cuyas estatuas debemos llevarnos por la tarde; los indígenas organizan una danza general en torno de aquellas piedras; parecían una legión de diablos.

En el camino de la aldea encontramos á varios amigos que nos detienen: allí está el anciano jefe acurrucado en el hueco de una roca, murmurando frases ininteligibles; más allá, su mujer y su hija arrancando batatas.

Todos nos tienden las manos y nos dicen:—Amigos siempre.

Deseando yo uno de aquellos penachos de plumas negras que llevan los jefes, hacemos pesquisa para ello, y Petero me presenta en varias guaridas, donde veo viejos muy pintados, inmóviles como momias y que parecen no distinguirme.

Uno de ellos trabaja en arrancar los dientes de una mandíbula humana para poner un ojo á su ídolo.

Allí hay muchos penachos, pero me piden muy caro, todo mi uniforme, y tengo que renunciar á la compra.

Llegamos hasta la casa de Adam Smith, el viejo danés; fué morada antiguamente de los misioneros, y es la única que no está ruinosa. Bastante espaciosa, tiene un gran jardín con su baranda.

La esposa morganática nos divisa por la ventana, se despacha á ponerse su vestido amarillo y á envolverse en su manto encarnado, después de lo cual sale á recibirnos con muchas sonrisas. Su amo y señor estaba ausente, pero nos trae agua dulce, que es en el país un gran regalo, pues sólo se encuentra después de las grandes lluvias en ciertos charcos del cráter de Raro-Kan.

Los indígenas la conservan en calabazas, donde fermenta, y los infelices que se hartan de líquen y de batatas, muy á menudo tienen que privarse de beber. Vi encima de la mesa un gran registro abierto, y leí algunas frases inglesas.

Era el diario particular del danés, donde escribía cada día sus impresiones, sus dificultades con los naturales, todas las circunstancias de una singular existencia.

Al regreso, muchos salvajes se obstinan en vendernos conejos. Este es uno de los lances más desagradables del país: cada uno de los naturales lleva colgados del cinto muchos conejos, y atormenta á los extraños para que se los compre. Un conejo por un alfiler; tal es la tarifa que han establecido los marinos.

Entramos á bordo, donde me espera el almirante con impaciencia, para enviarme á hacer un dibujo exacto de la estatua antes de tomarla; dibujo que quería enviar al Ministerio.

Dispuesto ya todo, partimos en la chalupa cien hombres en busca del coloso. Mr. Rodolfo, alférez de navío, mandaba la expedición.

La chalupa, muy cargada, pasa con dificultad la barra, y acaba por amarrarse en posición conveniente.

Los indígenas se habían reunido en multitud, y lanzaban gritos penetrantes. Habíase esparcido la noticia de que se iban á llevar la estatua, y acudían para asistir á la ceremonia, habiendo muchos de los que habitan la bahía de La-Pérouse, en la otra parte de la isla. Así es que veíamos muchas caras nuevas.

Los cien hombres de Mr. Rodolfo se trasladaron al Moray, en buen orden y al paso, y las cornetas tocaban marcha, ruido insólito que pone á los indígenas en un estado indescriptible.

¡Qué escena en el Moray! Los salvajes, siguiendo el ejemplo, se mostraron tan vándalos como nosotros.

Al cabo de una hora todo estaba trastornado, las estatuas rotas, y no se sabía aún á cuál correspondería el honor de que le cortaran la cabeza para ir á figurar al Louvre, en compañía de las divinidades egipcias y asirias.

En medio de la horrible tarea los salvajes bailaban y gritaban como poseídos... De pie y apostado estaba un anciano jefe, con la cabeza rizada de plumas negras, contemplando tristemente aquella escena

de destrucción. Sólo él, sin duda, conservaba respeto de las cosas sagradas.

La estatua elegida es una que está tendida cabeza abajo con el rostro en la tierra; cediendo al esfuerzo de las palancas, vuelve sobre sí misma y cae de espaldas. Su caída es señal de una danza general; los salvajes saltan como locos sobre la cara y el vientre de la estatua, y lanzan al cielo mil gritos frenéticos. Aquellos muertos de las razas primitivas no han oído semejante estrépito desde que se durmieron en su Moray... si no es el que debieron hacer sus estatuas cuando cayeron de vejez, una por una.

Habiendo terminado mis dibujos para el almirante, me vuelvo con Atamón á la aldea, en donde encuentro á Huga que trabajaba con ardor en confeccionarme la corona de plumas negras tan codiciada, y que me entregó aquella misma tarde.

Mientras esperaba, el anciano jefe de Rapa-Nui me enseñó un polvillo negro que tenía envuelto en hojas secas. Con eso pintaba de azul.

Volví á bordo á las 5 pm. con un penacho de plumas negras y otro de plumas blancas, que hicieron la admiración general.

Después de comer, el comandante de L. me propuso que le acompañara el día siguiente por la mañana en una excursión que proyectaba hacer al cráter de Rano-Raraku, situado á 6 leguas de la bahía de Cook, en la otra parte de la isla.

6 de enero.—Nuestra pequeña expedición se pone en marcha á las 4 am., y antes de amanecer llegamos á la bahía de Cook. Por el lado de la aldea se dis-

tingue humo entre la yerba, el cielo está enteramente cubierto, pasamos cerca de Moray, cuyo aspecto es siniestro.

El viejo danés que debía servirnos de guía y se había ofrecido á esperarnos á la orilla del mar, no está en su puesto, así es que marchamos adelante en la yerba mojada, y al cabo de media hora el mar y la fragata han desaparecido detrás de los accidentes del terreno. Penetramos en la parte de la isla señalada en el mapa de los misioneros con la palabra *Tekanhangearu*, escrito en gruesas letras por el obispo de Tahití. Es el más antiguo de los nombres que los indígenas dan á esa isla.

Por los mismos tiempos en que la población era numerosa, ese territorio central estaba deshabitado... ¡Extraño país! Atravesamos áridos llanos, cubiertos con un sinnúmero de pequeñas pirámides de piedra; parecen un inmenso campo santo.

Amanece con tiempo muy sombrío y algo de lluvia: el horizonte aparece siempre limitado por cráteres que tienen todos la misma forma cónica y el mismo matiz informe. Las pirámides que encontramos á cada paso son de piedra sin labrar, puestas unas sobre otras, y que se han ennegrecido con los años; no deben tener menos de dos siglos.

Hasta las rodillas entramos en la yerba mojada, yerba que cubre la isla en toda su extensión; es una especie de planta ruda, de tallos leñosos, de un verde gris, con imperceptibles flores violáceas, y de ella salen á miles esos insectos menudos que llaman efímeros.

Atravesamos un valle en que la vegetación es un

poco menos triste, pues se ven cañas dulces en estado silvestre, y algunas mimosas y moreras. La ausencia completa de árboles en la isla de Pascua es tanto más singular, cuanto que todo son señales de una vegetación destruída.

Atravesamos toda la isla y nos volvemos á encontrar frente al Pacífico. Distinguimos la misión de Vailla, guardada por una anciana de una fealdad repugnante.

Almorzamos, antes de proseguir el camino, con el anciano danés que se ha reunido á nosotros y nos enseña en lontananza el cráter de Rano-Raraku. Dista unas cinco millas: el país que cruzamos es un desierto; nuestro guía nos asegura que jamás pasan por allí los indígenas, y sin embargo, por estas partes está surcado de senderos, que parecen muy frecuentados.

¿Qué pensar de esto? El comandante de L. se asombra tanto con este hecho extraordinario, que supone que los salvajes van al cráter para cumplir alguna ceremonia misteriosa.

Entre Vailla y Rano-Raraku, la tierra está cubierta de ruinas: los senderos pasan por el medio de antiguos cimientos de piedra, por entre gruesas paredes y restos de gigantescas construcciones. A lo largo de las rocas hay inmensos terrados donde antiguamente hubo estatuas y á los que se subía por escalinatas como las de los antiguos templos indios. Todos esos colosos yacen hoy en el suelo, con las piernas en el aire y la cara enterrada en los escombros: los enormes gorros de lana encarnada que les cubrían la cabeza, han rodado á lo lejos.

En medio de esas ruinas descubrieron los misioneros hace algunos años unas tablillas de madera cubiertas de jeroglíficos que nadie ha podido descifrar todavía.

Las estatuas se multiplican á medida que nos acercamos á Rano-Raraku y también se aumentan sus dimensiones; ya no sólo se encuentran al pie de los terrados, sino que el suelo está sembrado de ellas.

Al cabo de tres horas de marcha, divisamos en pie sobre la vertiente del cráter, grandes personajes que proyectan sombras desmesuradas, agrupados sin órden y mirando casi todos hacia nosotros, menos algunos grandes perfiles de nariz puntiagudas que miran hacia el norte.

El contraste es notable entre esos nuevos colosos y los que ya conocíamos: éstos no tienen busto, sólo sus cabezas salen de la tierra y miran al cielo; su expresión es despreciativa ó irónica y tienen grandes orejas; sin duda alguna pertenecen á otra época que las primeras que son mucho más toscas; algunas estatuas están pintarrajeadas y llevan en el cuello y en las orejas adornos de pedernal con incrustaciones.

¡Es un espectáculo singular el que ofrece ese mundo de piedra!

Tenemos el cráter sobre nuestras cabezas y á nuestros pies, esos llanos desiertos plantados de estatuas que tan pocos europeos han podido contemplar, y por horizonte el océano Pacífico.

El regreso es precipitado. Dejo atrás tendido en las yerbas á mis compañeros rendidos de cansancio y de sed y camino con el anciano danés, que hace caraco-

lear su caballo en el Moray y recoge una porción de calaveras para el estudio de las razas primitivas que hace el doctor.

He formado el osado proyecto de pasar antes que sea de noche por el cráter del Rano-Kan; me extravío y, sin embargo, al fin vengo á encontrarme frente á Rano-Kan.

Este cráter es una de las curiosidades de la isla. Forma un inmenso coliseo de una regularidad perfecta, en el cual podría maniobrar todo un ejército. Allí se refugió con su pueblo el último de los reyes del país, cuando la invasión peruana, y allí fueron degollados todos. Los caminos adyacentes están llenos de huesos humanos y de trecho en trecho se ven esqueletos enteros tendidos en la yerba.

Los actuales indígenas no tienen respeto ninguno por esos vestigios de sus antepasados y juegan con una calavera como con un objeto grotesco.

Nuestra visita á Rapa-Nui fué bastante larga. Saldremos mañana temprano; á las 6 am. me despediré de aquellos pobres salvajes que no volveré á ver más.

A las 8 am. llama el almirante y me dice que desea también llevar un ídolo. Mañana me enviará á tierra para que trate de procurármelo; pero yo le aseguré que estaría de vuelta á las 6 pm. con el ídolo y sentí mucha alegría porque iría á ver una vez más á mis pobres amigos, Huga, Atamón y compañeros. J. me enseñó algunas frases de la lengua moairi para que se abriera la puerta del anciano jefe á aquella hora matutina, pues en un rincón de su casa distinguí la estatuilla que ambicionaba el almirante.

7 de enero.—A las 4 am. me puse en marcha á bordo de la ballenera del almirante. El tiempo era favorable.

El aspecto de la aldea en la oscuridad era tan fantástico como el día que la vi por primera vez: aquí y acullá hogueras en la yerba y por delante de las llamas pasan las sombras de algunos salvajes madrugadores que vigilan la cocción de las batatas.

Avisan mi llegada al anciano jefe que sale á mi encuentro; y le ofrezco en cambio de su ídolo una hermosa levita del almirante que se pone inmediatamente: no tenía tiempo que perder para regresar con aquel fácil cambio.

En pocos instantes todos los amigos vinieron á verme: aquí estaba Huga, que corre medio dormida aún envuelta en una manta de corteza de morera; aquí estaba Petero, Atamón, etc. Esta vez sí que me despedí de veras. Dentro de algunas horas la isla de Pascua desaparecerá de mi vista para siempre.

Comenzó á amanecer, los salvajes estaban todos en la playa contemplando á la ballenera hasta que la perdieron de vista.

El almirante aseguraba que le inspiraba vivos recelos la suerte del anciano danés. Los salvajes de Rapa-Nui no son crueles ni malvados; pero de tiempo en tiempo se encuentran en la isla algunos viejos jefes de traza sospechosa. Además no puede saberse hasta qué grado se exalta la ferocidad de un salvaje, manso y pacífico por costumbre, cuando está excitado por alguna pasión desconocida á los hombres civilizados ó por alguna superstición misteriosa. En suma, el almi-

rante que se ha entretenido en estudiar la actitud de los salvajes respecto del anciano danés, cree que sólo esperan nuestra marcha para devorarle...

Cuando dentro de algunos meses venga la goleta de Mr. Brander á buscar la cosecha de batatas, dirán lisa y llanamente que Adam Smith ha muerto y nadie irá á averiguar por qué ni cómo.

JULIÁN VIAUD
(Pierre Loti)

ISLA DE PASCUA

Hojeando, hace pocos días, la Memoria del Ministerio de Marina, correspondiente al año de 1870, encontramos unas cuantas páginas relativas á un viaje de instrucción emprendido por la corbeta de guerra *O'Higgins* á la isla de Pascua.

El comandante don Ignacio L. Gana, encargado por el Gobierno de hacer una descripción científica de aquella isla, es el autor de esas páginas que, por más de un concepto, merecen llamar la atención no sólo de las personas estudiosas, sino también de todos aquellos que se interesen en algo por la prosperidad y el desarrollo de la ciencia.

La isla de Pascua, lo confesamos ingenuamente, era casi enteramente desconocida para nosotros hasta ese momento. Apenas si por los años de 68 ó 69 tuvimos ocasión de ver en los diarios algunas ligeras noticias á que no atribuímos gran importancia. Se trataba entonces de recoger entre los vecinos de Santiago algunas

piadosas erogaciones para el auxilio de las misiones que allí se habían establecido y para los pobres indígenas recién convertidos. Uno de los misioneros de Pascua se trasladó á esta ciudad con ese objeto y, según se nos informa, el pueblo respondió generosamente á la voz de la caridad. Después de esto, nada mas dijeron los periódicos á este respecto, y si no hubiera sido por la relación del señor Gana de que acabamos de hacer mención, ignoraríamos los detalles tan variados é interesantes que este caballero ha consignado relativos á esa pequeña porción de tierra, perdida, por decirlo así, en las vastas soledades del Pacífico.

Su lectura nos ha sugerido la idea de reunir en un pequeño artículo los datos y noticias que pudiéramos recoger para ofrecerlos, en seguida, á los lectores de *El Independiente.*

Escasas son, en verdad, esas noticias, por el poco tiempo de que hemos podido disponer, pero ellas harán comprender á nuestros lectores cuán importante ha sido la obra apostólica que nuestros misioneros han realizado y que, por desgracia, la sórdida ambición de un especulador extranjero ha destruído completamente.

Las noticias que vamos á consignar las debemos en gran parte á la amabilidad de un abnegado misionero que permaneció durante cuatro años en aquella isla (1) y á la relación del señor Gana y de algunos periódicos que hemos podido consultar.

---

(1) El R. P. Gaspar Zumbohm, de los SS. CC.

***

La isla de Vai-hou, Pascua ó Davis fué descubierta en 1686 por Davis y vuelta á ser más tarde, en 1722, por Roggenwein, el día de la Resurrección del Señor, á cuya circunstancia debe su nombre de Pascua.

Está situada á los 27° 10′ de latitud y á los 109° 26′ de longitud del meridiano de Greenwich, siendo la isla más oriental de la Oceanía y distando de la costa de Chile 2,030 millas, aproximadamente unas 700 leguas. Es de forma triangular y mide 18 kilómetros cuadrados. Viene á ser como una tercera parte mayor que la de Juan Fernández.

Los únicos lugares visitados hasta ahora por los buques, según el señor Gana, y los que presentan mayor seguridad, son los fondeaderos de Angaroa ó de Cook y el de La-Pérouse. El primero se halla en el lado este, y al lado norte el otro.

La isla de Pascua no pertenece á nación alguna en la actualidad, aunque es de presumir que en estos últimos años haya estado bajo la protección de la Francia. Su clima es igual y un poco más cálido que el de Caldera y el desierto de Atacama, en cuya zona se halla comprendida y, por consiguiente, la vegetación tropical se desarrolla allí con facilidad.

Las lluvias son frecuentes y, merced á ellas, tienen los indígenas agua para beber, porque en la isla no se encuentra un solo manantial. El suelo es desigual y pedregoso y, de consiguiente, poco á propósito para el arado.

A poca distancia del mar, una larga cadena de montículos rodea la isla y en sus cumbres más elevadas se encuentran las famosas y gigantescas estatuas de piedra de que nos ocuparemos más adelante.

***

Aquí creemos oportuno consignar, aunque muy á la ligera y en cuanto nos permitan nuestros escasos conocimientos sobre la materia, las dos hipótesis que dividen la opinión de los hombres de ciencia, respecto á la formación de la isla de Pascua y, en general, de todas las que componen los archipiélagos de la Oceanía.

El célebre Malte-Brun, y con él no pocos geógrafos, sostienen que los archipiélagos de la Oceanía no son más que las cimas ó crestas de un continente sumergido.

Ribaud y algunos otros, fundándose en nuevas y prolijas observaciones, creen que la Oceanía es la más nueva de todas las partes del globo. El secreto de su formación se debería á la acción combinada de las fuerzas volcánicas y de las madréporas.

Sin embargo, hay un fenómeno que el mismo Ribaud no puede explicarse. En cinco grupos distintos de islas, distantes mil leguas unos de otros, se han encontrado habitantes de la misma raza, con las mismas costumbres, el mismo tipo, el mismo idioma y, lo que es más raro todavía, las mismas preocupaciones, entre otras la del *tabou*, que es una especie de interdicción religiosa que afecta temporal ó perpetuamente á ciertos hombres, á ciertos objetos y á ciertos lugares.

Y este fenómeno parece más inexplicable todavía, si se toma en cuenta que la navegación se encuentra allí en la infancia y que parece imposible que los largos y peligrosísimos viajes de unas islas á otras, hayan podido hacerse en débiles piraguas, incapaces de resistir á una mar gruesa.

De modo, pues, que la presencia de esas razas idénticas, en las diversas islas de la Oceanía, sólo podría explicarse por la hipótesis de una Atlántida perdida, como la de Teopompo y Platón, cuyos habitantes, en el momento del cataclismo, se hubieran refugiado sobre las eminencias.

Se comprenderá fácilmente que nosotros no nos creemos competentes para decidirnos en pro ó en contra de cualquiera de estas hipótesis; pero como quiera que sea, lo que parece indudable es que los habitantes de la isla de Pascua pertenecen á la raza polinesiana, que es la que puebla casi todas las islas de la Oceanía.

***

Para dar una idea de lo que son los *canacas* ó indígenas de Pascua, en cuanto á sus dotes físicas y morales, nos bastará trascribir simplemente lo que el señor Gana dice á este respecto:

«Los habitantes de Pascua son de estatura media, ojos grandes, frente protuberante, nariz perfilada, vómer aplastado en las ventanillas, pelo lacio, negro ó amarillo, boca grande, labios regulares, dentadura hermosa, blanca y alineada, mayor número de lampiños que de barbudos. A pesar de la infatigable agilidad

pedestre de esta gente y de sus sorprendentes fuerzas natatorias, es rarísimo el individuo de señalada musculatura.

»Miembros delgados, carnes suaves, espalda estrecha, pescuezo largo, femenil.

»En cuanto á las dotes morales, son de carácter dulce, sumisos, timoratos, serviciales, alegres y se guardan todos un cariño paternal. Comen poco, no beben jamás licores. El ideal de sus aspiraciones es el tabaco y los lindos trajes. Son capaces del mayor sacrificio por una camisa, un pantalón y un sombrero. Andan desnudos con excepción de aquellos que los misioneros han vestido con las limosnas llevadas de Chile. Los demás se cubren con mantas de *mahute* (1) ó con tiras de trapo.

»La mujer es también alegre aunque esclava y sometida á los menesteres domésticos. No faltan algunas simpáticas y bien parecidas, presentando de ordinario más edad que la que tienen.»

Según las observaciones del doctor Bate, cirujano de la *O'Higgins*, esta última circunstancia se debía á la complexión enfermiza de los isleños, cuya mayor parte ha muerto prematuramente de tisis, á causa de alimentarse únicamente con legumbres, por ser allí la carne un artículo sumamente escaso.

***

Á contar desde las primeras tradiciones, los habi-

(1) Arbusto filamentoso con que tejen sus vestidos.

tantes estaban sujetos, en cada uno de los distritos en que se dividía la isla, á su respectivo jefe que, generalmente, era el más osado y el más inteligente de sus compatriotas. De modo que nunca un mismo individuo reunió en sus manos el poder soberano de la isla, á excepción de Gregorio.

Era Gregorio un joven á quien los padres habían bautizado y educado en la misión y que por sus modales distinguidos y su carácter serio, á pesar de sus cortos años, todos los indios respetaban sometiéndose voluntariamente á su autoridad. Este simpático joven murió de tisis á los doce años de edad. Su padre Tepito que había, como jefe, gobernado una parte de la isla, acababa de morir miserablemente en una de las provincias interiores del Perú, en las faenas á que lo había arrastrado la codicia de algunos aventureros peruanos.

Parece que en la isla de Pascua, antes de la llegada de los misioneros, los habitantes eran idólatras, pero no tenían ídolos, ni culto externo alguno. El señor Gana nos dice que tuvieron sus sacerdotes que predicaban á nombre de muchos dioses, contándose entre éstos, el dios del bien, del robo, etc., pero que á la llegada de los padres de los Sagrados Corazones habían muerto, lo que contribuyó mucho á que la obra evangélica fructificase porque no había sacerdotes que neutralizasen su acción. Así es, agrega, que no fué difícil á los misioneros aprovecharse de esa coyuntura y consumar la obra santa que han llevado á cabo.

Algo parecido debió suceder si nos atenemos tam-

bién á nuestros informes. El R. P. Gaspar nos asegura que el único inconveniente que embarazaba la conversión de los indígenas era la poligamia y que, á pesar de esto, no les costaba mucho trabajo para persuadirlos que renunciasen á ella para ser bautizados.

El antropofaguismo que en otro tiempo reinaba en la isla había desaparecido. El último caso de esta especie que se refería y que en parte era negado por los mismos indígenas, había tenido lugar, antes de la llegada de los reverendos padres de los SS. CC., en las personas de tres peruanos que habían abordado á la isla para arrebatar violentamente de sus hogares á los habitantes y conducirlos á los trabajos de las Chinchas. Estos peruanos habían sido asesinados y les habían comido las manos y los pies. Los indígenas se atribuían unos á otros este delito que nunca pudo averiguarse de una manera cierta.

Los misioneros de Pascua, después de haber residido algún tiempo en la isla, comprendieron por las relaciones inconexas y confusas que les hicieron los naturales, que en una época anterior, tal vez unos treinta ó cuarenta años antes, había arribado á sus costas un buque grande que llevaba á su bordo un gran número de hombres. Que éstos, habiendo perdido tal vez su embarcación, les habían pedido hospitalidad y bajados á tierra se procuraron habitaciones construyendo tiendas con las velas del buque. Parece también, por las señales que dan los indígenas, que entre aquellos se hallaba un obispo y varios sacerdotes misioneros.

Los habitantes de Pascua, como hemos dicho, eran en esa época antropófagos y es así que aprovecharon la coyuntura que se les presentaba para inmolar á los náufragos y saciar sus groseros instintos. Efectivamente, todos fueron devorados y el obispo sufrió la más cruel de las muertes, pues se le asó en un horno. Todavía existe este horno y los isleños lo señalan á los que quieren verlo. Es un hoyo profundo hecho en el suelo cerca de la bahía de Anakena.

Los indígenas de la isla de Gambier les echaban siempre en rostro á los de Pascua este crimen, amenazándolos con denunciarlos á los extranjeros.

La muerte que sufrieron los náufragos, y entre ellos el obispo, fué probablemente la de lapidación, que es la que siempre han acostumbrado aplicar los indígenas de Pascua y de otras islas de la Oceanía.

La población de Pascua en esa época era poco más ó menos de cuatro mil habitantes.

El monumento que atestigua la degradación de esta raza, en un tiempo no muy remoto, y sus instintos caníbales, es el gran osario que se encuentra á inmediaciones del volcán de Utuiti.

Tal vez á ese lugar concurrían para celebrar sus torpes festines. Tal vez allí estén confundidos los restos del salvaje inmolado por la voracidad de sus compatriotas con los huesos del obispo y de los desgraciados náufragos que lo acompañaban!

Hemos hablado ya del *tabou*, que consistía en una especie de interdicción religiosa.

Los jefes, por el hecho de serlo, quedaban tabou y nadie podría tocarlos sin incurrir en un sacrilegio.

Había también objetos y lugares consagrados por esta palabra.

Con el trascurso del tiempo, esta práctica dió lugar á numerosos abusos. Los jefes establecían el tabou para todo lo que les pertenecía y aun para aquellas cosas que estaban fuera de su dominio. Así, por ejemplo, un pescado muy grande y carnoso, aunque insípido, llamado *kahi*, era tabou, y, en consecuencia, nadie podía comerlo si no era el jefe y su familia. El que lo pescaba en sus redes estaba obligado á entregarlo, incurriendo, si no lo hacía, en la pena correspondiente.

Y para que se vea hasta qué punto estaba arraigada esta preocupación entre aquellos sencillos isleños, vamos á referir la siguiente anécdota:

El padre Gaspar tenía á su cargo á treinta y cinco jóvenes indígenas á quienes educaba. Todos eran cristianos.

Uno de ellos comió un día *kahi* y un instante después se sintió con convulsiones.

Se puso el suceso en conocimiento del padre, que acudió inmediatamente al lado del enfermo.

—¿Qué tienes? le preguntó.

—¡Ay! padre, he comido *kahi*.

El misionero lo reconvino severamente por esta superstición impropia de un cristiano y de una persona civilizada, y el muchacho desde ese instante se encontró enteramente sano.

***

Después de la expedición del almirante Roggewein, que desembarcó en la isla el 6 de abril de 1772, y que

habiéndola visitado durante un día, le dió el nombre con que se la conoce en las cartas geográficas, ningún europeo había llegado á sus costas hasta medio siglo después, en que el capitán Cook se detuvo en ella ocho días, en el mes de marzo de 1774, y la exploró toda entera.

A su vez, el 9 de abril de 1786, La-Pérouse ancló en la costa occidental, en el abra que hoy lleva su nombre, y permaneció 24 horas en la isla.

Las violencias que varios marinos aventureros se permitieron más tarde contra los isleños, hicieron inabordables estas costas. Así es que el capitán ruso Kotzebue, en el mes de marzo de 1816, y el inglés Beecchey, en 1825, intentaron vanamente hacer en ella una excursión, pues fueron acogidos á pedradas y forzados á reembarcarse de nuevo.

Inaccesible, pues, para toda clase de extranjeros se mantuvo la isla, desde esas distintas épocas hasta 1863, en que se inició en ella la obra de las misiones, esa obra que tan rápidamente transformó á sus habitantes de rudos salvajes en hombres civilizados y cristianos.

Cabe á los reverendos padres de los Sagrados Corazones el honor de la jornada y la gloria de haber llevado á cabo tan magna empresa en el corto espacio de dos años.

La primera misión fué fundada por el hermano Eugenio Eynault, de la referida congregación.

Este hombre no era un ilustre viajero ni mucho menos un ambicioso de gloria; era simplemente un misionero que, armado de la cruz y de su libro de oraciones, se lanzaba en una empresa temeraria y eri-

zada de peligros con el único fin de hacer el bien á sus semejantes.

El hermano Eugenio se vino muy joven de Francia y se estableció en la provincia de Atacama, en donde ejercía su oficio de herrero con una habilidad consumada.

Todos sus conatos se dirigían á formar una pequeña fortuna para regresar en seguida á su patria.

Residió algunos años en Guasco, Vallenar y Copiapó, en cuyos lugares, por su incansable laboriosidad, por su honradez y por su bondadoso carácter, se conquistó las simpatías de todos sus vecinos.

Viajó también por la República Argentina y por Bolivia, en donde desempeñó del mismo modo su oficio de herrero.

A mediados del año de 1863, y habiendo reunido una pequeña fortuna, se vino á Valparaíso, tal vez con el pensamiento de embarcarse allí para Francia. Sin embargo, no era este el destino que le aguardaba.

En esta ciudad se puso en relaciones con los padres de los Sagrados Corazones, y obedeciendo á una inclinación que más tarde, según decía él mismo, le había parecido irresistible, se incorporó á la congregación como hermano coadjutor.

Repartió sus bienes entre la familia que le quedaba en Francia y los pobres, comenzando á agitarle la idea de asociarse á los misioneros de la Oceanía.

Algunos meses permaneció todavía en Valparaíso como catequista, hasta que, por fin, consiguió realizar sus propósitos embarcándose para Tahití en compañía

del padre Alberto Montiton para dirigirse desde allí á la isla de Pascua.

Creemos que será leída con interés la siguiente carta del R. P. Pacomio Olivier, viceprovincial de la congregación establecida en Valparaíso, al superior de la misma en París. Esta correspondencia que tomamos de los *Anales de la Propagación de la Fe*, nos pinta el estado en que se encontraba la isla de Pascua en ese tiempo, y los esfuerzos que por civilizarla y convertirla hicieron los sacerdotes misioneros:

Valparaíso, diciembre de 1864.

Reverendísimo padre:

Hace no mucho tiempo que deseaba daros detalles exactos acerca de la isla de Pascua y sus habitantes. La vuelta del hermano Eugenio, que nos ha conducido el padre Bernabé, me permite, en fin, hacerlo.

¡Cuántos años hacía que la isla de Pascua era objeto de la atención y de los deseos de nuestros misioneros! Su aislamiento parecía prometer al apostolado una libertad de acción que no se encuentra en todas partes; pero no era fácil obtener indicaciones precisas sobre estos parajes. Las cortas palabras de Dumont d'Urville (1) no satisfacen una curiosidad legítima, y las preguntas dirigidas á nuestros oficiales de marina quedarían siempre sin contestación. Consiste en que esta

(1) *Viaje pintoresco al rededor del mundo.*

isla, fuera de las vías ordinarias y de un acceso difícil, no ha estado sino raramente visitada y es uno de los puntos menos conocidos de la Oceanía. Algunos navíos balleneros, según parece, abordan no obstante de tiempo en tiempo; pero estas raras y pasajeras comunicaciones no nos habían traído ninguna indicación útil.

En fin, en el mes de octubre de 1862, un capitán de fragata, Mr. Lejeune, que comandaba el *Cassini*, nos dió detalles más precisos. Aunque no pasó sino pocas horas enfrente de esta isla, trajo noticias importantes.

Deseoso de saber á qué atenerse, puso en mar dos embarcaciones, y, recomendando á los oficiales las medidas de prudencia indispensables, les encargó que se aproximasen á la playa para ponerse en estado de hacer algunas observaciones. El tiempo fué bien empleado. Los indígenas, manifestando mucha confianza, se presentaron á la bahía más cercana.

En pocos instantes la playa se cubrió de una población avaluada por los oficiales de mil doscientos á mil cuatrocientos canacas, que parecían sanos, robustos y de buena cara.

Las embarcaciones fueron rodeadas al punto de una multitud que se arrojaba á nado y que habría llenado las lanchas si no se hubiese creído prudente tenerlas distantes. El *Cassini* mismo recibió la visita de algunos naturales que traían los productos de la isla: patatas, taro y una gallina. En cuanto podía juzgarse, la isla parecía de una grande fertilidad. Los oficiales creían haber reconocido varias propiedades cultivadas divididas; pero no se advertían árboles ni se veía nin-

guna embarcación indígena, lo que hacía sospechar la ausencia de bosques.

Después de haber ofrecido regalos á los habitantes y haberles hecho reconocer el pabellón de la Francia, el comandante del *Cassini* tomaba el camino de Chile, y algunos días después tuvimos el placer de oirle contar los detalles de este corto cruzadero.

Mr. Lejeune nos pintó esta isla de Pascua y sus habitantes con colores favorables. La población debía ser numerosa, pues que en dos ó tres horas los naturales habían podido reunirse en número de mil doscientos á mil cuatrocientos.

Su aspecto no manifestaba la crueldad, pero estaba uno sorprendido de su inclinación á apropiarse los bienes ajenos.

A la época en que el *Cassini* llegó á Valparaíso, un misionero de las Pomotúes se encontraba entre nosotros. Después de un penoso apostolado en las islas Bajas, el R. P. Alberto Montitón se había visto atacado por una enfermedad que los médicos juzgaban incurable bajo el clima de Tahití y con la vida de misionero. Era en efecto el resultado de esta vida misma, con sus privaciones, sus malos alimentos, sus aguas insalubres y sus excesivos calores. Enviado a Francia, por orden de los médicos, el padre Alberto quiso detenerse en Chile. Su salud se mejoraba, pero se hallaba comprometida.

El pensamiento de fundar una nueva misión impidió sus proyectos de partir á Francia. Estaba dispuesto á sacrificar la esperanza de su cura y á acallar el deseo de volver á ver su patria, si conseguía la satisfacción

de abrir la misión de la isla de Pascua y cultivar el primero esta viña desconocida. Esta perseverante inspiración del espíritu apostólico fué la que le hizo prolongar su estancia entre nosotros y le estimuló á escribir para conseguir su autorización.

Cuando la consiguió, R. P., renunció definitivamente á su viaje á Francia y no pensó sino en remover las dificultades que lo detenían aún. Según nuestras constituciones, le era preciso un compañero que no era fácil encontrar.

El corto número de personas de que podemos disponer aquí, relativamente á las numerosas obras que tenemos que sostener, me puso en la necesidad de oponerme desde luego á la ida de los que se presentaron.

El padre Alberto no se dió por vencido; redobló sus instancias y creí, en fin, poderle ceder el padre Rigal.

La partida quedó resuelta.

Con la actividad que ya conocéis en el padre Alberto, los preparativos fueron inmediatos. El concurso de algunas personas caritativas le permitió proporcionarse los objetos más necesarios, y se le retuvo el pasaje sobre una pequeña goleta que partía para Tahití.

El padre Alberto se encontraba en el colmo de sus votos y, sin embargo, un nuevo motivo de gozo le estaba todavía reservado.

Un día el hermano Eugenio vino á rogarme le permitiese seguir al padre Alberto á la isla de Pascua. El carácter y virtud acrisolada de este hermano, las razones que motivaban su petición, las circunstancias en que se presentaba, todo me autorizaba á no prorrogar

mi decisión hasta el día siguiente. Permitíle, pues, que se embarcase. Pocos días después, la *Favorite* partía con nuestros tres misioneros, y el 11 de mayo de 1863 desembarcaron en Tahití.

Mientras que el padre Alberto se disponía á llevar el Evangelio á la isla de Pascua, este país era teatro de odiosas iniquidades.

No correspondiendo la emigración china en el Perú á las esperanzas que se habían concebido, varios armadores peruanos tuvieron la idea de sustituirla por la emigración *canaca*. El primer navío que emprendió este tráfico realizó buenos beneficios. Inmediatamente se armaron en los puertos del Perú otros muchos que, bajo el pretexto de ir á reclutar trabajadores, emprendieron un verdadero tráfico de los indígenas de la Oceanía. No compraban á los canacas sino que se les atraía con presentes, se les embriagaba y después se levantaba áncora. Si los indígenas manifestaban cierta desconfianza y se escapaban del lazo, se organizaba contra ellos una especie de caza. Dos mil de estos infelices fueron arrebatados de este modo. La isla de Pascua fué puesta á contribución en una amplia parte. Fué visitada diferentes veces y se vió arrebatar, si se ha de creer á los indígenas, más de mil hombres. Sin embargo, se comenzó á abrir el ojo: el gobernador de Tahití hizo prender á muchos de los piratas que recorrían las Marquesas y las Pomotúes. Por otro lado, los habitantes de Gambier, sospechando los malos designios de un navío que acababa de abordar, fingieron querer reclutarse, se embarcaron en masa, se apoderaron del navío y de la tripulación y lo condujeron todo

á Tahití. Había á bordo del navío varios naturales de la isla de Pascua.

Fué en este tiempo cuando el padre Alberto y sus compañeros llegaron á Tahití. Se esparció entonces el rumor de que la isla de Pascua estaba casi despoblada por los piratas, y el padre Alberto se vió detenido por este contratiempo. Esperando noticias más positivas se puso á trabajar de nuevo. Su celo no tardó en ser recompensado: la salud que no había podido recobrar durante un año de estancia en Chile, la consiguió en Tahití al cabo de pocos días y contra todas las previsiones de los médicos.

Recobrada su salud, se sintió con nuevo ardor para llevar á término su proyecto, pero la incertidumbre se aumentaba. A consecuencia de las reclamaciones del encargado de negocios de Francia en Lima, el gobierno peruano mandó devolver á su patria á los canacas que había. Un gran número había ya muerto en las costas del Perú; los que se embarcaron llevaban el germen de las viruelas, y la mayor parte murió en la travesía. La muerte no perdonó sino á algunos infelices destinados á trasmitir el contagio á sus compatriotas. Así fué como la viruela fué introducida en las islas Marquesas, en donde arrebató la mitad de la población.

Se anunció que lo mismo sucedía en la isla de Pascua; y á la sazón ¿qué quedaría de una población, parte arrebatada por los piratas y parte diezmada por la enfermedad? El padre Claro dudaba si se privaría de la cooperación activa del padre Alberto en Tahití para enviarle á un punto desconocido y quizá desierto.

Entonces fué cuando el hermano Eugenio pidió el

permiso de ir solo á ese país, para hacer cesar estas largas incertidumbres.

Había en Tahití cuatro hombres, una mujer y un niño, indígenas de la isla de Pascua, robados como tantos otros por los piratas y que se deseaba devolver á sus familias. Además, la *Notre Dame de Paix*, goleta construída en Gambier y maltratada por la mar, se había visto obligada á detenerse en Tahití y no se juzgó á propósito repararla. Era preciso encontrar los medios de conducir á Gambier la tripulación y los pasajeros de la goleta. El padre Claro se decidió á fletar un navío que condujese á sus hogares á los indígenas de Gambier y de Pascua y permitiese, al mismo tiempo, al hermano Eugenio visitar esta última isla.

Determinóse que el hermano tomaría todos los informes deseados y que, si encontraba las circunstancias favorables para el establecimiento inmediato de una misión, escribiría al padre Claro y estaría autorizado para permanecer provisoriamente hasta la llegada de los misioneros.

El hermano Eugenio hace sus preparativos para ello. Ha tomado algunas piezas de tela para vestir á los indígenas, varias herramientas de carpintero, cuatro montantes y otras piezas de maderas para improvisar una casa, un barril de harina, dos ó tres catecismos y libros de oraciones en lengua tahitiense, y en fin, una campanilla para llamar á la población.

Se embarcaron en la *Suerte*, cuyo navío depositó á los mangarevos en Gambier, donde estacionó tres días. El hermano Eugenio se proporcionó cinco carneros

y varias púas de árboles con el objeto de aclimatarlos en la isla de Pascua.

En el viaje trató de aprender algunas palabras del dialecto con los seis indígenas que conducía, y sobre todo, con Pana, uno de ellos cuya amistad supo granjearse. Convinieron en que desembarcarían en la bahía de Anakena, residencia de Pana, lo que favorecería su entrada á la isla y le abriría las vías para hacerse aceptar de los habitantes.

Aquí nos tenéis á punto de abordar la isla de Pascua y debo ceder la palabra al hermano Eugenio.

Recibid, etc.

P. Pacomio Olivier
Viceprovincial

El hermano Eugenio se hallaba en Valparaíso cuando llegaron á ese puerto el comandante y la tripulación del *Cassini*, de regreso de la isla de Pascua.

Los detalles que sobre ella dieron á los padres de los SS. CC. debieron haber influído en su ánimo de una manera poderosa para determinarse á emprender la conversión de los canacas, empresa llena de peligros y dificultades. Adviértase que las tripulaciones de Roggewein, Cook y Beechey eran numerosas y compuestas de hombres armados, y que de esta suerte sólo pudieron penetrar á la isla sin gran peligro, mientras que el hermano Eugenio iba á aventurar su vida, solo y armado únicamente de una cruz, entre aquellas tribus salvajes acostumbradas al canibalismo.

En efecto, la antropofagía no había desaparecido aún

completamente de la isla y ésta fué la razón por que la tripulación de la *Flore*, en una época muy posterior, no se atrevió al principio á abordar sus costas.

Sin embargo, ninguno de ellos fué devorado, recibiendo, al contrario, las señales más positivas de afectuosa cordialidad por parte de los indígenas.

Al hermano Eugenio no lo detuvo ni ésta ni ninguna otra consideración. Animado del espíritu apostólico que distingue en grado heroico á los misioneros, había solicitado como un favor que se le mandase á la isla, y marchaba á ella lleno de fe en el éxito de la misión que iba á cumplir.

Pero oigamos la relación de esta verdadera y peligrosa campaña de la boca misma del heroico misionero.

He aquí algunos fragmentos de la carta del hermano Eugenio, al superior general, escrita á su regreso á Chile, después de haber permanecido nueve meses en la isla de Pascua:

«El vigésimo cuarto día de nuestra navegación, 2 de enero de 1864, fué cuando percibimos la isla de Pascua, llamada *Rapa-Nui* por los indígenas. El capitán preguntó á los que conducíamos (1) si conocían la bahía de Anakena, en donde quería desembarcar. Después de algunos instantes de duda con motivo de la distancia, esclamaron: ¡He aquí Anakena!

»En efecto, cuando llegó enfrente de Anakena, el capitán pretendió que el anclaje no era seguro. En

(1) Los seis habitantes de la isla de Pascua á que se ha hecho antes referencia.

realidad, un motivo de interés le inducía á abordar en otro punto. A mí me interesaba desembarcar en Anakena é hice las mayores instancias al capitán. Por más que alegase que mis efectos se mojarían, á lo que respondí que eso sería un pequeño inconveniente, lo esencial era que desembarcase inmediatamente á los canacas, para que nos diesen á conocer á sus compañeros y no nos tomasen por piratas. El capitán hizo como que iba á ejecutarlo, dió orden de poner la lancha al mar y los canacas se disponían á descender.

»Me hallaba atacado de un dolor de cabeza violento y me eché en mi cama para descansar un instante. Apenas dormido me desperté por el ruido de los canacas que creía ya en tierra. Subo al puente y advierto que nos dirigimos á otro punto de la costa.

»—¿A dónde vais á desembarcarme? pregunté al capitán. ¿Cómo podré trasportar mis efectos desde el sitio en que me dejéis hasta Anakena?

»—No tengáis cuidado, me respondió, por cuatro piezas de tela que deis á los canacas, me encargo yo de hacer trasportar vuestros efectos á donde queráis.

»—Muy bien, ¿pero me respondéis que no me cogerán todo en el camino?

»El capitán no respondió nada, continuó su camino y por la tarde llegamos á Angaroa. Después de haber echado la sonda, no creyó prudente el anclar y tomó lo largo para pasar la noche.

»Al día siguiente, que era un domingo, arribamos al fin. El segundo del buque era un joven mangarevo llamado Daniel, que hablaba un poco el inglés y el francés y se hallaba en estado de entenderse con los

habitantes de la isla de Pascua, cuya lengua tiene mucha analogía con la de Gambier. El fué quien se encargó de conducir á los canacas á tierra y no tardó en volver. ¡Pobre Daniel! estaba todo fuera de sí. Antes de subir á bordo, trabó con el capitán una conversación animada, de la que nada comprendí porque hablaban en inglés. ¿Qué sucedía?

»—No volveré á tierra por mil pesos, me dijo. Son gentes las más horrorosas de ver. Están amenazadoras, armadas de lanzas; la mayor parte están enteramente desnudas. Las plumas que llevan como adorno, el pintarrajo, sus gritos salvajes, todo les da un aspecto horrendo. Además, las viruelas hacen estragos en la isla. Varios de ellos que se han conducido del Callao traen la epidemia que se ha extendido en todas partes, excepto en Anakena.

»Efectivamente, de cien infelices tomados en el Callao por un navío, quince solamente se habían escapado de la muerte y habían comunicado las viruelas á sus compatriotas.»

***

El misionero había llegado á las playas de la tierra que quería conquistar para el cristianismo y no le era posible retroceder en el momento mismo en que iba á realizar tan noble empresa.

Decidióse, pues, á descender solo á tierra y á dirigirse á Anakena en compañía de Pana. El navío debía encontrarse en este punto al día siguiente por la ma-

ñana para desembarcar el equipaje del hermano Eugenio.

En pocos instantes se encontró en medio de una multitud de salvajes, hombres, mujeres y niños, cuyo número no bajaría de mil doscientos. Los hombres estaban armados de una especie de lanza formada de un palo largo en cuya extremidad se había fijado una piedra cortante. Los salvajes eran grandes, fuertes y bien hechos. Su rostro más parecía rostro europeo que indígena. La tez, aunque bronceada, no se diferencia mucho de la de los europeos y muchos isleños son completamente blancos. Pero desde luego, y á cierta distancia, el hermano Eugenio participó de los terrores del joven mangarevo, pues todos, hombres y mujeres tenían la cara y el cuerpo pintarrajeados de diversos colores, lo que les da un aspecto bien extraño.

Con una especie de tierra desleída ó con el jugo de ciertas plantas es como se pintan así. Las mujeres no emplean más que el colorado; los hombres emplean indistintamente todos los colores.

Esta costumbre, llamada *tatuaje,* es común á los habitantes de todas las islas de la Oceanía, como creemos haberlo indicado ya.

Tenemos á la vista láminas del Correo de Ultramar en que se reproduce la fisonomía y el cuerpo de algunos salvajes de la isla de Pascua, pintados de una manera muy curiosa. Sobre todo el *tatuaje* de una canaca se compone de dibujos más ó menos graciosos que imitan el tejido de una tela.

Hombres y mujeres reunidos parecen á primera vista semejantes, porque todos tienen el mismo traje.

En efecto, éste peca por su sencillez primitiva. Una banda de papirus ú otra planta que sujetan en un cordón de cabellos y con el que se ciñen las caderas, es el traje más común. Un pedazo de la misma tela, pero más grande, echado sobre los hombros y pendiente del cuello por sus dos extremos, completa el vestido. Las mujeres llevan recogidos perpendicularmente sobre la cabeza los cabellos.

Todo esto pudo notar el hermano Eugenio, mientras buscaba con la vista á sus compañeros de viaje, Pana y demás, perdidos entre la muchedumbre.

Sus compatriotas no se habían preocupado en celebrar su vuelta. Lo que les había llamado vivamente la atención eran los efectos que traían, sobre los cuales se echaron inmediatamente para apropiárselos.

Por fin el misionero logró dar con sus compañeros, que parecían no poco embarazados con el recibimiento que les hacían sus paisanos. Como el hambre los acosaba, sin embargo, pusieron al fuego unas cuantas papas que en aquellos difíciles momentos era la mejor comida que podían prepararse.

Después de tan frugal refrigerio, les pareció que no podían hacer otra cosa mejor que escaparse de en medio de aquella poco agradable reunión de indígenas, pero cada vez que lo intentaron se vieron agarrados por el cuello y á punto de ser estrangulados.

Los gritos de *ka too*, *ka ootú*, *kakay* (tomarlo, asarlo y comerlo) lanzados y repetidos de boca en boca, por la multitud, llenaban de espanto á los desgraciados huéspedes. Poco faltó para que una vez más se repitieran con el hermano Eugenio y sus compañeros aquellos

terribles festines á que en otro tiempo eran aficionados los canacas.

Pero dejemos otra vez la palabra al valiente misionero, que supo, estando como estaba solo y abandonado, afrontar la situación con una admirable entereza de ánimo.

«Cansado, dice, de una lucha estéril y sin esperanzas de deshacerme de mis vigilantes guardas, quise hacer señales al navío que estaba al pairo. Agité mi sombrero y mi pañuelo y grité cuanto pude: ¡trabajo perdido! tratamos de huir ocultamente detrás de una roca, pero aquí nos encontramos con algunos individuos que dejaron pasar á Pana, pero que á mí me detuvieron, arrastrándome al medio del gentío.

»La noche se acercaba y no sabía qué hacer, cuando Pana volvió con algunos salvajes armados de lanzas. Entonces me dirigí corriendo hacia ellos. Se interpusieron entre mí y mis guardias para proteger mi huída, recomendándome que corriese cuanto pudiera, consejo que cumplí concienzudamente. Eran las once de la noche cuando me detuve con mis protectores que habían podido alcanzarme y me retiré con ellos á una gruta en donde varias mujeres nos trajeron patatas. Encontramos aquí un poco de descanso.

»Al amanecer nos pusimos en marcha y llegamos á Anakena. El navío estaba á lo largo y habiéndose acercado poco á poco, le hice señas. Pero hacía como que no las veía. Estábamos rendidos de tanto correr la costa. Pana quería volver á su casa y no podía retenerle, cuando el navío no se dejó ver más. Volví entonces atrás y, acompañados de algunos canacas,

llegué antes de la noche á la cabaña de la familia Pana.»

El hermano Eugenio refiere en seguida la penosa impresión que sufrió cuando se vió abandonado en tierra de salvajes, y á la verdad que tenía razón. El dolor de la soledad debe ser terrible y, sobre todo, cuando se manifiesta en un lugar habitado por seres que no conservan de racionales sino el nombre.

Si se mira al rededor no se ve más que salvajes. Por todos lados el océano sin fin. En vano es trepar á las montañas más elevadas, porque pasan los días, los meses y hasta los años en la misma soledad: ni una vela en el horizonte!

Tal fué, pues, el suplicio á que se vió sometido el hermano Eugenio.

«Fué un momento de profunda tristeza para mí, dice, cuando me vi abandonado en esta isla, privado de recursos de toda especie, por mucho tiempo quizás y sin medio de poder hablar de religión á estos infelices indígenas.

»Que el navío llevase mis efectos, pase; pero lo que era para mí una pérdida irreparable, era verme desprovisto del solo objeto que habría podido consolarme de la pérdida de todo lo demás: un catecismo tahitiense que me era indispensable para enseñar á los canacas!»

El hermano misionero pasó la noche en la cabaña de Pana, estrecha y sucia vivienda por cuya puerta, como la de un horno, no se puede entrar sino arrastrándose sobre el vientre. Al día siguiente se vió obligado á marchar á Angaroa, lugar en donde había

desembarcado poco antes y de donde había escapado de la manera que sabemos. Al llegar á Angaroa se vió nuevamente rodeado de un gentío agitado que ocupaba la playa como en los días anteriores. Allí lo esperaba el capitán del buque con su equipaje que defendían, al parecer, algunos canacas armados de lanzas. Pero lo cierto era que todos los objetos que estaban fuera de llave, habían desaparecido. Así fué que el hermano Eugenio vió á uno de ellos que andaba trayendo puesta su levita, á otro que se había calado su sombrero y así sucesivamente. Pero lo demás había quedado encerrado en unos cofres que había conducido de Tahití y escapó á la codicia de aquellos desgraciados.

Con unos montantes de madera que formaban su equipaje, el hermano Eugenio, mecánico y carpintero de notoria habilidad, armó una pequeña tienda dentro de la cual colocó sus baúles, que desde ese instante quedaron bajo llave.

En esta ocasión fué cuando conoció á Torometi, una especie de jefe canaca, que debía ejercer en lo sucesivo sobre el misionero una influencia despótica y arbitraria, so pretexto de tenerlo bajo su protección.

Torometi era un hombre como de 30 años, grande y fuerte como los indígenas de la isla. Había hecho un viaje algunos años antes á las costas americanas del Pacífico, quien sabe de qué manera y con qué objeto, y en ellas había visto, entre otras cosas, labrar la tierra con arados servidos con bueyes, lo que le había causado una gran sorpresa.

Tal vez á la circunstancia de haber emprendido y

vuelto de tan largo viaje, debía también, en gran parte, la influencia y el prestigio de que gozaba sobre los demás habitantes de la isla.

Torometi se constituyó, pues, en protector del hermano Eugenio, y á título de tal se creía con derecho á las cosas que á éste pertenecían. Así fué como día á día se apoderaba de algunos de los objetos que el misionero había llevado.

En cambio, él era quien preparaba la comida ordinaria, de papas cocidas, al hermano Eugenio, pudiendo éste entregarse, libre de las molestias consiguientes á la preparación del alimento diario, á sus tareas evangélicas.

En efecto, el misionero dividía su tiempo entre el cultivo de un pedazo de terreno y la enseñanza del catecismo.

En la misma carta de que nos hemos servido para sacar estas noticias, refiere éste sencillamente el método de vida que observó durante los nueve meses y nueve días de su residencia en Pascua.

«Tres veces al día, dice, la campana anunciaba las oraciones. Cuando los indígenas estaban reunidos, pronunciaba cada palabra de la oración y los asistentes la repetían: era la oración propiamente dicha. En seguida venía la clase, en que se repetían las oraciones, el catecismo y en que se aprendía á leer. En nueve meses y unos días, no he creado doctores, como podéis creerlo; pero en fin, varios canacas, tanto muchachos como muchachas, han aprendido bastante bien las principales oraciones y los misterios esenciales de la religión.

»Muchos han comenzado á deletrear: hay cinco ó seis que leen regularmente. Estos resultados no parecerán brillantes; pero débese tener presente que estas pobres gentes no tenían la más leve idea de las cosas que iba á enseñarles, que su lengua carecía de palabras necesarias para nombrarlas y que cuando les enseñaba las oraciones era preciso que aprendiese su lengua, lo que es más difícil de lo que se piensa. A los salvajes no se les puede hacer preguntas ni pedirles indicaciones. Os dicen el nombre del objeto que actualmente tienen á la vista, pero no vayáis más lejos, no preguntéis el sentido de una palabra que no comprendéis, ni mucho menos una definición: es infinitamente inferior todo esto á su inteligencia. En este caso nada encuentran mejor que responderos repitiendo la pregunta.

»Para conseguir estos mínimos resultados, es preciso estar á cada instante á disposición de estos niños grandes y pequeños. Que estéis ó no estéis presto, señor profesor ó hermano catequista, he aquí los alumnos que llegan. Golpean á la puerta. Si salgo inmediatamente, buena señal, se comenzará la clase sobre la yerba, en frente de la cabaña. Pero si tardo un poco ó si advierto entre los discípulos más ganas de divertirse que de aprender, los despido para más tarde y ellos, después de haber llamado á la puerta, golpean también al rededor de la casa. En seguida se sientan á lo lejos y se entretienen en tirar piedras, al principio pequeñas y después mayores para sostener el interés. Que el catequista esté ó no de buen humor, preciso es que se presente.

»Salgo entonces armado con mi catecismo, y sentándome en la yerba, les digo:

»—Vamos á ver, aproximaos, que vamos á aprender las oraciones.

»—Nó, responden los discípulos. Acércate tú, ven aquí.

»Lo más simple es ir. Entonces todos se sientan sobre la yerba y repiten las oraciones, las preguntas y respuestas del catecismo.

»Estas buenas gentes nada tienen que hacer durante los doce meses del año. Un día de trabajo les asegura una buena cosecha de patatas para el año entero. Durante los otros trescientos sesenta y cuatro días, pasean, duermen y se visitan. Así es que las reuniones y las fiestas son continuas. Cuando cesan en un punto de la isla, comienzan en otro. El carácter de estas fiestas varía según la estación.

»La primavera trae el *mataveri*. Es una especie de Campo de Marte en que se reúnen. La reunión dura dos meses. Se corre y se hacen todos los ejercicios posibles.

»El *mataveri* se enlaza con el *paiana* que aparece con el verano.

»En estas fiestas se emplea el mayor lujo. Cada uno acude con lo que tiene de más precioso. Entonces se presentan los trajes más excéntricos. Los canacas no se contentan ya con un simple vestido, sino que se ponen cuanto pueden proporcionarse. Se pintan con mayor esmero, solicitan los servicios de una mano más ejercitada en el arte de fijar los colores y de trazar en el rostro líneas caprichosas que les parecen de

un efecto maravilloso. Las mujeres se ponen sus pendientes y esta es una de las más curiosas invenciones en el arte de agradar. Comienzan desde muy niñas á agujerearse el lóbulo de la oreja con un pedazo de madera puntiagudo. Poco á poco hacen entrar ese maderito más profundamente y el agujero se ensancha. En seguida introducen una sortija de roña de árbol que, haciendo oficio de resorte, cierra y dilata más y más la abertura. Al cabo de cierto tiempo el lóbulo de la oreja ha llegado á ser como una correa delgada que cae sobre los hombros como una cinta. Los días de fiesta introducen una enorme rodaja de corteza, lo que es de una gracia perfecta. Sea como quiera: es la moda; y aquí como en todas partes, esta razón es sin réplica.

»En estas circunstancias también los adornos de la cabeza son muy variados. Ante todo es preciso un sombrero cualquiera. A veces éste consiste en una calabaza ó una mitad de sandía ó una ave de mar á la que han abierto el cuerpo. Un día vi á uno de estos pobres canacas que tuvo la idea de ponerse, uno sobre otro, dos calderos para sacar agua. Otro, habiendo encontrado un par de botines dejados por los peruanos, los había abierto juntos y se calzó literalmente la cabeza.

»Desearéis, sin duda, multiplicados pormenores sobre la religión de nuestros isleños. En lo que he podido observar, durante nueve meses de residencia, la religión parece preocuparles muy poco. Aunque el imperfecto conocimiento que tengo de la lengua del país, no me ha permitido hacer, sobre esto, las preguntas

que deseaba, sin embargo, á pesar de la familiaridad con que he vivido con ellos, no he podido sorprender ningún acto verdaderamente positivo de un culto religioso. En todas las chozas se encuentran algunas estatuitas, de unos 30 centímetros de alto, que representan figuras de hombres, pescados, aves, etc. Indudablemente estos deben ser ídolos, pero no he advertido que se les rindiera ninguna especie de honor.

»Algunas veces he visto á los canacas tomar estas estatuas, alzarlas en el aire, hacer ciertos gestos y acompañar todo esto con una especie de danza y un canto insignificante. ¿Qué se proponen con ello? Creo que ni aun ellos lo saben. Hacen simplemente lo que han visto hacer á sus padres, sin llevar más lejos su pensamiento.

»Tampoco he visto actos religiosos con motivo de la muerte. Cuando alguno está malo, todo el tratamiento consiste en sacarle de la choza por el día y volver á colocarle en ella por la noche. Si el enfermo llega á morirse, se le envuelve en una estera de paja, se aprieta la estera con un hilo de *purau* y se deposita todo frente á la casa en la playa.

»Estos cuerpos envueltos en las esteras son colocados sobre un montón de piedras ó sobre una especie de caballete de madera, con la cabeza hacia la mar. Como la población está esparcida en toda la isla, los cadáveres desecados se encuentran á lo largo de la costa, sin que de ellos se haga la menor atención.

»No sé qué ideas tienen estas pobres gentes de la muerte y de la otra vida. Cierto día, con motivo de un robo cometido por Torometi, quise hablarle de la vida

futura y de la cuenta que tendría que dar. Pana acababa de morir. Recordéle esto, añadiendo que lo mismo le sucedería á él. No pude presumir el efecto que le causarían mis palabras. Apenas le había dicho: *tú morirás*, cuando Torometi quedó aterrorizado, como herido por un rayo. Sus facciones y ademanes expresaban un violento espanto mezclado de cólera. Los asistentes hacían lo mismo. No se oía más que un grito: «El papá ha dicho: *E pohe œ!*» Parecía que yo había pronunciado una palabra mágica. No he podido explicarme este acto sino suponiendo que la palabra pronunciada había sido interpretada como una amenaza ó el anuncio de una desgracia.

»Este incidente me hizo pensar desde luego que las creencias supersticiosas no eran desconocidas en la isla de Pascua, y que Torometi bien pudo creer que yo le habia echado un sortilegio.»

El hermano Eugenio, á lo que parece, se inclina á creer que entre los indígenas de Pascua no había culto ni religión alguna. Durante el tiempo de su permanencia en la isla, nos dice, no ha podido sorprender ningún acto verdaderamente positivo de un culto religioso.

En la relación del capitán Gana encontramos el mismo juicio con respecto á esta falta de religión de los canacas.

Las creencias é instintos religiosos de esta gente, nos dice este último, eran vagos y sin prácticas determinadas. No tenían ídolos ni culto externo alguno. Había entre ellos más bien ese instinto de misticismo natural propio de toda creatura, que un principio religioso claro y determinado.

Aunque ambos testimonios merecen consideración, es difícil, sin embargo, concebir la existencia de un pueblo enteramente ateo, y tal vez á los habitantes de Pascua, menos que á cualesquiera otros, pudiera, según creemos, atribuírseles semejante falta de manifestaciones de un culto externo positivo.

En efecto, en casi todas las chozas de la isla se encuentran pequeñas estatuas labradas, ya sea en madera ó piedra. Estos dioses penates no faltan jamás, y si se ha de dar crédito á las relaciones de los viajeros, muchas veces guardaban la puerta de la vivienda, como para alejar de ella toda maléfica influencia.

El mismo hermano Eugenio dice que muchas veces vió que los isleños tomaban estos ídolos, los alzaban al aire y hacían ciertos gestos, acompañando todo esto con danza y canto.

La existencia de estos ídolos en todas las cabañas de la isla, la ceremonia á que se prestaban, las preocupaciones supersticiosas del *E pohe œ*, las fiestas conocidas con el nombre de *paiana* y de *ariante*, en una de las cuales se levanta una columna de Mayo, en torno de la cual se danzaba y gesticulaba, nos están indicando que los indígenas de Pascua no carecían de un verdadero culto externo, cuyas manifestaciones tenían lugar, con bastante frecuencia, en las diversas épocas del año.

El mismo hermano Eugenio agrega, por otra parte, que el imperfecto conocimiento de la lengua no le permitió hacer, sobre tan importante materia, todas las preguntas que deseaba.

Así, pues, parece casi cierto que á la llegada de los misioneros á la isla existía, aunque muy debilitada quizá á consecuencia de la degeneración de la raza canaca, la idolatría en sus diversas formas y con la comparsa de todos los dioses de la antigua mitología.

Pero volvamos á las misiones y demos la palabra al autor de la interesante carta de donde hemos tomado la mayor parte de las noticias que nos han servido para hilvanar estos párrafos.

«Los canacas, dice, no conocen ni lectura ni escritura, sin embargo cuentan con mucha facilidad y tienen palabras para representar todos los números. Su medida de tiempo es un año lunar. Pero en esto su memoria se debilita y no están de acuerdo acerca del número de las lunas. ¡Cosa digna de notarse! estos salvajes manifiestan gran interés en lo tocante á estas cuestiones. Cuando yo hablaba de los meses, del salir del Sol, etc., todos se acercaban, todos hasta los ancianos venían á tomar asiento entre los discípulos. La misma diligencia manifestaban cuando decía algo sobre la correspondencia epistolar.

»Un día, mientras que hacía la clase divisé un navío. Esperando que quizá abordaría la costa, entré en mi cabaña para escribir algunos renglones. Mis discípulos me examinaban atentamente desde lejos; se imaginaban que estaba dotado de la facultad de hablar con los ausentes y que hacía uso de ella. Cuando volví, me preguntaron cuál había sido mi conversación con el navío.

»La agricultura, como he dicho, no exige grandes trabajos, pues la fertilidad del suelo aunque rocalloso,

la periodicidad de las lluvias y un calor templado parecen hacer á esta pequeña isla susceptible de toda especie de producciones. Mis ensayos han sido poco numerosos y las pocas legumbres que he sembrado se han logrado bien. Todas las plantas que había traído, habrían podido aclimatarse, pero la mayor parte me fué robada por Torometi que las dejó secar antes de plantarlas. El pequeño terreno que había cultivado ha desaparecido poco á poco, pisado, azotado por los vecinos y los chiquillos.

»Estos ensayos, no obstante, bastan para mostrar que sería muy fácil conseguir todas las producciones de las latitudes medias. Los canacas no tienen necesidad de tantas cosas; por eso la agricultura, como todo lo demás, está en germen. Cuando llega el tiempo de plantar las patatas se ayudan de un palo puntudo para hacer un agujero en la tierra y descansan en la Providencia que dará el crecimiento. Jámás han tenido la idea de cavar la tierra, de regarla, etc. Las patatas son el plato sempiterno de cada día, el invariable ordinario de los canacas grandes y pequeños.

»Hay algunas gallinas y de tiempo en tiempo se cogen pescados, pero estos bocados son siempre raros y forman la porción de un corto número de privilegiados. Las patatas se preparan según el método oceánico. Aquí como en todas las islas, es el agujero cavado en la tierra, las piedras calientes y el cocido al vapor.

»He advertido entre los canacas la repugnancia á derramar sangre de animales.

»A las gallinas se les retuerce el pescuezo. Un día me serví de mi cuchillo para sangrar una, y por poco no

hice caer desmayada á la mujer que me miraba cómo lo hacía. Con respecto á los perros y á las cabras, se cava un agujero en el suelo del tamaño necesario y se entierra en él la cabeza del animal. Cuando la asfixia se ha verificado, se retira el animal, se le quema la piel y, sin otra operación, se mete el cuerpo al horno ordinario con las patas.

»Creo que la vista de sangre humana repugna también á los canacas, pues aunque tienen cuchillos desde el paso de los peruanos, no se sirven jamás de ellos en sus riñas. Si quisieran despachar un prójimo al otro mundo, lo harían por el sistema de lapidación.»

Torometi, según la relación del hermano Eugenio, cuando no estaba satisfecho de su cocina apedreaba á su mujer hasta el punto de no poder ésta moverse á causa de los golpes, durante algunos días. Es cierto que si nuestro pueblo no echa mano de la piedra, en la generalidad de los casos, sabe sacudir á la compañera de su vida de una manera más ó menos salvaje con los puños y los pies. Así es que entre nuestros *rotos* chilenos y los canacas de Pascua no encontramos gran diferencia relativamente á esta clase de asuntos.

Poco después del desembarco del misionero en la isla, Torometi, considerándose propietario de lo que él había traído, comenzó por apropiarse de todo lo que no estaba bajo llave. Al día siguiente, le fué preciso al hermano Eugenio abrir sus baúles en presencia del jefe canaca y mostrarle los efectos que encerraba y explicarle su uso. Desgraciadamente, éste no se contentaba con mirar. Advirtió una pequeña hacha y se apoderó de ella. Esto dió materia á la primera polé-

mica entre ambos. El hacha, sin embargo, quedó en poder del isleño. No había más instrumento de esta especie en la isla y Torometi tenía gran interés en adquirirlo. Además, le decía, yo te la prestaré. Preciso fué resignarse.

En esta primera revista, otro objeto excitó también su codicia: la campanilla que el hermano Eugenio había traído para llamar á los fieles á la enseñanza del catecismo. Con no poco trabajo consiguió mantener su derecho de propiedad en cuanto á esta última. Torometi quería adueñarse así de todo y el pobre misionero no podía resistirse sino con súplicas y ruegos, rodeado como estaba de una turba de salvajes que, una vez irritados, habrían sido capaces de sacrificarlo sin piedad.

En esos días el misionero creyó necesario consagrarse á la construcción de una capilla. En los breves instantes de libertad que le dejaba la enseñanza de la oración y del catecismo se puso á la obra. Los materiales eran bien escasos. No podía hacer uso de otros que de tierra mezclada con paja. El agua de mar le sirvió para ablandar la tierra y las yerbas secas para reemplazar la paja.

Aún así, tuvo que luchar con obstáculos insuperables. Las frecuentes lluvias echaban á perder el trabajo, y Torometi en su insaciable codicia, se apoderaba de la yerba que el buen hermano hacía secar al Sol, para el servicio de su cocina.

En tres meses apenas pudo levantar las paredes á una altura de metro y cuarto y, por último, se vió en la necesidad de abandonar la obra, para dedicarse

exclusivamente á la enseñanza religiosa. Con este objeto, se propuso visitar toda la isla. Cuando manifestó su designio á Torometi, éste se opuso desde luego, aunque después pareció aprobar la partida.

El hermano Eugenio se puso en marcha. En la vivienda de *Tepana* comenzó á enseñar con muy buen éxito, pero un día le anunciaron que Torometi, aprovechándose de su ausencia, se había apoderado de su equipaje, y esta catástrofe lo obligó á regresar á Anakena, acompañado de una tropa de canacas.

Al divisarlo Torometi afectó la mayor admiración. Dijo que era incapaz de causarle el menor perjuicio. La ventana había sido forzada y los objetos habían desaparecido del interior de la cabaña á causa del viento. El jefe canaca no había intervenido absolutamente en esto. El hermano Eugenio fingió creerlo así.

Este suceso lo obligó, sin embargo, á diferir para mejores tiempos una segunda expedición.

La vida del pobre misionero, en la isla de Pascua, fué durante más de nueve meses una serie no interrumpida de trabajos, de sacrificios y de peligros de todo género. Sujeto á la voluntad de gentes ignorantes y caprichosas, necesitó de una gran entereza de espíritu para no sucumbir á la mitad del camino, en la ruda empresa en que se hallaba comprometido.

Vamos á tomar de sus mismas correspondencias, la relación de uno de esos curiosos incidentes que pintan tan á lo vivo el carácter voluntarioso, propio de niños mal criados, que distingue siempre á los individuos que se encuentran fuera de la vida civilizada.

«En esta época, dice el misionero, fué cuando vino

á mis canacas una nueva idea: se les puso en la cabeza hacerme construir una barca. Por más que protesté que no sabía hacer una obra semejante, mis protestas fueron inútiles. Estaban persuadidos que yo sabía de todo, que lo podía todo, hasta fabricar una embarcación sin madera y sin instrumentos. Mi embarazo no era pequeño. Ya os he dicho cómo se arreglaban cuando querían absolutamente exigir algo de mí. Comenzaban, pues, su algarabía: «¡Madera, gritaban, la tenemos de sobra!» Y recorrieron la isla, recogiendo todos los pedazos de tabla, los retazos de madera, derechos, torcidos y podridos que podían encontrar. Esta barca debía ser el fruto de una contribución nacional. En otras circunstancias he advertido esta costumbre de hacer contribuir á todos para un trabajo mirado como importante. A ninguno le viene la idea de negarse á ello. Superfluo es añadir que tuve que hacer el sacrificio de toda la madera que tenía. Con tan numerosos y tan buenos elementos, no habría razón plausible para negarme á desempeñar las funciones de carpintero y constructor. Los clavos que me quedaban sirvieron también, y al cabo de quince días mis impacientes canacas pudieron ver una cosa que se parecía á una barca. ¡Uh! los quince días les habían parecido muy largos: apenas si me habían dado tiempo para comer.

»La juntura de todos estos maderos en pedazos, dejaba mucho que desear, y además había que calafatear la barca. Les anuncié que este último trabajo les correspondía; y como pretendían poseer una especie de tierra que hacía un excelente betún, se pusieron á la

obra. Una cosa temía yo: la de ser elegido para mandar el nuevo y peligroso barco. El mismo día y antes que el betún estuviese seco, quisieron lanzar al agua la embarcación. Entonces me encerré en mi casa.

»Pero habían resuelto hacer la fiesta completa. Acordándose que las embarcaciones que se habían acercado algunas veces á la isla, tenían remeros vestidos con camisas y pantalones, pensaron también en ponerse uniforme. Por supuesto que yo era quien debía proporcionar los trajes; y uno de ellos, *Teoni*, tuvo la audacia de entrar á mi casa para cogerme mi pantalón. Apurado yo hasta no más, cogí al ladrón por el cuerpo y lo eché fuera de la puerta. No había advertido que llevaba un hacha y me herí en el brazo. La sangre que corría en abundancia excitó el horror de los canacas y *Teoni* desistió de sus pretensiones.

»Volví, pues, á entrar en mi casa y desde aquí examiné el lanzamiento al agua de mi barca. Arrastrada brutalmente por entre las piedras, llegó pronto á orillas del mar. Era este el momento decisivo: cada uno quiso poner mano á la obra y contribuir á la operación por tanto tiempo esperada. Mas ¡ay de mí! la alegría fué muy corta: á medida que la barca entraba en el mar, el mar entraba en la barca y luego se encontró llena.

»Imposible fué ir más lejos; ¡adiós paseos, excursiones y expediciones de todo género imaginados por nuestros buenos indígenas! Preciso fué buscar otras diversiones que no debían faltar.»

Fortuna fué para el hermano Eugenio que no le atribuyeran á él el mal éxito de la empresa. En tal caso ¡quién sabe lo que le hubiera pasado!

Acercábase la época del *Mataveri*. Era esta una de las fiestas á que concurría una gran parte de la población de la isla y que debía tener lugar á tres ó cuatro leguas de la residencia del hermano Eugenio.

Torometi estaba agitado porque no contaba, quizá á causa de sus perversas inclinaciones, con las simpatías de los isleños, y antes de la fiesta procuró estafar al misionero quitándole por la fuerza todos sus efectos y hasta sus vestidos so pretexto de ocultarlos al ojo codicioso de los canacas que iban á concurrir al *Mataveri*.

Esta violencia, la más grave de todas las que había experimentado, puso al hermano Eugenio en una situación muy difícil. En adelante todo era de temerse de semejante individuo. Lo más prudente era acudir á la fuga.

La ocasión se presentó luego. Un canaca de *Anapika* se encontraba en el lugar de la residencia del misionero para trasportar su diminuto bagaje. Este se marchó con ellos á pesar de Torometi que llegó en el momento de la partida. La gente de Anapika se mostraba complaciente con el *Papá* (este era el nombre con que lo designaban), porque contaban con desnudarlo á su vez. Apenas había tenido tiempo para descansar entre ellos, cuando llegó á buscarlo Torometi acompañado de algunos isleños. El hermano Eugenio no quiso seguirlos, resistiéndose con todas sus fuerzas. La lucha no fué larga; al fin lo echaron al suelo y tomándolo unos por los brazos y otros por los pies se pusieron en camino. Al cabo de media legua de marcha y sintiéndose muy maltratado, el hermano Eugenio pidió

que lo soltasen. Efectivamente, le devolvieron los zapatos que le habían quitado y le permitieron que marchase por sus propias piernas.

Al llegar á su casa le aguardaba una sorpresa. En ella estaban los objetos que Torometi le había sustraído los días anteriores.

—Tú me has tomado por un ladrón, exclamó. Mira lo que te falta. He querido únicamente poner estos efectos en seguridad. Los verdaderos ladrones son aquellos de donde tú vienes. Pronto lo sabrás, porque ya puedes renunciar para siempre á lo que has llevado.

¡Vete ahora entre esa gente que no tiene ni una papa que darte á comer!

La profecía de Torometi se cumplió al pie de la letra. En el lugar de Anapika le habían robado al misionero todo lo que había llevado. El canaca medía á los demás con su propia medida y no se engañaba.

Como hemos dicho, llegaba ya el tiempo de *Mataveri*. Torometi tenía los ojos fijos en esta reunión. De ahí debía partir el golpe que temía desde mucho tiempo. Parece que este individuo era el objeto de un odio general y que sus maldades le atraerían un ejemplar castigo.

Una mañana, en efecto, se hallaban reunidos unos cuantos indios frente á la cabaña de Torometi, el cual se hallaba á corta distancia. Todos hablaban á un tiempo y la discusión se acaloraba.

Algunos de los más atrevidos se aproximaron á la vivienda y arrancaron la paja que la cubría. Pocos instantes después ardía ésta, y la llama empujada por

el viento lo consumía todo. Torometi había permanecido impasible sentado al lado del incendio. Fué preciso que uno de sus amigos lo arrastrase de un brazo para alejarlo del fuego que se le acercaba.

El hermano Eugenio temía por un momento que su casa corriese la misma suerte, pero no fué así. Los indígenas se contentaban con rodearla y vigilarla armados de largas lanzas.

Cuando concluyó el incendio de la choza de Torometi los amotinados divisaron la famosa barca y trataron aunque inútilmente de hacerla pedazos.

Estos fueron los sucesos ocurridos el primer día de la fiesta del Mataveri. El misionero no las tenía todas consigo.

Colocado el hermano Eugenio en una situación tan difícil y rodeado de peligros por todas partes, se vió en la necesidad de ponerse otra vez bajo el amparo de su antiguo anfitrión, el jefe Torometi, que, á pesar de las ocurrencias de la víspera, podía protegerlo todavía contra cualquier atentado de los salvajes.

Efectivamente, los dos se dirigieron juntos al lugar en que una multitud compacta y agitada continuaba la fiesta.

Apenas el misionero se encontró en la reunión, sintió que le arrebataban el sombrero y que dos ó tres robustos brazos lo despojaban, sin ceremonia alguna, del paltó, chaleco, zapatos, etc., para hacerlos en seguida pedazos.

Aquel acto de violencia inusitado no podía considerarse, sin embargo, como una rapiña, puesto que á nadie aprovechaba; era más bien una especie de nive-

lación social, ya que el hermano Eugenio se encontraba desde ese momento vestido poco más ó menos como sus vecinos.

No obstante, aquellos comunistas *d'après nature* no perdieron la oportunidad de agregar á los adornos que llevaban encima, pedazos del paltó y del demás traje del misionero. Los que habían echado mano al catecismo y otros libros de oraciones, buscaban el medio de hacer entrar estos objetos en su adorno.

El hermano Eugenio, arrastrado por la multitud, se vió luego cerca de una choza que todos trataban de incendiar (sin petróleo, por supuesto) y poco después en la vivienda de Torometi. Ya la reunión se había dispersado y el segundo día de *Mataveri* había concluído.

De ese punto el misionero tuvo que emigrar, llevando por traje sólo una manta vieja y un par de zapatos idem, á lugares distintos, huyendo del entusiasmo que había provocado la fiesta del Mataveri, entusiasmo que se tradujo en varios otros incendios de chozas, inclusa la de un hermano de Torometi, en donde el hermano Eugenio había pasado la noche anterior.

Estas peregrinaciones excesivamente fatigosas para el misionero por la naturaleza desigual y pedregosa de los caminos, lo condujeron al punto denominado *Vain*, en donde encontró gentes más afables, más dóciles y más deseosas de instruirse que en otras partes. Aquí se puso á enseñar con más ardor el catecismo.

Apenas habían trascurrido ocho días cuando los muchachos de la clase exclamaron, mostrándole un punto negro en el horizonte: «¡Un navío!»

En efecto, era una goleta cuya proa se dirigía á la isla.

El hermano Eugenio la siguió con la vista durante largo rato, pero, al verla pasar al sur, creyó que sucedería con ella como con los otros cinco navíos que había divisado en los nueve meses de su residencia en Pascua.

Vino la noche, perdió de vista la goleta y el pobre misionero se acostó sin pensar más en ella.

Por la mañana, sin embargo, un canaca vino á anunciarle que el buque estaba frente á Angaroa y que Torometi lo mandaba llamar. El misionero se puso en marcha inmediatamente.

Algunos instantes después se encontraba á bordo i en los brazos del padre Bernabé Castán de la misma corporación.

La goleta era la *Teresa Ramos*, que habia salido de Valparaíso en busca del abnegado misionero para reconducirlo al seno de sus compañeros en esta ciudad.

***

En abril de 1865 se pensó nuevamente en abrir la misión de la isla de Pascua, enviando á ella algunos misioneros á los que indispensablemente debía asociarse el hermano Eugenio.

El ilustrísimo señor Janssen, obispo de Tahití, era el más empeñado en llevar á cabo esta obra de civilización en la isla de Pascua, por medio de la predicación del Evangelio, alentado, sobre todo, por el éxito,

hasta cierto punto favorable, que había obtenido el hermano Eyraud.

Así fué que, poco tiempo después, á fines de 1865, se embarcaron en Valparaíso, con dirección á la isla de Pascua, el R. P. Roussel y el hermano Eugenio, halagados con la esperanza de convertir, en poco tiempo, la isla entera al cristianismo.

Llegados á Pascua, encontraron todavía en pie, en la bahía de Angaroa, la cabaña que poco antes levantara el hermano Eugenio. El recibimiento que les hicieron los canacas fué enteramente amigable.

Los primeros meses fueron difíciles, sin embargo, y en no pocas ocasiones se vieron á punto de sucumbir á consecuencia de las privaciones que experimentaban.

Los indígenas fueron poco á poco acercándose y familiarizándose con los misioneros, á causa, sin duda, como dice el señor Gana, «de advertir la vida ejemplar que llevaban». «De esta manera, agrega, se fueron ganando los misioneros la voluntad y el amor de muchos, hasta el punto de gozar ahora de un dominio absoluto sobre todos los habitantes de la isla »

Cinco meses después y para hacer más rápida la obra apostólica emprendida en la isla de Pascua, el provincial de los SS. CC., residente en Valparaíso, tuvo á bien comisionar al P. Gaspar Zumbohm y al hermano Teodulo para que, trasladados á aquel punto, se asociasen al padre Roussel y al hermano Eugenio.

El P. Gaspar encontró la misión á su llegada á la isla en un estado floreciente.

La capilla se llenaba todos los días, mañana y tarde,

de indígenas recién convertidos ó en estado de instrucción. La poligamia iba desapareciendo y las costumbres suavizándose.

Pronto se establecieron misiones en dos localidades distintas, una en Vai-Hou y otra en Angaroa, á cargo esta última del padre Roussel.

Los canacas se mostraban dóciles á la enseñanza, profesando á los misioneros un respeto y un cariño profundos.

Un día se presentó al padre Gaspar un indígena bautizado, quejándose de que su mujer lo había abandonado sin motivo alguno, y que se había fugado á un punto lejano de la isla. El padre Gaspar le prometió interponer su influencia á fin de arreglar el asunto de una manera conveniente.

En efecto, poco después se calzaba sus andalias de viaje con el objeto de cumplir su promesa.

Llegado al lugar en que debía encontrar á la prófuga, divisó á ésta ocupada en preparar la comida á un viejo canaca que le había servido de padre adoptivo en otra ocasión.

En vano el misionero trató de persuadir á aquella mujer para que se juntase con su marido. Ella se excusaba con la autoridad del viejo canaca que la retenía en aquel lugar y á quien, decía, no puedo desobedecer porque es mi padre.

El padre Gaspar se dirigió entónces á la choza en que se encontraba éste, no sin temer un mal recibimiento y quizá algunas injurias. Las cosas, sin embargo, no pasaron de esa manera, porque el viejo canaca apenas lo vió, le dijo tranquilamente:

—Sé á lo que vienes.

Y dirigiéndose á la mujer, agregó:

—Vete con el misionero adonde tu marido.

Poco después regresaba el P. Gaspar á su misión en compañía con la canaca, la cual se arrojó llorando á los brazos de su marido, á quien no cesaba de pedir perdón.

Un domingo los indígenas estaban oyendo la misa en la capilla de Vai-Hou.

El padre Gaspar concluía el oficio divino, cuando le vinieron á decir que á pocos pasos de allí, en la playa vecina, se estaba cometiendo un crimen horrible.

Un canaca, encolerizado por las pequeñas faltas cometidas por un hijo suyo, de 14 años de edad, procuraba ahogarlo en el mar, y estaba á punto de consumar su atroz intento.

El misionero corrió al lugar del suceso. El hecho era efectivo. El desnaturalizado padre, en complicidad con otros canacas, sujetaba al muchacho debajo del agua y le impedía ganar la orilla. Este estaba ya medio ahogado.

El padre Gaspar, esforzando la voz, todavía á la distancia, ordenó á los circunstantes que se retiraran, incluso el padre del chico, é inmediatamente fué obedecido.

Entonces entrando al agua, sacó por sus manos al desgraciado niño, y haciéndolo conducir en brazos á la misión, le prodigó todo género de cuidados hasta verlo completamente restablecido.

Poco después le administraba el bautismo, con el nombre de Moisés (salvado de las aguas).

Moisés ó Moite, como lo llamaban los indígenas en la imposibilidad de pronunciar la *s*, era un muchacho simpático y de un carácter dulce y enérgico á la vez. La enseñanza de los misioneros había prendido de tal modo en su inocente corazón, que ni el mal trato que recibía diariamente de su padre, pagano fanático, ni los ejemplos corruptores que aquél ponía ante sus ojos, eran capaces de quebrantar su voluntad ni avasallar su espíritu.

Cierto día llegó á la misión sumamente agitado y con las lágrimas en los ojos.

Los misioneros, que lo amaban entrañablemente, le preguntaron la causa de esto.

El niño había sido amenazado brutalmente por su padre, por no haber cedido á ciertas torpes exigencias que éste le hacía con relación á una canaca que habitaba en la choza contigua.

—Y si te hubiera apaleado, le preguntó el misionero, ¿habrías obedecido á tu padre?

—Jamás! contestó enérgicamente el niño. Aunque me hubiera muerto.

—Y ¿por qué? insistió el misionero.

—Porque tú me has dicho: ¡morir antes de ofender á Dios!

***

Hemos querido seguir, en las noticias que hemos apuntado relativamente á la isla de Pascua, el orden cronológico de las misiones. Así tal vez se comprenderá la importancia de esta obra apostólica, casi desco-

nocida para la generalidad de los lectores de *El Independiente*.

Si nuestro trabajo ha tomado proporciones excesivas, esperamos que se nos disculpe en atención á la importancia del asunto, y también á la circunstancia de que son raras las veces que nos cabe la fortuna de ocupar, con nuestros escritos, las columnas de un diario.

Hecha esta salvedad, tócanos ahora consignar en pocas líneas la muerte del hermano Eugenio.

Han trascurrido cerca de dos años desde que se inició la misión.

Debilitado por las fatigas y por los trabajos que su caridad le había hecho emprender, yace el misionero tendido sobre una piel, dentro de una miserable cabaña de paja y barro. Sus ojos se levantan al cielo y sus mejillas están enrojecidas por la fiebre. Gime y ora.

—Padre, dice á uno de sus compañeros, ¿cuántos indígenas quedan todavía por convertirse?

—Siete, hermano, le contesta el padre.

El moribundo suspira y continúa su plegaria, los ojos y el corazón levantados al cielo.

Algunos días después, el 19 de agosto, el enfermo dirije al padre la misma pregunta.

—¿Cuántos gentiles hay en la isla?

—Ni uno sólo, amigo mío; todos han sido bautizados.

—¡Alabado sea Dios! Ahora puedo morir.

Y como si no esperara más que esta buena noticia para entregar su alma á Dios, el hermano Eugenio abandonaba la tierra y subía al cielo.

Efectivamente, el 1.° de noviembre de 1868, el R. P. Roussel escribía al padre Dumonteil en París:

«Regocijaos, reverendo padre: todos nuestros isleños han recibido el bautismo. Vencido por las instancias de vuestros queridos indígenas, hemos creído necesario acceder á su más vehemente deseo. Desde el día de Pascua, hemos bautizado en las principales fiestas, de ciento á ciento treinta canacas. Estos ciertamente no son cristianos perfectos, pero sin embargo, nos dan el dulce consuelo de recurrir con empeño al sacramento de la penitencia.

»En la actualidad, pues, el paganismo ha desaparecido de esta pequeña isla, aislada en medio de los mares del sur...»

Los últimos siete indígenas de Pascua habían sido bautizados el día de la Ascensión.

*
* *

Las privaciones que habían acarreado la muerte del hermano Eugenio, las experimentaron los misioneros casi durante todo el tiempo de su residencia en Pascua. Solamente el espíritu apostólico que los animaba, pudo darles fuerzas para soportar tantas fatigas.

Así fué como, habiéndose concluído los escasos víveres que habían llevado de Valparaíso, se vieron reducidos á sustentarse durante más de dos meses con camotes podridos únicamente.

Por fin, en octubre de 1869, creyeron conveniente los misioneros enviar á Chile al reverendo padre Gaspar con el objeto de procurarse algunos víveres y vestidos para los indígenas.

El misionero encontró en Chile una benévola acogida. En Santiago las erogaciones de la caridad no escasearon. Los periódicos, y especialmente *El Mercurio*, publicaron algunas noticias sobre la isla de Pascua, excitando la generosidad del pueblo en favor de los habitantes de esa remota comarca.

Este último diario creyó que el gobierno debía hacer algo en el sentido de tomar posesión de la isla de Pascua, por presentar mayores ventajas de cultivo que la de Juan Fernández, «no reconociendo, decía, los habitantes de Pascua más autoridad que la de los misioneros y perteneciendo éstos á Chile por el trabajo, por sus casas de educación, por sus templos y por todos los servicios que han prestado al país. De Chile ha salido el germen civilizador que ha hecho de los habitantes de Pascua un pueblo de cristianos. Sólo se trata de reclamar ahora de un modo ostensible lo que nos corresponde».

El Gobierno envió entonces la corbeta de guerra *O'Higgins*, en viaje de instrucción, á la isla de Pascua, dando al señor Gana las instrucciones necesarias para el examen científico de dicha isla.

El padre Gaspar regresó en poco tiempo llevando consigo una vaca, un caballo, semillas, medicinas y buena cantidad de ropa para el uso de los isleños.

La mayor parte de estos objetos eran el fruto de la caridad de los vecinos de Santiago y Valparaíso.

Los canacas festejaron su llegada de la mejor manera posible. El domingo siguiente concurrieron á misa hombres y mujeres con los nuevos trajes, más cómodos y decentes por cierto que las mantas filamen-

tosas de *mahute* con que se habían cubierto hasta entonces.

La misión, como hemos dicho, se hallaba perfectamente establecida. No había en la isla un solo canaca que no fuera cristiano. Siempre dóciles á la voz de los misioneros, vivían todos ellos en una admirable armonía. La indisolubilidad del matrimonio era escrupulosamente respetada. Las misiones contaban ya cerca de cuatro años.

Un acontecimiento, sin embargo, vino á echar por tierra toda la obra evangélica, esterilizando casi completamente los sacrificios de los misioneros, é introduciendo en la isla el más espantoso desorden.

En los primeros tiempos de las misiones, llegó á establecerse en la isla de Pascua, en calidad de colono, un oficial francés de la guerra de Crimea, Mr. Du Trou Bornier.

Este individuo adquirió allí una gran extensión de terreno que se propuso cultivar.

Durante algún tiempo prestó el más decidido apoyo á los padres misioneros, manteniendo con ellos cordiales relaciones. Creía, y lo decía con toda franqueza, que las misiones eran el único medio de hacer felices á aquellos pobres isleños, tan rudos y tan salvajes.

En 1870, Bornier hizo un viaje á Tahití. Cuando regresó á Pascua, poco tiempo después, había cambiado de opinión á este respecto. No era ya el amigo de los misioneros, sino el adversario más encarnizado de estos sacerdotes y, sobre todo, de la obra apostólica que habían realizado.

¿A qué atribuir el origen de este cambio tan repen-

tino? Los misioneros no pudieron, al principio, darse cuenta de él.

Bornier, desde entonces, se propuso contrarrestar el influjo de los padres sobre los indígenas en cuanto le fué posible. Trató de destruir las misiones, sembrando por todas partes la alarma y la discordia.

Efectivamente, se puso á recorrer la isla y á deshacer los matrimonios, verificando otros nuevos, de propia autoridad.

La perturbación que ocasionó de esta manera fué profunda.

Distribuyó armas y, sobre todo, armas de fuego, entre los canacas para que peleasen unos con otros, reavivando de esta manera odios y rencores ya extinguidos á consecuencia de la predicación evangélica.

Viendo en conmoción toda la isla, los padres misioneros trataron de evitar mayores males y escribieron á Bornier varias cartas, suplicándole que hiciese cesar este estado de cosas.

Las cartas fueron contestadas en términos bien agrios y las cosas siguieron de mal en peor.

Bornier se había propuesto destruir las misiones, tal vez con el fin de sacar de la isla los canacas necesarios para los trabajos de una fábrica inglesa establecida en Tahití, como en años anteriores lo habían hecho los comerciantes peruanos para suministrar brazos á las faenas de las islas Chinchas.

Para llevar á cabo esta indigna especulación, Bornier necesitaba echar de la isla á los misioneros, pues no se le ocultaba que éstos protegían á todo trance á los indígenas, oponiéndose á que se les arrancara violenta-

mente de sus hogares, para llevarlos á perecer en tierra extraña y bajo el peso de un trabajo superior á sus débiles fuerzas.

Por desgracia, el espíritu ambicioso y mercantil del oficial francés obtuvo el triunfo.

***

Disolviendo los matrimonios entre los canacas y poniendo en manos de éstos armas de fuego y de otra especie, fué como Du Trou Bornier consiguió poner en conmoción toda la isla y arruinar, por último, las misiones.

No encontramos en el lenguaje decente una palabra bastante severa para condenar las violencias á que este aventurero se entregó. Dado el primer paso en el camino del mal, es muy difícil detenerse. Entre los muchos atentados que cometió en la isla, bastaría recordar que incendió dos veces consecutivas la aldea de Vai-Hou, incluso la capilla de las misiones, y que prohibió á los indígenas sujetos á su influencia, el que asistieran á la misa de los domingos.

Al buen Torometi, siempre pronto para toda clase de empresas aventuradas, lo armó de pies á cabeza, impulsándolo á la guerra contra los canacas cristianos. El jefe no se hizo sordo.

Bien al contrario, desde ese momento fué uno de los más encarnizados enemigos de los misioneros.

A consecuencia de estos desórdenes, los padres de los Sagrados Corazones salieron de la isla, el padre

Roussel y el hermano Teodulo con destino á la diócesis de Tahití.

Habiendo de esta manera quedado abandonada completamente la misión, y envuelta en las disensiones civiles la isla, gran masa de canacas cristianos emigró, parte á Tahití y parte á las islas de Gambier. Pascua quedó enteramente despoblada. A la fecha, según los informes que tenemos, sólo deben existir allí, pobres y miserables, unos 50 ó 60 canacas, la mayor parte bautizados.

Bornier también ha salido de allí, no sabemos para dónde. Que le sople buen viento.

El excelente Romá, aquel jefe que al principio se manifestó abiertamente hostil á los misioneros y que después se convirtió y fué bautizado, permaneció fiel hasta el fin á las nuevas doctrinas que había abrazado. Probablemente emigró para librarse de las asechanzas de Bornier.

Moite, el simpático joven salvado por el padre Gaspar, había muerto antes, en el año de 1868, en los brazos de los misioneros. La solicitud y el cariño de éstos no pudieron impedir que la muerte tronchara su existencia, semejante á la de una delicada planta. Lo llevó á la tumba, á los quince años de edad, la tisis, enfermedad endémica en el país.

Respecto á la suerte del famoso Torometi, no tenemos noticias positivas. Parece probable que resida todavía en Pascua, esperando otros misioneros á quienes explotar.

El suelo de la isla se encuentra hoy completamente devastado. Las contiendas civiles, tanto más encar-

nizadas cuanto que son de familia á familia, han producido este resultado.

Como en Juan Fernández, los ratones se han multiplicado excesivamente y son, con los pocos canacas que quedan, los únicos habitantes de Pascua.

***

Al comenzar estos apuntes hicimos mención de una de las maravillas de la isla de Pascua: las gigantescas estatuas de piedra que coronan la cima de sus cerros.

Vamos á ocuparnos muy someramente de esos monumentos, tan admirables por su antigüedad como por el tamaño colosal de sus formas.

Nada se sabe de positivo sobre el origen de estas estatuas que se pierde para los habitantes de Pascua y para el mundo científico en la noche de los tiempos.

En efecto, ¿quién labró esas enormes moles de piedra, dándoles la colocación que tienen? ¿Quién las levantó sobre sus eternos pedestales, que por sus enormes dimensiones son ya, por sí solos, una obra de gigantes? ¿En qué época y bajo qué civilización, tan poderosa como desconocida en los fastos de la historia del mundo, se alzaron esos portentosos monolitos?

Cuestiones son estas de dificilísima solución, sobre las cuales sólo puede levantarse un edificio de hipótesis más ó menos aventuradas.

Hemos sabido que el doctor Philippi se ocupa en estos momentos de la redacción de una memoria universitaria sobre las estatuas de la isla de Pascua. Hace

pocos días se acordó una suma para costear los grabados de esos monumentos que deben acompañar á la memoria. La ciencia va á hablar, pues; esperemos unos instantes más, y sabremos lo que nos dice relativamente á estas curiosísimas cuestiones.

Entre tanto, dejemos que el capitán Gana nos haga la descripción de estas estatuas, según las observaciones y el examen personal que de ellas hizo en 1870.

«Pero si el hallar gente á 800 leguas del continente americano y de las islas más cercanas es motivo de sorpresa para el viajero, no lo es menos encontrar esas moles talladas figurando bustos de gigantes de 6 y 7 metros de alto por 2 de ancho y uno de espesor. Estos *mokais* ó ídolos, como los llaman los naturales, no se hallan en ninguna parte de la Polinesia. Es sólo la isla de Pascua la que ha sido el centro de la civilización troglodita, cuyo origen vive oculto á través de la espesa cortina de los siglos. Ni una tradición, ni una reminiscencia aceptable, que alumbre este pasado importante, se puede recoger en el país mismo.

»Nadie sabe nada. La fábula es fantástica y sólo se dice que un dios talló los ídolos y una vez acabados los mandó andar, y todos se levantaron y fueron á situarse en línea sobre los altares de grandes rocas canteadas, construídas expresamente para recibirlos, quedándose los principales en la falda del cráter Otuiti, para formar la corte del dios escultor.

»Los dolmenes de los druidas en las Gálias, los ídolos y templos del Sol en el Perú, las magníficas calzadas en el lago mejicano y las antigüedades de Egipto, originan menos motivos de sorpresa que los pesados y

monumentales trabajos de los isleños de Pascua, por la pobreza del lugar y falta absoluta de elementos.

»¿Cómo arrancaron de la cresta del volcán esas inmensas piedras sin quebrarlas y las condujeron á la empinada falda donde hoy se hallan un gran número? Con qué elementos mecánicos las trasportaron después á los altares construídos en los puntos avanzados de la isla? Cómo las subieron á esos gruesos muros y las pusieron en pie? Estas son cuestiones dignas de la mayor reflexión. Si en el país hubiese caminos, bosques, fierros, cuerdas, se podría pensar que todos estos artículos habrían servido para trasladarlas. Pero no hay vestigio ni resto alguno que denoten los medios de movilidad de que se valieron.

»Pensar que aquellas enormes masas de rocas podrían rasgarse en partes iguales, ser arrancadas á brazos de su lecho y, una vez talladas, conducidas á hombro á los puntos donde ahora están, es imposible. La fuerza de todos los hombres que hubieran de poner sus manos en la estatua, no sería capaz de mover ni la cabeza.

»Trasportarlas, arrastradas por polines, á través de los lomajes y quebraderos de terreno, á leguas de distancia, en un clima cálido, es empresa que demandaría cuerdas muy fuertes, una gran cantidad de madera gruesa y no menos de 500 á 1000 hombres. A la vista se conoce que no han sido rodadas por el suelo: sus perfiles están intactos y nada demuestra que hayan sufrido golpes, ni la áspera frotación del terreno. Hoy con los poderosos arbitrios que nos proporciona la mecánica, habría que hacer algunas combinaciones de fuerza para conseguir los fines que alcanzaron los pri-

meros pobladores de Pascua. Verdad es que muchas de las estatuas son de lavas y escorias; pero las más elevadas, aquellas que permanecen derechas en la pendiente del cráter aludido, son de una roca compacta y tenaz.

»Los altares donde eran puestas de pie son de piedra canteada perfectamente cuadrangular. Las aristas son líneas rectas muy finas y suaves, y los ángulos no menores de noventa grados. El atrevimiento varonil de esta gente no se revela sólo en la obra de los ídolos. Las piedras canteadas del altar de Huenepú son de dos y medio metros de largo por un metro y ochenta centímetros de alto, unas sobre otras, formando un muro monumental.

»Los sombreros de los ídolos guardan proporción con las dimensiones de éstos: trabajados de arcilla abigarrada, tienen tres y medio metros de diámetro, por metro y medio de alto.

»Los ídolos mantienen entre sí una semejanza extraordinaria. Parece que todos han sido hechos por un solo modelo y aun por la misma mano. Pero esto sería imposible. La vida de un hombre apenas bastaría para tallar dos ó tres de éstos Sus diversas dimensiones producen la única diferencia esencial entre ellos. Todos, cortados en el abdomen, con los brazos cruzados por delante, apoyando las manos sobre el estómago, conservan una actitud grave y tranquila. Se conoce que ha querido imprimirse á estas colosales facciones un conjunto de calma y armonía propio para llamar el respeto y la veneración.»

Hasta aquí el capitán Gana.

Veamos ahora cómo este caballero trata de resolver las difíciles cuestiones que poco há hemos planteado, relativamente al origen de estas estatuas.

«Aparte de esta industria, que demuestra por sí sola una éra de civilización aventajada, nos dice, hay otros comprobantes de un alto mérito que pueden servir para el estudio de los anticuarios. Se han hallado tres tablas de madera de todomiro, escritas con magníficos jeroglíficos. Dos de ellas van á enriquecer nuestro museo y la otra ha sido pedida con instancias por el obispo de Tahití, para enviarla á Francia. Es la única isla de la Polinesia donde se ha encontrado tan preciosos documentos que una vez descifrados podrían hacer la luz sobre el origen de la familia indígena de la Oceanía y aun de la América.

»Los isleños nada saben de su contenido, ni tienen la menor idea de su objeto.

»Aquella gente que hizo los ídolos, los muros, que escribió sus tablas con bellos caracteres y talló en madera un sinnúmero de figuras, iba en camino del progreso y de la civilización, y debía hallarse á la fecha gozando del bienestar que producen la industria y las artes. Pero es al contrario; ha habido un retroceso degradante, que la ha llevado á la desnudez, á la incuria, á la miseria, á la ignorancia más absoluta, hasta convertirla al estado de barbarie más horrendo: la *antropofagía*.

»Esa carencia absoluta de tradiciones respecto de aquel pueblo, y la circunstancia extraordinaria de no haber hallado en ninguna isla de esta parte de la Polinesia, un solo monumento ó escritura semejante, hace

creer á la mayor parte de los viajeros, que los pobladores de entonces no han sido los antecesores de los de hoy. Aquellas generaciones concluyeron por defecto de la pequeñez de la isla ó emigración al Perú; y otros han venido después á tomar su lugar. Estas reflexiones que muchos se han hecho, parecen justificarse con las ruinas de las cuevas de piedra donde ha vivido aquella falange troglodita, y que los actuales habitantes no recuerdan haber ocupado jamás, sino sus rucas de paja de un metro de alto con figura de una canoa volcada.

»Pero si en la Polinesia no se han hallado vestigios de una civilización adelantada semejante á la descrita, no sucede así en una de las islas de la Malesia. Sabida es la sorpresa que experimentaron los primeros visitantes de Java, al contemplar los templos erigidos á Buda, á Brahma y aun á Mahoma, al examinar sus jeroglíficos, sus obras de arte, instituciones de gobierno y oir á algunos hablar el sánscrito. Las religiones y costumbres de la India se habían trasportado á aquella comarca ignorada del mundo europeo. La rama Malesia ó Malaya era la que habitaba las islas más ricas y florecientes de esta magnífica parte de la Oceanía, y la que dominaba las tribus de negros semi-orangutanes que iban encontrando en ellas, de las cuales quedan todavía algunas, dispersas en el continente australino.

»Los malayos partieron tal vez de ese foco de luz llamado la India, que según Voltaire ha dado la civilización al mundo, á poblar las tierras insulares más inmediatas ó productivas.

»Conocida la aguja de marear por esta parte del Asia mil años antes que la Europa, debió gozar de sus beneficios manteniendo un comercio marítimo activo con aquellas islas, de producciones tan especiales como necesarias; logrando, además, por este medio ensanchar su riqueza, su industria, extender sus creencias y su raza, como ocurre al presente con las grandes potencias del viejo mundo. Una parte de aquellos adelantados navegantes abordó quizá, en viaje de investigación, á la isla de Pascua y se constituyó de ellos una población que había de sorprender más tarde por sus obras ciclópeas y por sus escrituras á cuantos vayan arribando á las playas de esta comarca.

»Esta población debió perecer por la estrechez del suelo durante el largo trascurso de los siglos, ó pasar al Perú á continuar sus trabajos artísticos. En efecto, mientras no se sepa de dónde llegaron Manco Capac y Mama Oello al imperio de los incas, hay muchos que presumen que debieron ir de occidente, es decir, de Pascua ó de algunas islas de la Malesia.»

No se puede negar que la hipótesis de una raza más civilizada poblando la isla de Pascua en una época anterior á la actual generación y construyendo esos grandiosos monumentos que tanto han admirado y admiran todavía á los viajeros que abordan á la isla de Pascua, es una hipótesis que merece alguna consideración. Pero ¡á cuántas observaciones no se presta!

Vamos tomando de la misma exposición del señor Gana las objeciones que pueden hacerse á la existencia de una raza troglodita á cuya cultura y civilización se

deberían las enormes estatuas que coronan los cerros de Pascua.

¿Qué razas fueron aquellas tan poderosas y tan civilizadas, aunque necesariamente compuestas de pocos individuos, á juzgar por la capacidad de la isla que no puede contener más de cuatro á cinco mil habitantes, que «arrancaron de la cresta del volcán esas inmensas piedras sin quebrarlas y las condujeron á la empinada falda donde hoy se hallan en gran número?» ¿Cómo es que ahora no se encuentran en la isla ni siquiera los vestigios de los elementos indispensables con que «fueron trasportadas y arrastradas á *leguas de distancia*, á través de lomajes y quebradas del terreno»?

Si «á la vista se conoce que no han sido rodadas por el suelo, porque sus perfiles están intactos, ni nada demuestra que hayan sufrido golpes, ni la áspera frotación del terreno», ¿cómo se operó el prodigio?

Es preciso también no olvidar que todas las estatuas parecen hechas por la misma mano y trabajadas, la mayor parte, precisamente las más gigantescas, «de una piedra compacta y tenaz».

Otra circunstancia digna de tomarse en cuenta es la de que en la isla no hay fierro, ni maderas, ni los demás artículos indispensables para el trabajo mecánico que habría demandado la construcción, traslación y erección de los gigantescos monolitos.

Ahora, no sería menos aventurada la hipótesis de la extinción de esa supuesta raza, eminentemente civilizada para que fuese capaz de hacer obras eminentemente admirables, por defecto de la pequeñez de la isla ó por emigración al Perú.

Vamos á ver, ¿cuándo pudieron haber emigrado al Perú? ¿en una época pasada? Para cruzar ochocientas leguas del océano habrían necesitado buques que no podían construir en la isla, porque allí no había madera.

Manco Capac y Mama Oello llegaron al Perú quién sabe de dónde, tal vez del N., costeando la parte occidental del continente americano, pero no de la isla de Pascua, ni de las otras islas de Oceanía.

Esta hipótesis de algunos autores, como se ve, parece la más probable.

Descartada, pues, esa pobre raza de la isla de Pascua, la cuestión de las estatuas queda en pie, intacta, indescifrable y velada por el manto del misterio.

Las tabletas de jeroglíficos esperan al sabio que ha de descifrarlas, al champollión que ha de sacar de ellas luz para la historia y luz para la ciencia (1).

En Pascua hay además otros monolitos de enormes proporciones que forman con las estatuas la gran maravilla de la isla.

Son éstos unas piedras semejantes á las de molino perfectamente labradas y redondas de un diámetro de seis metros poco más ó menos y como un metro de espesor.

---

(1) Las diversas tentativas para descifrar estas tabletas no tuvieron resultado, hasta que el profesor Huxleg dió una explicación inesperada. Demostró que las supuestas letras son marcas para las muestras de adorno, que los polinesios de Tahití y otras islas solían imprimir en sus tejidos para vestidos.

Dos de estas piedras existen en el Museo Nacional de Santiago y una se destinó á París. Copias de éstas se remitieron á Berlín y Londres.—(L. I. S. A.)

La posición que ocupan, en una eminencia cerca de Angaroa, es vertical y parecen prontas á rodar hacia el mar.

Muchas veces los misioneros, en sus peligrosas jornadas por la isla, descansaron á la sombra proyectada por estas moles gigantescas.

Es probable que ellas fuesen sacadas de un volcán que existe á las inmediaciones y labradas allí, para ser trasladadas en seguida al lugar que ocupan.

Cerca del cráter se ve, todavía, una de estas piedras á medio labrar, exactamente igual á las otras en su forma y tamaño.

Parece justo asignar á estas colosales piedras de molino el mismo origen y la misma fecha que á las estatuas.

Una coincidencia digna de notarse es la de que también en las faldas del Utuiti se encuentra una estatua inconclusa. Por ella se conoce que el procedimiento empleado para labrarlas era el siguiente: se comenzaba por ejecutar el relieve horizontal en la roca adherida al suelo, hasta que los trabajos de cincel, ejecutados en todo sentido al rededor de la estatua, hacían que ésta se desprendiese totalmente del lecho de piedra, dejando en ella el hueco correspondiente.

Parece que una misma fué la causa que sorprendió á los operarios en medio de sus trabajos, quedando una y otra sin acabar.

Pero ¿quiénes fueron estos operarios? He aquí otra vez la formidable cuestión golpeando á nuestras puertas.

En la imposibilidad de resolverla, haremos notar,

sin embargo, la estrecha relación que las modernas investigaciones de los sabios han encontrado entre los diversos antidiluvianos en el viejo y en el nuevo mundo.

Así, Babel no es un hecho aislado en la historia. Se sabe con qué admiración Alejandro Humboldt se encontró en presencia de los *teocalis* mejicanos, «perfectamente semejantes, dice, al templo de Júpiter Belo, descrito por Heródoto y Diodoro». Pero esta admiración subió de punto ante el más grande, el más antiguo y el más célebre de todos: el de Cholula. «En la actualidad se le da el nombre, dice, de *la montaña hecha por mano de hombres*».

Hemos visto en los viajes de Orbigny un grabado de este grandioso monumento, situado de tal manera que sus costados corresponden á los cuatro puntos cardinales (como las pirámides de Egipto). Su plataforma tiene 2,400 metros cuadrados y su base es dos veces más grande que la pirámide de Cheops.

Estaba dedicado al dios del aire y según la tradición escrita, el país de Anahuac, en que se encuentra, había sido habitado por gigantes.

Uno de ellos, llamado el arquitecto, construyó en las cercanías una colina artificial en forma de pirámide y la trasportó á Cholula. Como se ve, esta es la misma fábula del dios que talló las estatuas de Pascua.

Los monumentos célticos, los de Nauplia y Micenas en Europa, tienen las mismas tradiciones. Son gigantescas murallas de piedra, verdaderas monstruosidades arquitectónicas, pues algunas de las piedras que

entran en su construcción pesan hasta 500,000 kilogramos.

¿Qué fuerzas han podido trasportar y dar la colocación que tienen en los muros á esas enormes masas?

En el Estado de Ohío, en los Estados Unidos, la misma clase de trabajos ciclópeos; en Karnak, Inglaterra, en Tebas y en muchas otras partes del mundo esa especie de construcciones preocupa constantemente la atención de los hombres de ciencia.

Ahora, si se atiende á la curiosa circunstancia de que en los monumentos mejicanos se han encontrado los mismos jeroglíficos que en Egipto y á que tal vez los de la isla de Pascua no sean diversos, se convendrá en que no sería aventurado señalar el mismo origen y la misma época á las construcciones ciclópeas descubiertas en casi todo el mundo.

La *Revista de Ambos Mundos* (1.º de abril de 1858) llamaba la atención de los sabios al origen de las razas americanas y á su descendencia probable de los indios del Asia primitiva, y hacía mención de la inmensa serpiente de *mil pies* de extensión que, grabada al relieve sobre una de las montañas que rodean la fuente del Ohío, va á confundir su cabeza con uno de los picos del mismo monte.

Nuevas investigaciones han hecho descubrir en las cimas de algunas montañas de Estados Unidos monumentos ciclópeos que hasta hace poco tiempo habían pasado ignorados, creyendo los viajeros que ellos eran prominencias naturales de las mismas montañas.

Por no extendernos demasiado, dejaremos de enumerar muchas otras construcciones gigantescas, objeto

Gad Silva Arriagada, L. S.

hoy día del estudio de los sabios y de sus más prolijas investigaciones, que revelan el esfuerzo sobrehumano de sus autores.

Y decimos *esfuerzo sobrehumano*, porque, según el eminente Creuzer, «los cíclopes, objetos de enigmas y de estudio, aun para los antiguos, cuyas soluciones no siempre han sido felices á este respecto, no han presentado menos ocupación y embarazo á un gran número de críticos modernos».

Ahora, abordando la cuestión abiertamente, ¿podría sostenerse que una raza de hombres, más ó menos civilizada, en una época más ó menos remota, labró las estatuas de la isla de Pascua?

¿O esas obras gigantescas han sido hechas poco después del diluvio, por los mismos artífices que elevaron los monumentos célticos, los de Nauplia y Micenas, los de Ohío y los teocalis mejicanos?

Sin aspirar á la palma de la modestia, decimos sin vacilar de que no nos sentimos con fuerza para resolver tan intrincado poblema.

En el campo de las hipótesis, cabe la primera, y mejor aún, á nuestro humilde juicio, la segunda de las dos hipótesis que acabamos de enunciar.

Para terminar la cuestión relativa á las estatuas de Pascua, transcribiremos una observación que sobre esos colosales monolitos nos hacía uno de los misioneros que en aquella isla los había observado de cerca, durante mucho tiempo.

Este misionero nos decía: «Revelan aquellas estatuas un trabajo tan grande y la concurrencia de tanta cantidad de fuerza mecánica, que la generación actual de

la isla de Pascua no es capaz de destruirlas aunando todos sus esfuerzos.»

El mismo misionero dice que se conservaba entre los canacas un cuchillo de piedra sumamente tenaz, y de enormes dimensiones (un metro aproximadamente) con que, según la tradición de la isla, habían sido labradas las estatuas.

Excusado nos parece agregar que este instrumento, por su tamaño, no era propio para ser usado por manos que no fuesen las de Goliat ó las de Briareo.

Casi todas las estatuas de Pascua han sido derribadas de sus pedestales en estos últimos años.

La tripulación de la *Flore*, fragata francesa de guerra, derribó unas cuantas en 1871, llevándose á Europa dos ó tres bustos.

Tres años antes, en 1868, y cuando aún residían en la isla los misioneros, el buque de guerra inglés *Topaze* fondeó en la bahía de Cook.

Los oficiales del buque trasladaron á Utuiti, en donde existe un grupo numeroso de *mohais*, todos los elementos necesarios para echar a tierra algunas estatuas y llevar el busto de ellas á bordo. Efectivamente, se llevaron dos bustos enormes.

A pesar de las precauciones tomadas para que no se deteriorasen en el trayecto del monte á la playa, los bustos se dañaron un poco. La nariz de uno de ellos descompuso el camino en tales términos, que para no disgustar á los indígenas, los tripulantes del *Topaze* tuvieron que repararlo en seguida.

Los canacas, al rededor de las estatuas, miraban la obra destructora de los ingleses con una alegría pueril

Danzaban y gesticulaban para manifestar su regocijo. Parece que se sentían orgullosos con la idea de que aquellos bustos informes iban á adornar las ciudades de los extranjeros, apareciendo en ellas como una obra de arte...

***

No terminaremos estos apuntes sin decir siquiera dos palabras con relación á la mitología de los indígenas de Pascua.

Make Make era el dios grande, creador de todas las cosas.

Los canacas reconocían muchas divinidades inferiores, tanto dioses como diosas.

Make Make era el dios remunerador y vengador, favorecía á los buenos y castigaba á los malos.

Creían en la inmortalidad del alma. La recompensa que ésta recibía al abandonar el cuerpo consistía en ir á hermosas tierras en donde abundaban los bellos trajes y los adornos á que eran tan aficionados los canacas.

En efecto, para estos sencillos isleños no había cosa de más valor en el mundo que la ropa. Cuando por casualidad se procuraban dos chaquetas, por ejemplo, se las ponían una sobre otra.

Los misioneros tenían frecuentemente que reñir á los muchachos que educaban, porque éstos se ponían el traje dominguero encima del ordinario. Al entregarse á los juegos propios de su edad, se les veía

fatigados y sudorosos á consecuencia de esta acumulación de ropa.

El comandante del *Topaze* dió á un canaca su casaca galoneada en cambio de un traje de *mahute* para llevar á Europa.

Un instante después, el sencillo isleño se pavoneaba entre los suyos llevando puesta como único vestido la casaca del almirante.

Al día siguiente, la canaca su mujer entraba á oir misa á la capilla de la misión con la misma casaca que había quitado á su marido. No llevaba tampoco sobre sí ninguna otra vestidura.

El alma de los malos debía quedarse cautiva junto al sepulcro en que el cuerpo había sido colocado. Allí sufría constantemente el hambre y la sed...

Los pacientes, para mitigar este suplicio, ponían cerca del cadáver de sus deudos los víveres que podían.

Pocos años antes de la llegada de los misioneros, había arribado á la costa un buque de Tahití.

Ninguno de los tripulantes desembarcó, pero al hacerse á la vela se llevaron á un joven canaca de Pascua.

Algún tiempo después volvió el mismo buque i á la distancia de unas cuantas millas de la costa, envió al isleño en una lancha.

Al llegar éste cerca de la playa, sus paisanos lo recibieron á pedradas, gritando: *aku*, *aku* (ánima), porque lo creían muerto hacía mucho tiempo.

En vano el desgraciado exclamaba con voz suplicante: *aku*, *aku*, *meare*: *ko au*,—no soy ánima, soy yo, —porque las piedras no cesaban.

Gay Silva Arriagada, L. E. v.1

La mujer del indígena entonces reconoció á su esposo y se echó al agua para alcanzarlo diciendo:— ¡Es mi marido! es mi marido!

Esta circunstancia únicamente pudo influir en el ánimo de los canacas que, reconociendo su error, y libres ya del miedo que tan inesperada aparición les causara, abandonaron las piedras para entregarse al placer de abrazar á su pobre compatriota.

José Ramón Ballesteros

Gay Silva Arriagada, L. E. v.1

NOTAS BIBLIO-CARTOGRÁFICAS

Damos en seguida la colación bibliográfica de los principales estudios dados á luz aquí y en el extranjero pertinentes á la Isla de Pascua. Además de esta lista se agrega la de cartas y planos fundamentales.

Aunque nuestro ánimo ha sido ser lo más prolijo en la recolección de planos, nos ha sido imposible dar con muchos que se citan en diferentes catálogos de libros que hemos consultado para este trabajo. Pero creemos que la mayor parte de ellos no tienen más que un valor puramente bibliográfico ó de coleccionistas. En muchos casos nos hemos encontrado con el nombre de la isla y las dimensiones de la hoja sin dar ningún otro dato, como ser: escala, año y obra á que corresponde el plano.

I

BIBLIOGRAFÍA

ALAZARD (Ildefonso).—L'Ile de Pâques Historique écriture et repertoire des signes des tabletes ou

bois d'hibiscus intelligents par Mgr. Tepana Jaussen, Evèque d'Ascieri, premier vicaire, apostolique de Tahiti (Oceanía), membre de la Congrégation des SS. Cœurs de Picpus, Ouvrage posthume redigé Par le R. P. Ildefonse Alazard de la Congregation des SS. Cœurs de Picpus D'Aprés les notes laissés par le Prélat—Paris Ernest Leroux, editeur 28, Rue Bonaparte, 28. 1893.

4.º; 32 págs.

2. BALLESTEROS (José Ramón).—Isla de Pascua, por J. R. Ballesteros.

Apareció en: *El Independiente*, de Santiago, 1872, números de 17 y 24 de noviembre y 1.º, 15, 22 y 29 de diciembre.

3. BARCLAY (H. Vere).—Mission à la île de Pâques par le capitaine H. Vere Barclay.

Hállase en: *Comt. Rd. Soc. Géogr.* París, 1899, págs. 169-176.

El autor describe la isla de Pascua de una visita hecha por el buque de S. M. *Topaze*; pero no nos da los datos. La *Topaze* visitó la isla en 1868 y su viaje está relatado en el *Journal of the Royal Geographical Soc.*, de 1870.

4. BASTIAN (Adolfo).—Bemerkungen zu den Holztafeln von Rapa-Nui von A. Bastian.

Encuéntrase en: *Zeitschrift der Gesselschaft für Erdkunde zu Berlin*, 1872, pág. 81-89.

5. BELTRÁN Y RÓZPIDE (Ricardo).—La isla de Pascua.

Boletin de la Sociedad Geográfica de Madrid, 1883, t. XV, págs. 153-167.

Gay Silva Arriagada, L. E.

6. CARROL (A.)—Easter Island.

En el *Journal of the Polynesian Society*, núm. 2, aparece un artículo del doctor Carrol en que describe sus averiguaciones de las inscripciones de la isla de Pascua y sus caracteres.

«El autor considera que la isla fué poblada primeramente por inmigración de América, que estaba en posesión de una escritura jeroglífica, la que fué prohibida por los incas.

»Promete una gramática y diccionario del lenguaje pascuense, junto con la traducción de los jeroglíficos.

»En el presente número se limita sólo á dar la traducción de dos oraciones al sol.»

Véase: *Procédings of the Royal Geografical Society*. Londres, 1892, pág. 862.

7. COOKE (G. H.)—Te Pito te Henua, known as Rapa-Nui; commonly called Easter Island South Pacific Ocean. Washington. 1899.

34 págs.

8. DUMONT D'URBILLE (Julio Sebastián César).—Viaje pintoresco al rededor del mundo. *Etc.* Barcelona, Oliveus, 1841.

Fol. á dos col. Láminas.

En el tomo II, págs. 100-103. hay una descripción de la isla y es por esto que aquí la hemos consignado.

9. EASTER Island.

Hállase en: *The Illustrated London News* 1869, marzo. 20. Un grabado.

Los datos geográficos los facilitó el señor L. Palmer, oficial del buque *Topaze*.

10. EIN inschriftliches Deukmal von der Oster Inseln.

Zeitschrift der Ges für. Erd. zu Berlin, 1870, págs. 469-470. Con una lámina.

11. GANA (Ignacio L).— Descripción científica de la isla de Pascua. 1870.

Encuéntrase en: *Memoria de Marina,* 1870;—*El Faro Militar,* Santiago, 1870, núms. 1-5;—*Revista de Marina,* 1885, t. I, págs. 368 y 460.

Fué traducida al francés por el contraalmirante T. de Lapelin y publicada en la *Revue Maritime et Coloniale,* París, 1872, págs. 105-125 y 526-544, noviembre y diciembre respectivamente.

12. GEISSELER. Die Oster Inseln. Eine Stätte prähistorische Kultur in der Südsee, Bericht des Kommandanten S. M. Kbt. «Hyane» Kapitanlieutenaut Geissler uber die ethnologische. Untersuchung der Oster Inseln (Rapanui) an der Chef den Kaiserlicheu Admiralität, E. S. M. J. S. Mit 22 lithografischen Tafeln und 1 karte. Berlín. 1883, Ernst Siegfried Mittler uud Sohn Königliche Kofbuchandlung Kochstrasse. 69-70.

4.º; 54 págs. Un plano y veintidós láms.

13. HABERLANDT (M). Ueber Schrifttafeln von den Oster-inseln von Dr. M. Haberlandt.

Hállase en: *Mittheilungen der Anthropologischen Gesellschaft in Wien,* 1886, págs. 1-6. Una lámina.

14. HARLEZ (Carlos de).—L'Ile de Pâsques et ses

Gay Silva Arriagada, L. E.

monuments graphiques par C. de Harlez. Louvrain par J. B. Istas, Imprimeur éditeur, Rue de Bruxelles, 90 1896.

4.º; 20 págs.

Se ha agregado á esta pieza otra:

Les signes graphiques de L'île de Pâques.

4 págs.

15. HARRISSON (Park).— The Hierogliphiques of Easter Island. By Park Harrisson M. A.

Hállase en el: *Journ. Anthrop. Inst.* Vol III, págs. 370-383, dos lám.

Este trabajo fué traducido por don Francisco Solano Asta-Buruaga y publicado en los *Anales de la Universidad*, 1875, pág. 425.

Después el traductor sacó una 2.ª edición con el siguiente título: *Los jeroglíficos de la isla de Pascua por J. Park Harrisson A. M. Traducido del inglés por Francisco Solano Asta-Buruaga y leídos en la sesión del 15 de junio de 1875 de la Academia de Bellas Letras de Santiago. Imp. de la República de Jacinto Núñez, Chirimoyo, 30. 1875.* 4.º; 26 págs.

16. ISLA de Pascua.

Hállase en: *Anales de la Propag. de la Fe*, t. XXXVIII, 1866, págs. 7-44 y 124-145.

Contiene: Descubrimiento, viajeros, Carta del R. P. Olivier. Carta del P. Eugenio Eyraud: detalle de los isleños, traje, habitaciones, gobierno, Torometti, y el H. Eugenio, fiestas populares, religión, funerales, tradiciones de los canacas, industrias, agricultura, alimentación, horror á la sangre.

17. ISLA de Pascua (La).

Véase *El Mercurio* de Valparaíso, junio 30 de 1888.

Como el presente artículo, de polémica, se publicaron otros

más ó menos interesantes en: *La Unión*, de Valparaíso, 30 de septiembre de 1888; *Libertad Electoral*, Santiago, 26 de de julio, de id.; y *La Tribuna*, de Valparaíso, 21 de noviembre del mismo año.

En *El Mercurio* de Valparaíso, febrero 19 de 1889, apareció un artículo suscrito por E. Chouteau, traducido de la *Revue Française de l'étranger et des colonies*, correspondiente al 15 de diciembre de 1888.

18. MACLAY (N. v.)—Ueber die «Rohanrogo rogo», oder die Holztafeln von Rapa-Nui Von N. v. Maclay.

Encuéntrase en *Zeitschrift der Gesellschaft für Erdkunde zu Berlin*, 1872, págs. 79-81.

19. MEINICKE (Carlos Eduardo).—Die Holztafeln von Rapanui.

Véase *Zeitschrift der Ges. für Erd. zu Berlin*, 1871, págs. 548-551.

20. MISSION (La) de l'île de Pâques.—Extrait des Annales de la Congregatione des Sacrés-cœurs de Jesús et de Marie.

4.º; 30 págs.

Anales citados, tomo V, 1870; VI, 1880.

El título de portada que damos es de una reimpresión que hizo por la imprenta *La France*, en Santiago, el doctor don Aureliano Oyarzún.

21. MORALEDA Y MONTERO (José de).—Descripción de los nuevos descubrimientos y reconocimientos hechos posteriormente en este Océano Pacífico, fundada sobre las noticias adquiridas de los sujetos

Gen Silva Arriagada, C. E.

más inteligentes que han ejecutado los viajes que se han hecho. Por don José de Moraleda y Montero 1773-1777.

Empieza este estudio con la *isla de San Carlos ó Davis*, llamada así, por aquellos tiempos, la isla de Pascua.

Se publicó este trabajo por primera vez en: ANRIQUE.— *Cinco relaciones geográficas é hidrográficas que interesan á Chile.*—Santiago, Elzeviriana, 1897. Pieza III.

22. NOTICIAS de la isla de Pascua, del comandante del *Baquedano*, de octubre de 1900.

Publicadas en el *Diario Oficial*, núm. 6,714, pág. 2,931 y en *El Ferrocarril* del mismo año.

23. OLIVIER (Pacomio) Isla de Pascua —Carta del R. P. Pacomio Olivier (Valparaíso) al Superior General de la Orden sobre la misión de la isla (1866).

Anales de la Propag. de la Fe, t. XXXIX, 1867, págs. 250-259.

24. PALMER (Lintou).—A visited to Easter Island or Rapa Nui, in 1868.

Journal of Royal Geogr. Soc., XL, págs. 167-181, una carta.

25. PHILIPPI (Rodulfo Amando).—Geografía. La isla de Pascua y sus habitantes, por el doctor don Rodulfo A. Philippi.—Santiago de Chile Imprenta Nacional, calle de la Moneda, núm. 46. 1873.

4.º; 70 págs.
Anales de la Universidad t. XLIII, 1873.

26. PHILIPPI (Rodulfo Amando) Iconografía. De la escritura jeroglífica de los indígenas de la isla de Pascua.

Anales de la Universidad, tomo XLVII, 1875, págs. 670-683. Láminas.

Zeitschrift der Gesellschaft für Erd. zu Berlin, 1870, págs. 669-470, un grabado. Escrito en compañía del Dr. Bastian.

27. PINART (Alfonso).—Exploration de l'île de Pâques.

Bulletin de la Soc. Géogr., de París, 1872, 2.º semestre, págs. 193-213.

Después publicó este mismo trabajo con el título de: *Voyage á l'île de Pâques*, un poco más desarrollado y con interesantes vistas en el *Tour du Monde*, 1878, tomo XXXVI, págs. 225-240.

28. PRAT (Agustín).—Isla de Pascua.

Revista de Marina, tomo XXXIV, núm. 198, de diciembre 31 de 1902, págs. 614-631.

La Tarde, núm. 1851 y 1854, correspondiente al 7 y 10 de enero de 1903.

Recopilación ordenada de datos de los muchos que se han publicado de la isla y otros de pura imaginación.

He tenido noticias que ha aparecido este trabajo en algunos diarios de Valparaíso.

29. RELACIÓN del viaje de instrucción de guardiamarinas á la isla de Pascua, á bordo de la corbeta *Abtao*.

Diario Oficial 1892, núm. 4361; *El Heraldo*, 9 y 10 de diciembre del mismo año.

En este parte se anotan curiosas noticias referentes á la isla, habitantes y producciones.

El señor don Pedro P. Toro, gobernador de la isla, desde 1888-1892, á su regreso pasó una memoria al señor Ministro de Colonización que ha sido publicada en la Memoria de Relaciones Exteriores, correpondiente á ese año y da interesantes relaciones históricas, estadísticas y describe el estado actual de la isla.

Extractamos del *Glosario de Colonización*, de don Ramón Briones L., lo siguiente, respecto á la memoria del señor Toro:

«1.º Que en 1887 los señores Brander y Salmón cedieron al Fisco sus derechos y existencias que tenían en Pascua mediante una suma de dinero (£ 6.200).

»2.º Que la isla tiene una superficie de 17,900 hectáreas, goza de un clima suave y benéfico y se presta al cultivo del tabaco, camote y de otros tubérculos; de la piña, frutillas, repollos, sandías, zapallos, melones, maíz y caña de azúcar.

»Ha dado, asimismo, buenos resultados el ensayo del cultivo del trigo, cebada, frejoles, garbanzos, lentejas y alfalfas.

»3.º Los pascuenses no forman una raza débil y raquítica, como se ha creído. Aunque se casan temprano sólo se unen cuando alcanzan 17 ó 18 años.

»El año 1892 el número de isleños alcanzaba á 201 individuos: 112 hombres y 89 mujeres.

.....

»5.º En 1888 existían en Pascua los siguientes animales: Ovejas 12,400; vacunos 1,100 y caballunos 102.

»Tres quintas partes de los vacunos y caballares y dos quintas de los ovejunos pertenecían al Gobierno.»

La relación del viaje de la *Abtao* está suscrita por el comandante Ricardo Beaugency A.

30. STOLPE (H.).—Núm. 6. Uber die Tätowirung der Oster-Insulaner von H. Stolpe. Mit. 21 Texta-

bildungen in Autotypie und Zinkographie Verlag von R. Friedländer Söhn in Berlin, 1899.

Fol. 13 págs.

Antes apareció en: *Imer Tidskrift*, de Stocolmo, 1883, bajo el siguiente título: *Paskön Anteckningar œf Hjalmar Stolpe*, págs. 150-199, con un plano de la isla y 22 figuras intercaladas.

31. THOMSON (William J.) The Pito te Henua, or Easter Island.—By Paymaster William J. Thomson U. S. Navy The Discovery of Easter Island.

Annual Report of the Smithsonian Institution, 1889, págs. 447-552. Plano y 48 ilustraciones de la isla. Lenguaje y vocabulario.

32. VELAIN (Charles).—Les roches volcaniques de l'Ile de Pâques (Rapa Nui) por M. Ch. Velain Maître de Conferences à la Sorbonne.—Meulan Imprimerie de la Societé Geologique de France. 1881.

4.º; 13 págs. Figuras, planos, estatuas y una lámina de rocas volcánicas.

Tirada por separado del *Bulletin de la Societé Geologique de France*, 3.ª serie, t. VII, 1879, pág. 415.

33. VIAUD (Julián) L'île de Pâques por Pierre Loti.

Hállase en: *Reflets sur la sombre route*, París, 1899, págs. 251-334.

Este trabajo tantas veces publicado, ahora muy aumentado y corregido, apareció por primera vez en el *Correo de Ultramar*, 1872, tomo XL, págs. 155, 179 y 187.

En Santiago fué traducido por don Enrique Hurtado y Arias y publicado en *La Libertad Electoral*, 1899.

34. VICUÑA MACKENNA. (Benjamín).—El reparto

del Pacífico.—La posesión de la isla de Pascua por don Benjamín Vicuña Mackenna.

Revista de Marina, t. I, 1885,,págs. 65-68.

Consejos sobre la necesidad de que Chile tome posesión de esta isla.

II

CARTOGRAFÍA

1. Plano de la isla de San Carlos, descubierta por don Phe. González Haedo, capitan de fragata y comandante del navío de S. M. nombrado el *San Lorenzo* y fragata *Santa Rosalía*, á cuya expedicion salió del puerto del Callao de Lima el día 10 de de octubre de 1770 de Horden del Excmo. Señor don Manuel de Amat y Junient, caballero del orden de San Juan.

40×31

Ministerio de guerra, Madrid. En una nota dice el comandante: El día 15 de noviembre del mismo año á las 7 de la mañana se avistó dicha isla, y el 16 á las 8 de la mañana dió fondo en la ensenada que nombró de González, en donde se mantuvo hasta el día 21, que se hizo á la vela: hace juicio que sus habitadores serán como 300 á 1,000 almas entre grandes y pequeños; el número de las mujeres es mucho menor que el de los hombres; estos son de buen cuerpo, color como de cuarterones; pelo lacio, buenos ojos; muy ágiles y nadadores, así hombres como mujeres, fáciles á pronunciar el castellano; todos andan desnudos con sólo taparrabo: se pintan con distintas pinturas que da el terreno; que hacer esto y andar vestidos serían como europeos; toda la tierra es negra con algunas vetas de distintos colores, que le sirven para pintarse.

2. Plano de la Ensenada González en la isla de San Carlos (alias de Davis) situada en los 27° 6′ de lat. sur y en los 264° 36′ de lonj. de Tenerife, según el cálculo náutico y observaciones hechas á bordo del navío de guerra el *San Lorenzo*, del mando del capitán de la fragata don Felipe González.

40×32.

Ministerio de la Guerra, Madrid.

3. Mapa que contiene una carta de grados crec.s con las costas del Perú y Chile desde la equinoccial hasta los 46° con las islas adyacentes á estas costas. La de Davis reconocida y enmendada últimamente el año 1770 en la navegación que ejecutaron los Español.s el año 1770 con el *San Lorenzo* y la *Santa Rosalía* y los de Quirós reconocidas el año 1772, con el *Aguila* por José Manuel Moraleda.

Manuscrito. Hoja.

Véase: ***Catálogo Metódico de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires.*—Tomo II, Historia y Geografía, pág. 364.**

4. Carta de la isla de Pascua ó tierra de Davis, cuya latitud es de 27° 5′30″ S. y la longitud de 109° 46′ al O. de Greenwich.

Por D. Tomás Mauricio López. Madrid 1797.

30×20.

5. Rapa Nui ó isla de Pascua, levantado de orden del capitán de navío D. José Anacleto Goñi, comandante de la corbeta chilena *O'Higgins*, por los tenientes 2.os don Javier Molinas, don Luis Uribe, G.a M.a

357

Ex. Luis A. Lynch, y los cadetes S.S. Cueto, Goñi, Lynch, Aguayo y Serrano Montaner. Corbeta O'Higgins. Enero de 1870. Santiago. Escala: 38 milím. por 1 milla.

35×33.

Memoria del Ministerio de Marina, 1870.

Este es el plano de uso común en las marinas de Inglaterra, Francia y Alemania y del cual se han hecho varias reproducciones y reducciones, ya para el servicio de la navegación ó ya para acompañar algunas de las memorias que se citan en la bibliografía.

En la Oficina Hidrográfica, tenemos noticia, se guardan algunos trabajos, más bien topográficos, de la isla, ejecutados por varios oficiales de la Armada chilena.

6. Hanga Roa ó Bahía de Cook, levantado de orden del capitán de navío D. Anacleto Goñi, comandante de la corbeta chilena *O'Higgins* por los tenientes 2.os D. Javier Molinas, D. Luis Uribe, G.a M.a Ex. D. Luis A. Lynch, y los cadetes Goñi, Aguayo, Lynch, Cueto y Serrano. Enero de 1870. Escala: 1: 5,000.

33×45.

En la misma hoja:
Anakena. Escala 58 mil=100 metros.

27×45.

Memoria de Marina de 1870.

FIN DEL VOLUMEN PRIMERO

ÍNDICE

	Págs.
ADVERTENCIA	5
Descripción científica de la Isla de Pascua, por Ignacio L. Gana	11
La Isla de Pascua, por Julián Viaud (Pierre Loti)	53
Isla de Pascua, por José Ramón Ballesteros	73
NOTAS BIBLIO-CARTOGRÁFICAS	149

PUBLICACIONES DEL EDITOR DE LA PRESENTE "BIBLIOTECA"

En colaboración con don Nicolás Anrique

I.—Bibliografía Histórica y Geográfica de Chile. Santiago, 1902. *Obra premiada por la Universidad de Chile.*

II.—Cristóbal Colón en Chile. Santiago, 1902.

EN PREPARACION

III.—El paso de Vurilochi.
IV.—La subteniente Candelaria.
V.—Estudios bibliográficos de los novelistas chilenos.
VI.—Cristóbal Colón, *2.ª ed.*

PRIMEROS VOLÚMENES DE QUE CONSTARÁ

LA

Biblioteca Geográfica é Histórica Chilena

I.—Isla de Pascua.
II.—Isla de Juan Fernández.
III.—Estudios geográficos de don Francisco Vidal Gormaz.
IV.—Memorias de C. Gay.
V.—Domeyko. Araucanía y sus habitantes.

Pa
B
Gaylord
Stock
T. M. Reg

Biblioteca geográfica é histórica chilena v.1

M50758

F3058
S57
v.1

THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

U.C. BERKELEY LI

C038898